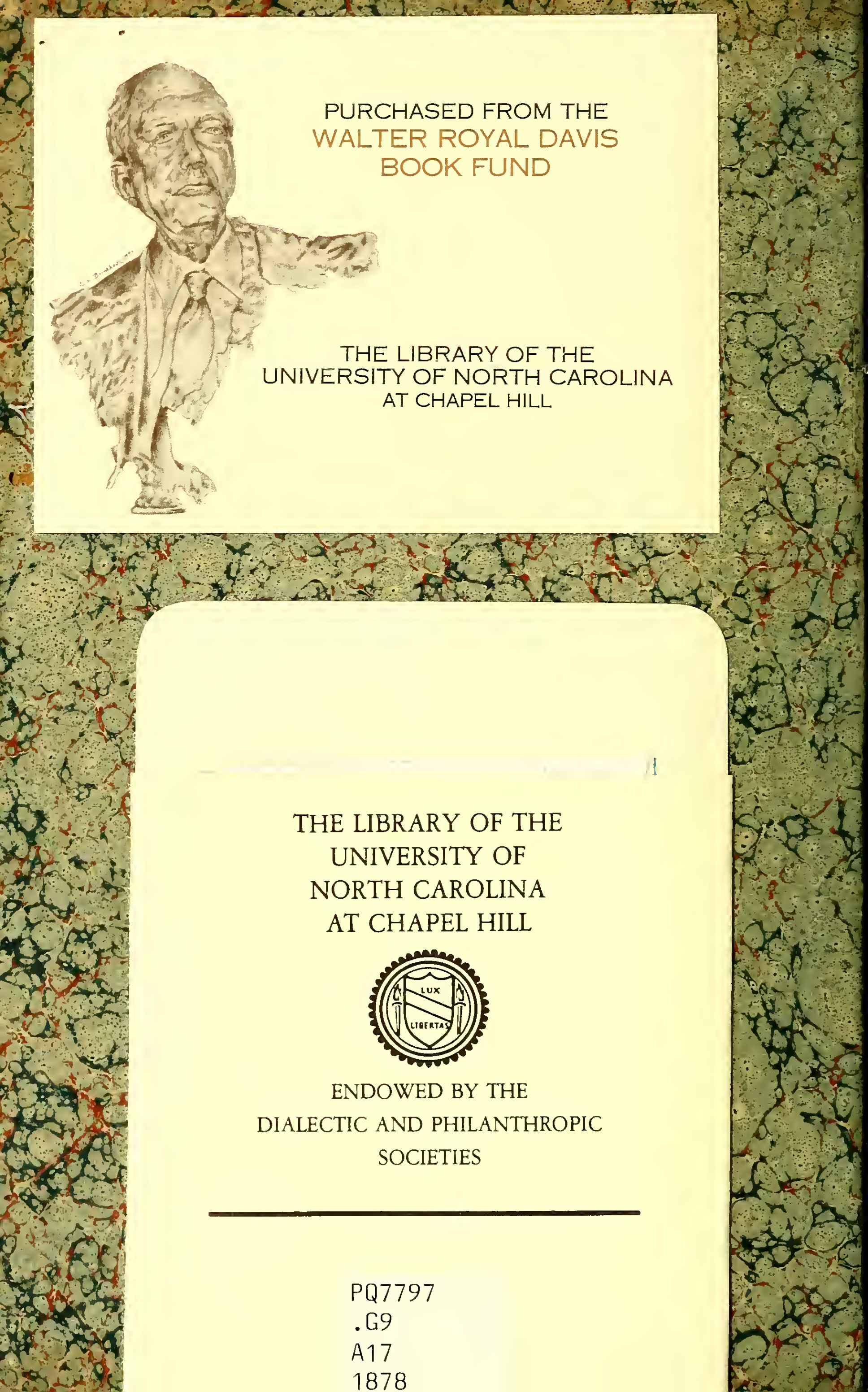
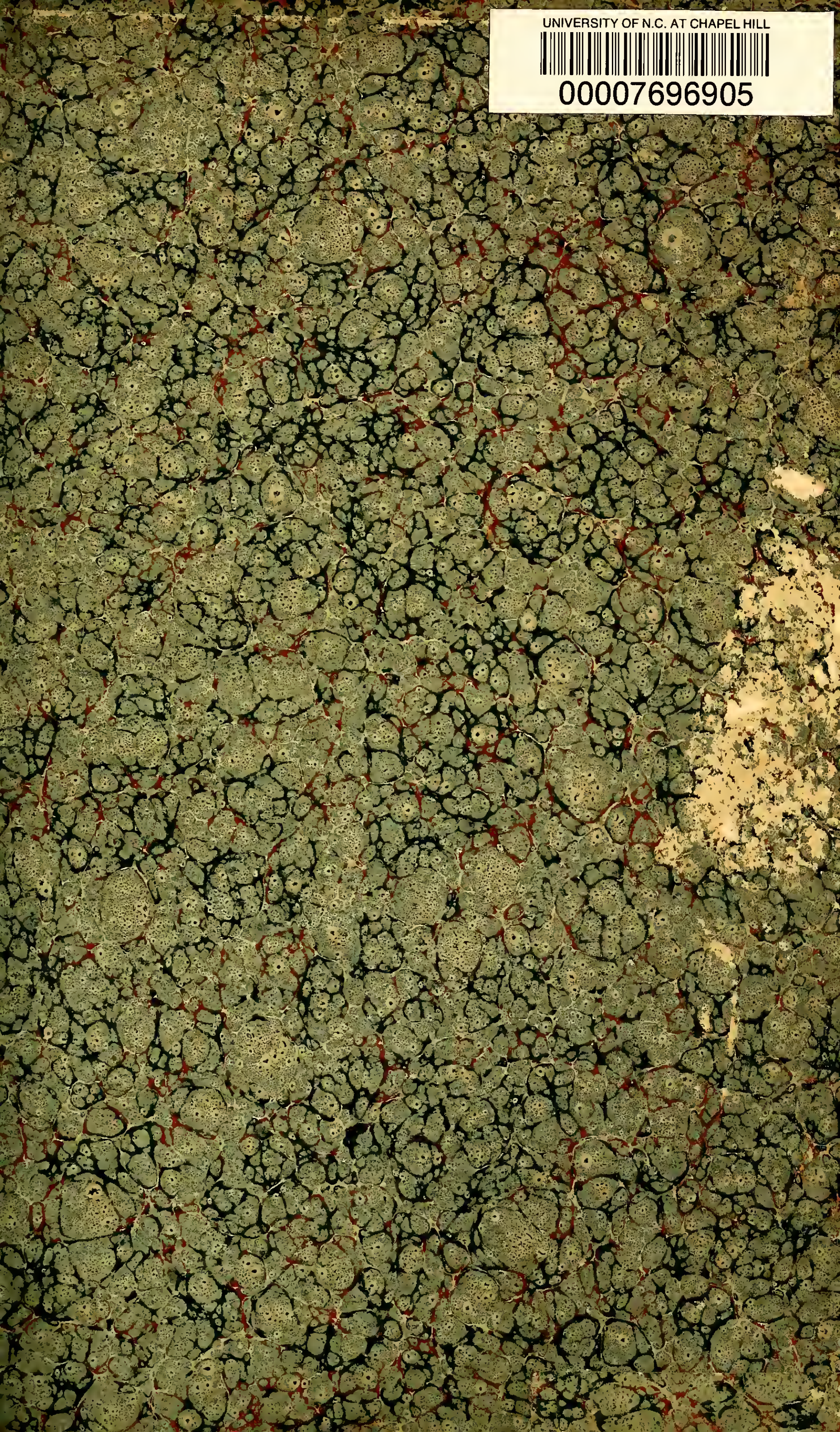
POESÍAS









POESIAS ESCOGIDAS

DE

RICARDO GUTIERREZ

POEMAS:

LA FIBRA SALVAGE — LÁZARO

POESIAS LÍRICAS:

EL LIBRO DE LAS LÁGRIMAS

EL LIBRO DE LOS CANTOS



BUENOS AIRES

Imprenta de M. BIEDMA, calle Belgrano números 133 y 135

1878



LITO. HARDOY Y SCHLEISINGER, POTOSI, 50

PRÓLOGO

Señor D. Ricardo Gutierrez.

Mi querido amigo:

Empiezo á escribirle, saboreando todavia el último verso de su Fibra Salvage, como le sucedia á Jácopo Ortis con el último beso de su Teresa. ¿Porqué ha llamado vd, *canto* á una obra que por sus condiciones y por su desarrollo es un verdadero poema? Sea este el primer reproche que me permito hacerle, porque la modestia no tiene el derecho de cambiar el nombre de las cosas, por mucha y apreciable que sea la que ha impelido á vd. á cometer una adulteracion.

No sé en qué parte he dicho, hablando de un poeta querido que nos abandonó en la lucha por la libertad de la patria, dejando la tierra para subir á la morada del génio,—que los poetas eran la gracia y el encanto de la vida, y que su desaparicion de entre nosotros era como el enmudecimiento de la lira ó como el deshoje de las flores.—La aparicion de uno nuevo, será entonces el canto de la lira ó el aroma de las flores que abren su cáliz cargado de perfumes, buscando los nobles y delicados sentidos de la inteligencia que deben comprenderlo y apreciarlo.

A vd. le ha regalado la Providencia esas dotes que no regala sino á sus predilectos; pero la tierra, casi siempre en lucha con los favores de la divinidad, im-

pone al poeta, que es el génio, la obligacion de ser grande, sufrir, callar y perseverar en su mision. El poeta, como el génio, puede pisar la cabeza de los hombres, porque está colocado sobre ella, pero no puede nunca inclinarse á besarla, porque para el génio no hay tolerancia: vd ha recibido la mision de iluminar, pero vd. es hombre, y solo á los astros del cielo les es dado prescindir de la crítica ó de la alabanza de los mortales. Persevere vd., sufra y calle, porque esa es su mision, como fué la de Dante, Alammagni, Tasso y tantos otros de los que brillan hoy en el cielo de la inteligencia, despues de haber sido las víctimas de sus épocas y de sus contemporáneos.

Las primeras palabras de esta carta, le demuestran á vd., en síntesis absoluta, cuál ha sido la impresion que ha hecho su obra en mi espíritu. Todavia se vienen á mis labios, impelidos por el entusiasmo de mi alma, muchos de los trozos que vd. ha colocado en la boca de Ezequiel y de Lucía; y me sucede con sus versos lo mismo que me sucedió allá en los dulces años perdidos, cuando las fibras sensibles de mi espíritu gozaban profundamente de los encantos de lo bello, á la lectura de las endechas de Gulnara y de los acentos del Corsario. Ha galvanizado vd. á un cadáver, y mi crítica podria reasumirse en una sola palabra;—gracias, Gutierrez.

Yo pienso con Florencio Varela,—que vano y estéril sería el trabajo del poeta, si la filosofía no formára el fondo de la obra que la imaginacion embellece.—Bien, pues; vd. ha dispuesto el fondo de su cuadro con la naturalidad y la lógica con que lo habria hecho el Renni ó el Rubens, y ha dado á sus versos aquella forma suave, incisiva, imperecedera que no le es dado emplear sino á los maestros del colorido. Hay en el fondo del poema toda la verosimilitud y toda la profundidad que requieren las obras de una imaginacion verdaderamente reflectiva, sin que esto le quite á la forma el encanto y la armonía que hace repetir, aun sin quererlo, las frases de Rossini y los versos del Tasso. Puede vd. firmar con todo su nombre y apellido eso que vd. llama Canto y que yo llamo Poema, sin temor de que la crítica inteligente é imparcial le eche al rostro su amor propio.

No es estraño que en medio de estas pasiones prosaicas que absorben á nuestra sociedad, y que en el

choque de los rencores que distraen á la noble é inteligente juventud de Buenos Aires, su obra pase como un artículo de diario ó como un capricho de la moda; pero el poeta tiene que sufrir, que callar y que perseverar, y á la *Fibra Salvage* le toca soportar la fatal sentencia del tiempo en que vivimos: pero ella es la resurreccion de una época, ella es la estrella precursora de un cielo nítido y bello para la Patria, que se poblará, como el firmamento, de nuevos astros, en el dia sereno, hermanos ó satélites de la *Fibra Salvage*.

Reciba mi gratitud y mis mas sinceros cumplimientos.

Miguel Cané.

Buenos Aires, Enero 27 de 1860.



LA FIBRA SALVAGE

AL DOCTOR DON MIGUEL CANÉ

EMINENTE LITERATO,

Autor de:

ESTHER,
CORA,
EL TRAVIATO,
LAURA,
LA SEMANERA,
LA NOCHE DE BODA,
EL CORSARIO,
LA FAMILIA SCONNER,
DOS PENSAMIENTOS,
IMPRESIONES DE VIAGE,
(*Italia — Francia*)
& &

En señal de respeto y gratitud

su discípulo y amigo

RICARDO GUTIERREZ.

1860



« *Hay vidas que se parecen á la yerba*
« *solitaria que nace en medio de las*
« *arenas abrasadas por el sol.* »

Cora — *por Miguel Cané.*



CANTO PRIMERO

EL ALMA ERRANTE

I

Es triste y suave tu fulgor, viajera
de la fúnebre noche solitaria! . . .
    Intima es tu plegaria,
    oh brisa pasagera,
que vas de rama en rama sollozando
el lastimero adios de tu partida! . . .
    Remedo de la vida,
que entre flores y espinas vá cruzando,
    los recuerdos llorando
de la inocente juventud perdida!

Tú, dulce brisa, la invisible huella
que hasta el confin de tu natal desierto
    guía tu rumbo incierto,
¿ño vuelves á cruzar? ¿En él acaso
mueres tal vez como la vida, y ella
    como tú, su camino
sigue tambien que la marcó el destino?

Quién sabe al fin, oh brisa pasajera,
quién sabe al fin si le cortó en el suelo,
y tu vuelo y su vuelo
son soplos de una ráfaga precaria! . . . .

Es triste y suave tu fulgor, viajera
de la fúnebre noche solitaria! . . .
Oh! cuántas veces, silencioso guía
del peregrino errante,
en su breñosa vía
las sombras disipó! . . . Sabe su pena,
que en la noche de calma
acaricia en sus ojos su desmayo:
él es su amigo rayo,
si en el seno del alma
que la conciencia de la angustia llena,
aún afecto inspira
lo que de él en redor muere ó respira!
. . . .
Llevas la angustia en la abatida frente
como una noche, errante peregrino:
el sol de tu destino
se hundió ya en occidente
para no alzarse mas en tu camino!

II

Sobre la inmensa llanura,
sobre la pampa desierta,
en la noche solitaria
el casco de un potro suena.

Un ginete! — Campo abierto
al rumbo de su carrera!
Los ojos que así relucen
la muerte en el alma llevan.

La muerte! —sola esperanza
que á aquel corazon alienta,
cruzando como un espectro
sobre el polvo de la tierra!

III

El es! Tan honda amargura
solo vierte su mirada,
mirada inmóvil, que llora
todas las penas del alma.

No es el rayo de la luna,
que en redor incierto vaga,
la palidez que su rostro
melancólico desmaya.

No son la herencia del tiempo,
no son del vicio la marca
las hondas huellas que surcan
su frente desesperada.

No es la aureola del martirio
que ciñe la sien escuálida
cuando el corazon rompieron
las tempestades del alma:

cuando el pesar incesante
despliega en torno las alas
y por siempre de los ojos
el amigo sueño aparta;

cuando el porvenir sombrío
la mente desesperada
vé, cual noche sempiterna,
sin un rayo de esperanza!

La maldicion que se anida
en el fondo de aquella alma
y que el mundo ante sus ojos
de sombra y de nieve baña,

no es el amor marchitado
al soplo de la desgracia,
no es la ilusion de la vida,
que el desencanto arrebata.

No es la ambicion, no es el odio,
no es pasion del alma humana
lo que en aquel seno mudo
tan horrendo abismo cáva.

Ay! es la soledad, es el desierto
que se estiende en el alma del suicida;
esa completa ausencia de esperanza,
ese invencible hastío de la vida;
ese abandono yerto
en que el alma se entierra,
y sin buscar donde su rumbo alcanza
se arroja en el naufragio de la tierra:
aquel hondo desdén donde se arrumba
el hombre sin destino
que busca en cada palmo de camino
el miserable albergue de una tumba!

IV

Él amó á una muger, porque en la vida,
íntima vida que contó á su oido
la voz de esa muger enternecida,
halló el ángel caido
que á confundirse alcanza

con ese ensueño de la edad primera,
porque Lucía era
el tipo celestial de su esperanza.
Imágen de dulzura,
vision de inmenso amor y de heroismo,
de angélica piedad y de ternura,
él la soñó en el cielo,
él la buscó en el mundo,
en el insomne afan del desconsuelo,
y en el delirio del amor profundo.
Cuando la vida avanza
y el fátuo sol de la ilusion se aleja;
cuando el último rayo de esperanza
en el refugio del hogar nos deja,
él la buscó para la dicha sola
de un alma combatida;
él la soñó para el hogar sereno
donde el ideal de la ilusion se anida,
y la encontró — para su amor perdida —
en el sagrado del hogar ageno.

Y así aquel solo y último y primero
lazo que ataba al mundo
su corazon inerte,
rompió tambien en su dolor profundo
para no hundir la luz de aquel lucero
en la eterna tormenta de su suerte.
Y huyó con el recuerdo dolorido
su tierno amor y su natal ribera,
con la conciencia de imposible olvido
y á morir léjos de su hogar siquiera.

Pero al partir, su alma lacerada
estalló en el dolor que la roía;
y como último adios, mandó á Lucía
las frases de esta carta desolada.

LUCIA

« Óyeme por piedad.—Deja que lleve
sobre la onda de la brisa leve
que se estrella en tu oido,
el canto de este amor que mi alma bebe
en la fuente del cielo;
en ese insomne anhelo
de infinita ventura, que la mano
de Dios omnipotente
encendió en nuestra frente
como diadema del linaje humano.

» Creí que la celeste simpatía
que hasta tí me arrastraba,
era inocente afan del alma mía
que el valor de tu alma comprendia
y con sencillo afecto lo pagaba.
Creí despues que tu inspirada frente
y la nobleza de tu rostro bello,
y aquel divino escorzo de tu cuello
y aquel fulgor ardiente
de tus ojos sombríos
eran visiones de los ojos míos;
una ilusion ligera
de la amistad galana
que perfuma y que viste
al noble objeto de su fé primera
con el misterio de la tarde triste
y el purísimo albor de la mañana.

» Y en aquel insensato desvarío
donde el amor que empieza
confunde la amistad y la ternura,
el poder seductor de la pureza

y el prestigio fatal de la hermosura,
perdí mi corazon que te seguia,
perdí mi corazon que te soñaba,
y en torno de tu atmósfera vivía
y con tu dulce aliento me embriagaba!

» Y todo eso era amor! Mi alma entera
se refugió á mi seno sollozando: . . .
    ah! todo, todo era
éxtasis celestial del sentimiento
que en cada melodía de tu acento
iba mi corazon avasallando!

» Te amé! Te amé en el alma! ¿Qué valdria
sin esa luz tu espléndida hermosura?
Lo que valdría el mármol de Carrára
    en la veta mas pura
antes que la creacion de Miguel-Angel
con su cincel divino lo animára!

» Tiempo de agitacion! Oh, cuántas veces
    se volcó en un suspiro
la palabra de amor sobre mi lábio,
    y el temor del agravio
dándole en mi sonrisa estraño giro,
    la refugiaba al seno
del miserable corazon amante
que te halló como un astro radiante
en el sagrado del hogar ageno!

» Tiempo de agitacion! La vida mia
era como las olas del oceano
que se destrozan sin cesar y en vano
    en la roca sombría!
El mundo todo, la creacion entera
yo con tu imágen celestial llenaba,
    y mi existencia era
como el reflejo de tu luz fulgente

que estrellado en mi frente
bajo mi sueño mismo centellaba.

» Pobre de mí! Bajo la luz incierta
del rayo melancólico y postrero
de una tarde de enero,
te soñé adormecida,
y si eres bella como un sol, despierta,
oh! mas hermosa te encontré dormida!

» Ah! con qué inmensa y celestial ternura
sonreia tu lábio suavemente
irradiando en tu frente
el puro albor de tu infantil dulzura!

» Como una melodía era el murmullo
de tu leve respiro,
y era como el arrullo de un suspiro
de tu aliento purísimo el arrullo.

» En magestuoso escorzo reclinado
tu cuello de alabastro se doblaba;
y el brazo torneado
oculto en la hechicera
cascada de tu blonda cabellera,
tu frente pensativa rodeaba.

» Pobre de mí! Tu palpitante seno
como la espuma de la mar en calma
se agitaba sereno,
y al dar cada latido
tu corazon querido
llenaba con su música mi alma!

» Y yo tu aliento angelical bebia
y tu inspirada frente acariciaba
y en ver me embebecia
que tu granado lábio sonreia
si mi nombre á tu oido murmuraba!

» Sobre tu rostro bello
vagaba como un soplo el alma mia
y en tu dormido párpado posaba;
en torno de tu cuello
sus temblorosas alas oprimía,
y en mecer me encantaba
las ondas de tu espléndido cabello!

» Y cuando el alma loca
iba á posar su vuelo
en el risueño nido de tu boca,
como estraviada tórtola que gime,
se disipó mi cielo
y desperté de mi ilusion sublime!

» Y al despertar, crei que el pensamiento
era esclavo del alma, y que podia
dominar la razon al sentimiento:
y aquel demente amor que me agitaba,
sofocar en mi seno prometiendo,
á buscar tu palabra me lanzaba,
en tu hogar codiciado me absorbia
é iba en aquella atmósfera bebiendo
el inmenso dolor que me embriagaba!

» Te amé! La lengua humana
á definir no acierta
este vago deliquio de ternura,
este secreto arrullo
de insólito murmullo
que con tu nombre al corazon despierta;
este insondable afan que el alma loca
me lleva sin reflejo de esperanza,
donde la fibra de tu carne toca,
donde tu luz de pensamiento alcanza!

» Qué agitacion! ¿No viste la doliente
madre del moribundo

muda, pálida, inmóvil, azorada,
enterrar la mirada
sobre la mústia frente
donde un soplo mortál la roba un mundo?...
Y mira al hijo y sin cesar le mira
y no arranca un lamento
ni llora ni suspira!...
Tiempo de horrendo afan! Tiempo de calma
que pesa sobre el alma
con el dolor de la existencia entera!...
Por fin el huracan del sufrimiento
saltando la barrera
que soporta en el alma duelo tanto,
con grito horrible se desborda en llanto!

» Así el intenso amor, así el intenso
profundo afan inmenso
que rebosó en la valla
del sufrimiento mío,
rompe su dique de dolor, y estalla
en este pobre corazon sombrío
que le ocultaba en vano
olvidando que era
un miserable corazon humano!

» Así siento el amor!... Aunque mi alma
muerta para las viles ambiciones
y ardientes ilusiones
que brinda la vorágine del mundo,
parece emponzoñada y recogida
en el dolor profundo
donde el frio misántropo se encierra
para odiar en la vida
cuanto á sus ojos engendró la tierra....

» Si mi pálida frente
no surge en la marea del gentío,
es que no encuentro halago

adonde brilla la mirada ardiente,
    donde suena el suspiro,
donde se ostenta el aliciente mago
    de un mundo de bellezas
que á los demás con su prestigio encantan
    y que en mi alma, rota
á toda sensacion que en tí no brota,
ni asombro inspiran ni ilusion levantan!

» Si la palabra mia
en el certámen popular no suena
donde la luz que el pensamiento alumbra
    el corazon deslumbra
    y en fuego se convierte
    que ofusca y enagena,
y arrebata á la gloria y á la muerte:
    si mi alma impasible
    á todo afan del suelo
jamás tendió trás la fortuna el ala
    ni rastreó su vuelo
por donde el cetro del poder se escala:
    si mi pié solitario
    no pisó en el calvario
de aquellas tenebrosas ambiciones
donde un mundo sin fin de sensaciones
lanza al que no halla con tus ojos bellos
y con tu vida de su amor esclava
satisfecha la sed de su riqueza,
es que el encanto de su mundo empieza
donde el encanto de mi mundo acaba!

» Qué guarda la fortuna,
qué promete la gloria
ni la vana ilusion del poderío? . . .
Un tesoro, un renombre, una corona? . . .
Oh! quede en paz el pensamiento mio,
si con la gloria y la fortuna entera
que sobre el mundo á recogerse alcanza

no me es dado siquiera
levantar del abismo mi esperanza!

» Si te perdí en el mundo,
¿qué estrella de la suerte
puede alzarme á los cielos la mirada
desde esta urna de dolor profundo?...
si probé en mi existencia desolada
la inmensa desventura de perderte!...

» Tú no eres para mí!... y el alma loca
á tu alredor enamorada gira,
y mi mano te toca
y mi trémulo lábio febriciente
se nutre en el ambiente
donde tu aliento abrasador suspira!...

» Tú no eres para mí!.. y el mundo, el cielo,
todo se me refleja en tu mirada,
y con febril anhelo
envidio el polvo del humilde suelo
donde deja su rastro tu pisada!...

» Tú no eres para mí!... y el pecho mio
donde golpéa en vano
toda ambicion del corazon humano,
tiembla como una gota de rocío
cuando en el aire leve
como el rumor de lánguido follage
ondulante se mueve
el voluptuoso pliegue de tu trage!...

» Me siento vacilar! Un alma sola
con tan enorme tempestad no puede,
y ya la mia cede
al vaiven formidable de la ola!...

» Me siento vacilar! Escucho en calma
los huracanes que mi pecho baten:

el ángel y el demonio que combaten
por conquistar mi alma! . . .
Me siento vacilar! Mi mente avanza
al iman seductor de tu belleza,
y como un faro á iluminarme empieza
un siniestro reflejo de esperanza! . . .

» Ah, no! jamás! La seduccion cobarde
no profana la senda del martirio
donde reluce y arde
la religion divina de lo bello
que ha orientado mi planta en tu camino
al sublime fulgor de su destello! . . .

» Sálvate! Adios! La noche mas oscura
enlute mi esperanza y mi existencia
antes que la pasion en su demencia
envenene la paz de tu alma pura!

» Adios! mi planta de tu umbral se aleja,
y como aquel que para siempre deja
los templos de su tierra en lontananza,
mi corazon partido
deja á la puerta de tu hogar querido
el último fulgor de su esperanza!

» Mi corazon es fuerte
porque su fibra se templó en el mundo
bajo el tremendo golpe de la suerte.
Mi alma recogida
en su dolor profundo
puede con el naufragio de mi vida.
Adios! solo y errante
cruzaré sobre el polvo de la tierra
con máscara de dicha en el semblante
y sofocando un corazon maldito
que como atroz delito
el mas sublime amor del alma encierra! »

V

Así escribió con mano estremecida
el doloroso afan de su destino,
y lanzó su camino
al azar miserable de la vida.

VI

El es, Ezequiel! Su rostro
un rayo de luna baña:
él es; que tanta amargura
solo vierte su mirada.

Desierto sendero cruza
sobre el caballo que marcha
con la brida á la ventura
en el cuello abandonada.

Mudo, impasible, sombrío,
jamás los ojos levanta,
que negra tormenta abruma
la frente al pecho inclinada.

Acaso léjos su espíritu
á otros mundos arrebata,
acaso le abisma solo
en la idea que le embarga:

acaso, como las hojas
que el viento lleva en sus alas,
sigue el impulso de vida
que sobre el mundo le arrastra.

Con la rienda á la ventura!
¿qué importa, si al fin avanza
á algun palmo de la tierra
que no es tierra de su patria!

Y bosques, valles, colinas
y campos y campos salva,
que bálsamo de su angustia
creyó el tiempo y la distancia.

Oh! la quietud del retiro
y la soledad callada,
son las dos únicas fieles
amigas de la desgracia.

Que es dulce al insomne espíritu
con una memoria grata
llenar las horas del tiempo,
del tiempo sin esperanza!

Allí la imágen confusa
con nueva vida engalana,
suave armonía la presta,
la luz que la iluminaba;

y al pulsar las muertas fibras
las sensasiones borradas,
vivo suspira en la gloria
de su dicha envenenada.

Mas ay! de aquel sin ventura
que allá en su pasado guarda
solo un recuerdo maldito
que en vano en borrar batalla.

La soledad y el retiro
que la fiebre intensa calman,
en la mente desarrollan
la honda idea que la embarga.

En vano entónce el que huye,
huye el siniestro fantasma,
que al corazon vá ligado
como la sombra á la planta!

Pobre Ezequiel: su martirio
le sigue á tierras estrañas:
no está en su pátria el recuerdo,
que vá el recuerdo en su alma!

VII

De fatiga al fin rendido
su noble caballo *pampa*,
en el declive de un valle
el casco sonoro pára.

Tal vez el suelo que pisa
ó el aire que absorbe estraña,
tal vez el instinto solo
le ha detenido en su marcha:

y abre la nariz fogosa
y el cuello altivo levanta
y en el campo que atrás deja
los despiertos ojos clava.

Es el instinto salvage
que en secreta voz le llama
al pisar la última legua
de su nativa comarca!

VIII

Paró. Del sombrío éxtasis,
vuelve Ezequiel, que le embarga,
y al fin la severa vista
en redor inquieto vaga.

Oh! cuán bello cuadro hiere
la última lumbre de nácar
de esa luna que semeja
que en el desierto rodára!

Allí la inmensa llanura
como una mar de esmeralda
en el confin del oriente
sublime y desnuda acaba.

Aquí el bosque gigantesco
borda la loma empinada
como desigual cadena
de ennegrecidas montañas.

Y el hondo arroyo tranquilo
que abre la tierra abrasada,
como herida de su seno
sin término se dilata.

Allá la huella tortuosa,
que del quieto valle arranca,
trepa la loma vecina
como una sierpe de plata,

y entre las yerbas ya oculta
muere trémula y borrada
en el mirage del campo
que finge arroyos de nácar.

Allá, trepado á la cima
de su salvaje montaña,
como un génio del desierto
San Lorenzo se levanta:

y todo bajo aquel cielo,
todo en la armonia y calma,
todo en el suave desmayo
de la noche solitaria!

IX

El no goza en su belleza,
y con decidida planta
y el caballo por la brida,
el bosque costeando baja.

Ha visto lumbre en un rancho
y hasta su puerta se avanza,
tal vez á indagar el rumbo
que ha descuidado en su marcha.

La humilde luz que ilumina
aquella fúnebre estancia
en el corazon de un bosque
sin sendero, abandonada;

y el pobre lecho que apenas
al débil fulgor se alcanza,
un ser humano traicionan
que habita aquella morada.

Entra, mas nadie responde
á su voz; de nuevo llama,
y el éco solo repite
la nota de su palabra.

Y él, sin temor ni recelo,
sobre aquel lecho descansa,
esperando el rumbo fijo
que el destino le guardaba!

CANTO SEGUNDO

LA FUERZA DEL DESTINO

I

Intimo y afanoso sentimiento
de estraña y melancólica ternura,
ráfaga de suavísima frescura,
armónico latir del corazon;
risueña imágen de soñada vida,
onda suave de insondable calma,
el seno misterioso de su alma
con desmayado ímpetu agitó.

Vaga, voluptuosa y conmovida,
leve y profunda languidez serena,
deliquio incomprensible, vena á vena
tembló en su sangre de la frente al pié:
hondo suspiro levantó su pecho,
errando sobre el lábio vacilante,
y sintió por su pálido semblante
dos abrasadas lágrimas correr.

El tenebroso vértigo inclemente
que en su sombrio espíritu pesaba
sintió que de su seno se arrancaba
en pos de aquella lágrima fugáz;
y en plácida quietud la razon fria
y el corazon que emponzoñó el veneno
á un tiempo alegre de ternura lleno
sentia sollozando despestar.

Y era aquel gérmen de insondable encanto
como el secreto son de un éco amigo
que en el fondo del alma humilde abrigo
buscára á la promesa de su fé;
como un recuerdo misterioso y puro,
como infantil y dulce sentimiento,
nacido en algun otro pensamiento
que respondiese al pensamiento de él.

Y libre así del infernal hastío
que su abatido corazon desgarra,
pulsa una melancólica guitarra
que sola allí desamparada halló:
triste preludio, fúnebre preludio
arranca de la cuerda estremecida,
y con voz sollozante y conmovida
entona esta tristísima cancion:

~~~~~

Á LUCIA

» Dáme una lágrima, solo una lágrima!
ah! no; no puedo darte un pesar! . . .
Dáme un instante del tiempo rápido,
yo que te he dado mi eternidad!

⁂
~~~~~

» Dáme un recuerdo! En él cuán íntimo,
íntimo piensa que es mi dolor,
cuando el futuro maldito y lóbrego
ya espera inmóvil mi corazon!

*

» Qué es el futuro? Es noche lúgubre,
noche de nieblas, noche sin fin:
perdido y solo mi errante espíritu
se agita en ella sin porvenir!

*

» Allá en su eterna quietud fatídica
Oh! nada al alma conmueve ya,
—solo un recuerdo,— recuerdo fúnebre,
como ella misma, siempre inmortal!

*

» Y no maldice: su gloria única,
—tu dicha —compra con su dolor:
tú te has salvado: errante y huérfana
busca ella el rumbo que se trazó!

*

» Ay! donde lleve mi planta trémula,
con mís pesares arrastraré
tu sombra muda, que vá en mi ánima,
tú, ni un recuerdo de mi tal vez!

*

» Dáme una lágrima, solo una lágrima!
ah! no; no puedo darte un pesar!
Dame un recuerdo del tiempo rápido,
yo que te he dado mi eternidad! »

II

Con tímida y rasgada melodía
que suspende y oprime el corazon,
retemblando en la atmósfera sombria
triste sollozo de ansiedad rompió.

Un momento siguió de mudo espanto,
cual si una vida en él llevado hubiera.
Profundo luego y comprimido llanto
estalló en una queja lastimera.

Llanto de honda emponzoñada fuente
que el pesar en secreto alimentó,
que como un manantial de lava hirviente
colmó de las entrañas el temblor.

Llanto de misterioso y escondido
amor, que el alma adormecida ignora,
y en apagado éco y abatido
sus triunfos canta y sus caidas llora.

Llanto que con el vivo pensamiento
rompe, que el alma atónita llenó,
penetrando en el rayo de un momento
de un mundo suspirado al corazon.

Mundo que en vago y nebulcso ensueño
miró y dejó el espíritu al pasar;
y ora que en él por fin despierta dueño,
sus dichas todas desparecen ya!

Llanto que el alma á enloquecer alcanza
con el bárbaro grito del dolor:
llanto de melancólica esperanza,
llanto de rota y última ilusion.

Y una voz dolorida y sollozante
que el caudal de las lágrimas cortaba,
así esclamó con éco penetrante
que el espantado corazon helaba:

« —Quién eres tú, que el alma estremecida
se refugia, al oirte, en la memoria,
buscando inquieta en la pasada vida
la misteriosa cifra de tu historia?

» Por qué tu melancólica mirada
siento que me acaricia el corazon
con la imágen confusa y agitada
de un sueño hermoso que en la noche huyó?

» Quién eres tú, que con poder secreto
encadenas a tí mi voluntad,
oh! y á encontrarte, en su delirio inquieto
mi espíritu me arrastra á mi pesar? »

Y del oscuro ángulo surgiendo
velada en negra ropa una muger,
á su invisible fuerza obedeciendo
se abrazó á las rodillas de Ezequiel.

Las fibras todas de Ezequiel temblaron,
la voz á su garganta se anudó,
y en sus ojos sus ojos se enclavaron
con espresion de espanto y de dolor.

Miraba aquella aparicion, miraba
aquella imágen mústia del pesar,
y nunca de mirarla se saciaba
en su profundo vértigo y afan.

Porque algo en ella misterioso habia
que su alma y su memoria sondearon,
y que un recuerdo íntimo traia
de las risueñas horas que pasaron.

Y era de melancólica belleza
el rostro de la pálida muger,
y un vagaroso rayo de tristeza
las dulces formas desmayaba en él.

Mústios los ojos del color del cielo,
preñados con sus lágrimas alzaba,
y eternas noches de ansiedad y duelo
en su mirada inmóvil traicionaba.

La tez marchita de la frente bella,
cual flor del aire que al caer se hirió,
árida y sola y enterrada huella
surcaba, contrayendo su dolor.

Oh! tanta pena y desventura tanta
un alma sola fatigaba allí! . . .
Al peso del dolor que la quebranta
ya la suya Ezequiel siente morir.

Y habló por fin, que el hondo sentimiento
mas fugáz es cuanto mas hondo es;
que á no pasar, meteoros del momento,
ay! matára el dolor como el placer!

» —Quién eres tú? Mi alma es fria y triste,
y en toda el área de la tierra oscura
un sér tan solo que conmueva existe
el seco manantial de mi ternura.

» Tu voz ha desmayado el alma mia,
tu pena me ha partido el corazon;
si eres Lucía, sombra de Lucía,
¿quién á mi ingrata senda te arrastró?

» Ay! qué dolor inmenso tu hermosura
marchitó con tu alegre juventud?
Quién en sombria noche de amargura
hundió aquel astro de dorada luz? . . . »

Dijo; y el bronce de su ceño eterno
una helada sonrisa despejó;
pero era una sonrisa del infierno
que formaba en sus lábios el temblor.

Sonrisa loca del feroz intento
que cumplido, al pensar, ha visto el alma
y jura en la conciencia el pensamiento
con invariable y espantosa calma.

El hastío á su alma dado habia
fuerza para diezmar la humanidad,
y acaso en su desgracia combatía
la sorda voz que le llamaba al mal.

Pero ay! ya del ser que ha profanado
lo que él en su desgracia respetó;
acaso el solo escudo levantado
en medio de su angustia y su furor!

No era ya el génio oculto del destino
quien su rigor en su ansiedad cebaba;
era un ser como él, que en su camino
provocando su cólera se alzaba:

frenético y sombrío sentimiento
que no ya sin temblar sondeó tal vez;
implacable y helado pensamiento
que un nuevo surco lapidó en su sien.

Ay! del que ya sin esperanza alguna
vá errante en el desierto de la vida!
Pero ay! de la mano que importuna
agitó la ponzoña de su herida.

Por eso una sonrisa el ceño eterno
de su pálida frente despejó,
pero era una sonrisa del infierno
que formaba en sus lábios el temblor!

III

Hondo, fúnebre lamento,
queja del alma partida,
negra imágen de la vida,
breve historia del dolor, —
pobre muger! — con las sombras
de su pasado en su mente,
así la angustia presente
de su seno la arrancó:

« — Ezequiel?... Santo Dios! ah! tu voz era,
que viene á despertarme en mi agonia!...
¿Por qué en tí, vida mia,
la última, la sola, la primera
ilusion hallo al fin, cuando el impío,
el horrible tormento,
secó en mi corazon el sentimiento,
fatigó mi hermosura
y encadenó la suerte mi albedrío?...
Cuando desprecio ó lástima te inspira
la que finge esperanza en su quimera
su triste desventura,
y sola y verdadera
ahora entre los dos alzarse mira
insalvable barrera!

» Me amabas? es verdad! Oh! la memoria
llora en mi alma afligida
la dolorosa carta de tu historia
que iluminó la noche de mi vida.
Tú en ella un meteoro,
un meteoro pasagero fuiste:
íntima era y ardiente
tu palabra de amor, pero tu frente
no sé qué horror secreto desmayaba.

Y yo que te adoraba
oí tu último adios! El inclemente
tiempo corrió; corrieron
largos años con él, y ya mis ojos
á hallarte sobre el mundo no volvieron!
Te alzaste y te perdiste
en la noche de paz meteoro triste!
. . . .

» Ah! ¿por qué entre los hombres confundidos
séres arroja sobre el mundo Dios,
que con humanas formas concebidos
tienen todo de fiera el corazon!

» Entes sin alma, formas con instintos,
sarcasmo de la idea omnipotente
y que no llevan, para ser distintos,
la eterna maldicion sobre la frente!

» Julio! ¿te acuerdas de él? ¿Por qué, Dios mio,
le entregué como esposa el corazon,
si el sacrílego mónstruo, si el impio
á un abismo de infamia me arrastró?

» Ay! al correr de mi pesar la historia
estalla el alma de dolor transida,
porque se alzan con ella en mi memoria
las horas mas horribles de mi vida!

» Escucha; la vergüenza y el despecho
mi sangre encienden que el pesar heló;
oye, que acaso en tu abatido pecho
dé un latido por mí tu corazon!

» Era ya entrada una noche,
la más siniestra y oscura
que sobre el campo desierto
desplegó sus álas mústias.

» Triste mi alma y despierta
velaba con su amargura
en la soledad tranquila
de aquella estancia desnuda.

» De inquietudes y tormentos,
de terrores y de angustias
ah! ya mil noches como ella
pasé abandonada y muda.

» Yo no lloraba su ausencia
que me era ya una fortuna
desde aquel dia funesto
que unió mi vida á la suya.

» Lloraba la crueldad solo
de mi ingrata estrella oscura
que unió al suyo mi destino
con tan pesada coyunda!

» Hirió de pronto mi oido
una algazára confusa
donde escuchaba el acento
de su voz áspera y dura.

» Trémula y de horror transida
salté del lecho desnuda,
y ensordeciendo la planta
temerosa y mal segura,

» y ahogando, ahogando en el pecho
los suspiros de mi angustia,
escuché con toda el alma
estremecida en mis dudas.

» Qué horror! aquellas palabras
no dejan mi oido nunca!
Por qué allí la muerte misma
no acabó mi desventura!

» Julio, sí, era él; su mismo acento
llegó trémulo y sordo hasta mi oido
sellando con horrible juramento
el pacto infame que escuché cumplido!
Qué horror! Aquella noche de tormento,
ya al juego todo su caudal perdido,
abandonada al sueño me creia
y à otro hombre miserable me vendia!

» Ah! no soñé! Despierta en mi pavura
sentí el siniestro recontar del oro
y en el misterio de la noche oscura
á aquel cobarde huir con su tesoro:
bien pronto hirió la fúnebre llanura
del caballo el estrépito sonoro
que al golpe de su casco me anunciaba
la infamia y el horror que me dejaba!

» Pero hay un Dios en el cielo,
que á los débiles ampara,
porque en ese instante horrible
dió fuerza y valor á mi alma.

» Corrí, corrí por los campos
loca, trémula, espantada,
al favor de las tinieblas
que protegieron mi marcha.

» Huí sin saber á donde
ya mis plantas me llevaban,
por los ásperos senderos
que destrozaron mis plantas!

» No sé mas. Desfalleciente,
con la primer luz del alba
desperté, bajo el amparo
de esta choza hospitalaria.

» A mi lado, compasiva
hallé una noble paisana
que protejía mi sueño
como el ángel de mi guarda.

» Al borde de una laguna
me encontró ya desmayada
y entre sus brazos me trajo
á esta choza solitaria! . . .

» Cuán eternas son las horas
que corren en la desgracia,
y en vano imágenes busca
para pintarlas el alma.

» La sombra de aquella noche
me sigue como un fantasma,
y no alejan sus terrores
ni el tiempo ni la distancia!

» Oh! déjame llorar, porque es mi suerte
llorar desamparada y escondida;
mi única esperanza está en la muerte,
porque huyó la esperanza de mi vida!
Tal vez un rayo de su luz, al verte
acarició mi alma estremecida,
—último resplandor de un astro amigo
que al separarte seguirá contigo.

» Y aunque siento, Ezequiel, que el alma mia
hoy que te pierde la infeliz, te adora,
no te pido el amor que sonreía
en tu mirada un tiempo abrasadora:
ay! que aquella Lucía, la Lucía
no es que abatida y miserable ahora
llora su angustia en el misterio impío
que separó tu corazon del mio! »

Y en un sollozo
la débil voz
entrecortada
desfalleció.
Sollozo íntimo
del corazon.

IV

Y él habló con dulce acento
de suave y tranquila calma:
oh! qué hondo sentimiento
vencía en aquel momento
la tempestad de su alma!

— « Hay un gérmen, Lucía, de ternura
en el seno del alma combatida,
que eterno mana misteriosa y pura
fragancia en ella de ilusion y vida;
ráfaga vírgen de inmortal frescura
que en suave deliquio adormecida
con un soplo de Dios despierta en calma
en la primera inspiracion del alma.

» Es el amor: como recuerdo vago
de única y pasada gloria incierta,
de amor ageno al penetrante halago
con su escondida eternidad despierta;
misterio de dolor y encanto mago
que loca el alma á definir no acierta,
vagarosa, suspensa y recogida
en el secreto gérmen de otra vida.

» Y así te amé con la ilusion primera,
y así te amé con tan profundo anhelo,

como si el alma recordado hubiera
haberte amado ya bajo otro cielo,
y que proscrita allí, de allí trajera
con escondido afan entre su vuelo
la imágen ay! que en su segunda vida
halló á tu imágen celestial unida.

» Y eras un ángel de inmortal belleza,
y era loco el amor del alma mia,
tu único tesoro la pureza,
mi único porvenir noche sombría;
noche, ah! de fatídica tristeza
en que, amándote, hundirte no podia;
horrendo abismo de insondable angustia
que abrió una maldicion en mi alma mústia.

» Perderte ú olvidarte fué la suerte,
el solo porvenir que pude darte;
y era inmenso mi amor para perderte,
y era inmenso mi amor para olvidarte:
y alejarme juré para no verte
y en mi desierta soledad llorarte
con la sola esperanza de la vida
que en tí cifró mi alma combatida.

» Partí, partí, turbando la armonía
que concierta las almas bajo el cielo:
un solo sentimiento sonreía
en la horfandad de mi profundo duelo;
él tan solo en mi alma sostenía
el valor y la fé del desconsuelo:
— tú te salvabas, — y tu dicha sola
era de mi martirio la aureola!

» Te amé, — no llores ya! La noche triste
con que veló mis glorias el destino,
ah! no ya todo de tinieblas viste
el corazon del pobre peregrino:

un rayo melancólico aún existe
de aquel fuego inmortal, de aquel divino
primer amor, que en la desgracia ruda
mas fuerte mi alma con tu alma anuda.

» Pero es fuerza partir! oye; la suerte
pide un momento mas, alma querida!
Oh, sí! yo volveré! ya ni la muerte
podrá entonce apartarnos en la vida!
Adios! basta, infeliz! El golpe fuerte
que abrió en tu corazon tan honda herida,
tambien ha entrado de mi alma al seno
volcando el manantial de su veneno!

» Déjame! ni una lágrima! es en vano!
Nada en el mundo á detenerme alcanza!
Oh! de aquel hombre la cobarde mano
arrancó tu esperanza y mi esperanza!
Déjame! Con esfuerzo sobrehumano
el demonio feroz de la venganza
me arrastra en fin hasta fijar mi suerte
y pongo á precio de tu amor su muerte! »

V

Y á otros lábios sus lábios se apretaron,
la voz en ellos trémula rompiendo;
lábios que sin buscarse se encontraron,
á un misterioso impulso obedeciendo.

¿Qué gloria, qué deleite, allá en el cielo
guarda para las almas el Señor,
que no desflore en el perdido suelo
el primer beso del primer amor?

Errante el alma sobre el lábio ardiente,
en otro lábio otra alma en su ansiedad
recoge avara, y confundido siente
su espíritu en su espíritu inmortal.

Y desmayada de placer, suspira
en esa queja que en los lábios suena,
y otra vez temblorosa se retira
y al corazon desierto se encadena.

Con música secreta de ternura
canta en el agitado corazon
la gloria de otro mundo y la ventura
el primer beso del primer amor!

VI

Pero al partir, fatal presentimiento
el alma hirió de la infeliz Lucía,
que en su débil aliento, ya el aliento
de la cercana muerte conocia:
la ansiedad, la desgracia, el sentimiento
avanzaron su muerte en su agonía,
y al partir Ezequiel, con un gemido
deslizó estas palabras en su oido:

« —Ay! en memoria del amor primero
que allá en la noble juventud me diste,
guardaba como él, pálida y triste,
esta marchita flor de resedá.
Aquel amor, del gérmen primitivo
mas íntimo ha brotado y mas sereno:
ella un gérmen tambien lleva en su seno,
que puede en nuevas flores respirar.

» Sea ella la imágen de mi vida:
¿ves ese ombú de mi destierro amigo?
Allí, bajo su sombra y á su abrigo,
al perderte á mis ojos la pondré!
Ay! cuando vuelvas, tumba solitaria
será el hogar de la infeliz Lucía
si esa flor, de su esperanza un dia,
hallas marchita al avanzar tu pié! »

« —Adios! » --Aún otro
último adios
del viento en álas
cruzar se oyó:
luego el confuso
sordo rumor
del potro rápido
que se alejó,
y al fin perdido
como la sombra
del incesante
viagero errante,
en el incierto
triste y desierto
negro horizonte
despareció.

Rota nube
que el furor
de los vientos
dispersó:
dolorida
ilusion:
promesa
querida
de amor:
último
rayo
de sol!

Y en la llanura
como en el mundo
del corazon,
quedó tan solo
silencio fúnebre
en derredor.

Brilló en el cielo
la luz de Dios;
y halló Lucía
como los rayos
de luna fria
su resplandor.

Ay! de su alma
el bello sol
ya en occidente
la hermosa frente
en sempiterna noche sepultó!

VII

Un ángel inocente de dulzura
allá en la vírgen juventud fué ella,
como las brisas del desierto, pura,
como los astros de la aurora, bella;
pero era melancólica y oscura
de su destino la perdida estrella
y alumbró su existencia solitaria
como pálida antorcha funeraria.

Como un preludio el misterioso acento
de aquel que solo la adoró en la vida
oyó en las álas de apagado viento
brotar y huir en él la voz querida;
el que dejó, confuso sentimiento,
en su alma serena y adormida,

no tornó mas á despertar amante
aquel mágico ensueño de un instante.

Y corrió el tiempo y la memoria luego
con él, del hombre que soñó olvidado,
y otro despues con miserable ruego
le mintió el paraiso suspirado:
fuego no mas, que chispeante fuego
prendió en su corazon desamparado,
forjando acaso la embriagada mente
amor en él, de ráfaga inocente.

Ella, infeliz! el incitante y grato
vértigo, amor en su ilusion creía,
ligada para siempre al insensato
que el alma en su inocencia escarnecía:
ella al fin despertó, cuando el ingrato
sin comprender el alma que perdía,
un porvenir de infamia y amargura
en pago daba de la fé mas pura!

La malograda juventud serena
corrió entónces, llorando, en la memoria,
y era de encanto y de dulzura llena
y de esperanza y de ilusion y gloría;
y allá, borrando su profunda pena,
en el recuerdo de escondida historia
el solo amor halló que en su desvelo
guiaba el alma al suspirado cielo!

Amor que bajo el rayo de la vida
no alcanzó á recoger la dulce palma,
porque en su primer ósculo prendida
se arrancó, ay! del corazon su alma,
huyendo de la cárcel corrompida
hasta un cielo de luz y eterna calma;
que vírgen era, y en su seno era
vírgen la fé de la ilusion primera!

~~~~~~~~~~
~~~~~~~~~~

CANTO TERCERO

LA VENGANZA

I

Monge de los altares,
muy larga es tu oracion. La noche avanza.
¿Velas en ella tú, cuando descansa
de recuerdos el alma y de pesares? . . .
Muy larga es tu oracion! Pasó la hora
del rezo y la plegaria;
la campana sonora
apagó ya su lamentable acento,
y en las tranquilas celdas del convento
reina la triste noche solitaria.

Estraña es tu plegaria,
y el claustro helado y lóbrego y desnudo
no es tampoco un altar: tú no te humillas,
no ruegas de rodillas
y estás de pié reconcentrado y mudo.....

Fúnebre capuchino,
tú no invocas á Dios! . . . marchas, te agitas,
te páras, vacilante en tu camino,
sonríes brutalmente,
te golpeas la frente
y meditas, meditas

bajo la angustia que tu alma ahoga
y tu soberbio corazon revienta:
ah! te conozco, masa de tormenta,
que sobre el mar de las pasiones voga!

II

El es, fray Ezequiel. Su altiva talla
sobre el pilar del claustro se dibuja
entre sus blancos hábitos envuelta
como un fantasma de la noche oscura.

Sobre su pecho que el respiro agita
con salvage ademan los brazos junta,
y fijando en la tierra la mirada
como en la inmensidad sus ojos buscan.

Mirada de recóndito reflejo,
con que el recuerdo al corazon alumbra;
ojo de la conciencia que despierta
y la batalla de la vida cruza.

Mirada como el brillo del acero,
pálida y fria, penetrante y dura;
no mira con sus ojos, amenaza:
su rayo es un puñal que se desnuda.

Rayo que empalidece cuanto mira
como el fulgor que la tormenta anuncia
y en el primer relámpago que enciende,
la formidable tempestad derrumba.

III

Él es! Sobre su frente tenebrosa
bajo el plegado capuchon, se alcanza
la arruga cruel que el pensamiento deja
como una cicatriz de su batalla.

Siempre severo, pensativo y solo
entre los claustros del convento vaga,
ó caminando en su desierta celda
las mudas horas de la noche pasa.

Como un estraño entre los otros vive
y en su fría reserva se amuralla;
no sonríe jamás su lábio inmóvil
y es breve y altanera su palabra.

Él consagra la misa sin reproche
cuando el servicio del altar le llama,
pero hay entónces en su aspecto rudo
como una distraccion tenaz y estraña.

Cuando las horas de oratorio suenan
no se escucha su voz en la plegaria,
y en insondable reflexion perdido
queda cuando los otros se levantan.

Solo el silencio le despierta entónces
y bajo un golpe de temblor se pára
como si acaso, de su cuerpo ausente,
volviera á entrar á su conciencia el alma.

Inquietas son las horas de su sueño
y le abandona al despuntar el alba
que entra á su celda sorprendiendo á veces
la temblorosa luz de su velada.

No son el Evangelio, ni el Psalmista
con lo que el tiempo de su insomnio mata;
son las mundanas hojas de la historia
ó el relato infernal de las batallas.

Allí su frente lóbrega se anima,
rueda el ojo feroz brotando llama,
y al agitar la juvenil cabeza
derrumba el capuchon sobre la espalda.

Negro como sus ojos, su cabello
en negligentes ondas se derrama
y las soberbias líneas del semblante
con salvage vigor bajo él destaca.

El propio brillo de su vista, alumbra
el tinte americano de su raza
que sobre el rostro pálido se cierne
para mostrar el temple de su alma.

A veces huye de su celda triste
con el primer fulgor de la mañana
y á largo paso infatigable trepa
la cima colosal de las montañas.

Y el panorama de Mendoza mira
ó el espantoso abismo de la falda,
ó inmóvil como el génio de las rocas
hunde en el infinito su mirada.

De allí retorna á su convento humilde
y en su mas hosca agitacion se entraña,
como si en las grandezas de la cumbre
algun soplo satánico aspirára.

El monge anciano con piedad le mira
y huye el novicio de él cual de un fantasma,
cuando en la tarde del tranquilo huerto
paséa en derredor su vista uraña.

Qué horrible pensamiento, qué desdicha
cruza aquel corazon como una espada?
qué formidable golpe de tormenta
su vida entera sin reposo asalta?

Nadie á afrontar su intimidad se atreve,
su gesto es como el bote de una lanza,
y hay algo en él que revelar parece
que aquella tempestad le arrulla el alma.

IV

Su historia en el convento que le asila
es breve y tenebrosa y desolada.
Dos años há que una sombría noche
tocó Ezequiel á la pesada aldaba;

llamó al padre Prior, y en voz resuelta
le habló tranquilamente estas palabras:
« —Padre; sobre la tierra de los hombres
» mi vida es un naufragio de desgracias.

» Dos sólos lazos en el mundo triste
» mi vida ataron á la vida humana:
» el mas sublime amor del alma mia
» y el ódio mas tremendo de mi alma.

» Él ya no existe: por la tierra entera
» le buscó en vano sin cesar mi planta;
» y solo á precio de su sangre infame
» juré comprar en Ella mi esperanza.

» Así ya sin objeto sobre el mundo
» vengo á entregar á Dios toda mi alma,
» y aquí una celda miserable pido
» para huir el infierno que me llama.

» No, no quiero palabras de consuelo;
» todo es en vano cuanto digas; basta!
» no hay mas que yo que sepa que mi angustia
» no cabe ya sobre la vida humana. »

Así Ezequiel encandenó su voto
en los altares de la ley sagrada
para huir del infierno de la vida
en la celeste paz de la plegaria.

Ató á su cuerpo el cíngulo funesto
como un grillete que á los piés se amarra;
y al abatir su negra cabellera
su fuerza de Sanson cayó á sus plantas.

Y como el jóven cóndor que aprisionan
arrancado á su nido de montañas,
con salvage y magnífica tristeza
miró á los cielos y abatió las álas.

Así, como el galeote miserable
que á la regilla de su cárcel salta
y á través de sus lágrimas devora
el ave libre que en los cielos vaga,

así ya para siempre ante sus ojos
vió volar el giron de su esperanza,
como la nube que la tarde dora
y el soplo de los vientos arrebata!

En ese mundo recogió el recuerdo
y se hizo triste y tenebrosa el alma,
vagando en los espacios infinitos
de su desierta soledad callada.

El tiempo al fin con su terrible ciencia
le mostró allí su libertad esclava
é iluminó el naufragio de su vida
con el fulgor de la verdad amarga.

Entónces sobre el labio contraido
espiró la oracion y la plegaria
y el inmenso dolor del desconsuelo
sobre su frente desplegó las álas.

El vigor de su espíritu soberbio
no exhaló con el llanto en queja vana,
y la presion del claustro aborrecido
como una fuerza concretó su sávia.

Y creció poderoso en el abismo
que el pensamiento solitario cava,
ah! pero en vez de levantarse al cielo
rastreó en la tierra su raiz amarga

como el potente roble que aprisiona
la grieta colosal de la montaña
y sin perder su robustez soberbia
el tronco dobla y la cerviz levanta.

En el retiro de su celda triste
refugió su conciencia desolada,
estudió el mundo y arrastró á su juicio
la miserable sociedad humana.

Y solo vió oprimidos y opresores,
y él se miró caido entre la garra,
bajo el azote de la ley maldita
que aprisionó sus carnes y su alma.

Entónces en su espíritu soberbio
pasó el soplo infernal de la batalla,
y levantó su lábaro terrible
en el brillo feroz de su mirada.

No era el ceño del ódio que sonríe
al salto de la sangre y de la entraña,
ni el rencor era que burlando aspira
el alarido atroz de la desgracia;

ni la horrenda crueldad del alma fría
que templa su furor como una espada
en los humores de su herida propia
para roer y emponzoñar la estraña;

ni el dolor ciego que el puñal desnuda,
ni el deleite infernal de la venganza
que saboréa con paciencia horrible
el salvage veneno que prepára.

Era el brillo acerado de la cota,
la muerta luz que en la tormenta avanza
y á cuyo lampo empalidece el mundo
esperando el azote de sus álas.

Era el dolor que á combatir se arroja,
la desesperacion blandiendo el hacha
que hiere sin guardarse, invulnerable,
porque no lleva carne de esperanza.

Era la conmocion del estallido
que la potencia de opresion levanta:
era el cartel del implacable duelo
á que aplazó en un dia su venganza.

Midió el alcance del poder ageno
por la caida en que abismó su alma,
y encontró, blasfemando, que la fuerza
era la ley de la existencia humana.

Entónces, como el hierro estremecido
bajo el iman que en la tormenta pasa,
blandió en el aire su robusto brazo
agitando la cruz como una espada!

V

De pronto un paso furtivo,
cauteloso y fugitivo
sonar en el claustro oyó,
y vió el fantástico bulto
de un hombre en su capa oculto
que á su celda se acercó.

Y era siniestra y oscura
la sombría catadura
del que avanzaba hasta allí
Y le vió con temblorosa
mano agitada y dudosa
la pesada puerta abrir.

Y abrió; pero al entrar sus ojos vieron
el formidable aspecto de Ezequiel,
y con estraño ahinco lo midieron
ávidos, de la frente hasta los piés.

Pero en las ropas de Ezequiel hallando
un pobre capuchino penitente,
así le habló con éco reverente
y la rodilla en el umbral doblando:

« — Padre; perdon si mi llanto
turba la paz solitaria
de la devota plegaria
que levantas al Señor;
pero el crímen, el espanto
de mi alma pecadora,
me arrastra á tus piés é implora
tu consejo y tu perdon. »

Ah! ¿por qué al son de ese acento
de súbito helada de la frente al pié
sintió con golpe violento
pararse en sus venas la sangre Ezequiel?...

Ay! cuando en las horas puras de la vida
la gloria que el alma única forjó,
muere marchitada por siempre y caida
al injusto soplo de ageno rencor:

y ya el desencanto, huérfana del mundo
la esperanza roba que no torna mas,
y en una hora eterna de hastio profundo
se recoge el alma sola en su pesar:

cuando nada importa la agena ventura
ni el dolor ageno, ni aún el mismo al fin,
porque ni el presente la propia amargura
llora, ni el pasado ya ni el porvenir;

y ya envegecido y agostado vive
como en un sepulcro, roto el corazon,
y solo desprecio por afan recibe
cuanto de él las fibras á tocar llegó;

entónces la herida de traidora mano
que del infortunio la paz vá á romper,
con impetu horrible, con furor insano
agita en el seno la dormida hiel.

Ay triste el que entónce mira en su impotencia
huir impune y salvo al ser que le hirió
sin dar al orgullo la amarga conciencia
de vengar siquiera su inmenso dolor.

Sus dias son noches, ay! de insomnio eterno,
sus noches son siglos de eterna ansiedad
y es su vida toda tenebroso infierno
donde espira el alma sin morir jamás!

Ah! ¿no fué una sombra de loca quimera
el hombre que hallaba junto á si Ezequiel?...
Era Julio mismo!—la misma voz era
que encerró en su oido su encono una vez!

El ser que en su seno ponzoñosa herida,
la última de su alma, la mas honda abrió,
y del astro único de su oscura vida
en noche de crímen empañó el fulgor.

Ser que de su alma el ódio profundo
despertaba en ella sin piedad ni ley,
y en quien ella todos los golpes del mundo
reunió que postraron su gloria y su fé.

Y anchos corredores que la noche viste
con sus hondas nieblas, recorriendo van:
reina allí el silencio, y en la inercia triste
sus dos corazones se escuchan pulsar.

Súbita aunque débil, suave y temerosa,
con incierto giro de estraño temblor,
de Ezequiel la mano crispada y dudosa
las flotantes ropas de Julio buscó,

como el que de un vago sueño poseido
duda y se pregunta si sueña en verdad,
ó bajo el influjo de él adormecido
palpa los objetos que halló al despertar....

Al fin sobre el mundo se hallaban reunidos
los que juntó el ódio sobre él y alejó;
los ojos en tierra de Julio vencidos
ante aquellos ojos que los mas perdidos
misterios de su alma sondéar sintió.

VI

« — Padre! la fuerza invencible
de un hondo terror sin calma
lleva mis ojos al suelo
y me arrebata á tus piés;
en la noche mas horrible,
la mas negra de mi alma,
como ha sido para el cielo
la mas oscura tambien!

» Ya el desmayo y la fatiga
de mi cuerpo dolorido,
ya la inquietud de mi mente
el reposo dispersó.
Piedad! escucha y mitiga
el terror desconocido
con que lucha tenazmente
en vano mi corazon!

» Yo allá en mi patria habitaba
una hermosa estancia mia
en la ingrata compañía
de una insensible muger;
aquel dia en que mi mano
la dí por mi mala estrella,
no recibí con la de ella
todo el caudal de su fé.

» Su pecho mismo guardaba
todo su amor para otro hombre;
EZEQUIEL era su nombre
que en sueños la oi nombrar:

mas él, olvidado acaso
ó desesperado amante,
huyó desde aquel instante
del país por siempre ya.

» Tú puedes aquella vida
idear en tu pensamiento,
de fastidio y aislamiento,
de violencia y de rencor;
y yo que el alma soberbia
siempre eduqué en su albedrío,
la dejé sola á su brío
que el yugo al fin sacudió.

» Desde entónces entregado
al estruendo de la orgía,
tan solo la luz del dia
me hallaba en mi triste hogar:
y el juego, el juego que era
todo mi universo entero,
noche á noche en mi dinero
devoraba mi caudal.

Una noche, en fin, lanzado
en la ambicion del desquite,
al primer golpe de envite
alzar mi suerte soñé;
y á una carta tentadora,
solo en una carta, en una,
el resto de mi fortuna
de un solo golpe jugué!

Y perdí! — Desesperado
y en secreta calma impía,
volví al hogar que perdía,
lleno de envidia y rencor:
en mi cérebro demente
fúnebre plan concibiendo

que iba doblando y creciendo
la fiebre del corazon!

» De pronto sonó á mi oido
una palabra altanera
que bien conocida era
y terrible para mí:
torné el rostro sorprendido
viendo acercarse á mi lado
al tahur afortunado
que me habló entónces así:

—Quieres tentar un albúr
en una última jugada?...
Entre toros no hay cornada;
sinó te conviene, abur!

Pero no sé qué has de hacer
rodando en noches tan largas
con dos horrorosas cargas,—
la miseria y la muger!...

Pues déjame el campo llano
y lleva esta bolsa de oro:
lo que ha de comerse el moro
que se lo coma el cristiano!

No sé que mejor jugada
caiga del cielo á un tahur;
pero si eres tonto, abur!
entre toros no hay cornada!

» Y haciendo sonar su mano
la bolsa repleta de oro,
puso en la mia el tesoro
á cuyo tacto temblé:
y al influjo de su brillo
en mi vértigo cediendo,

con aquel tesoro huyendo....
vendí mi propia muger!...

» Ah! no mates mi esperanza
con esa mirada horrible
que bajo el ceño insensible
de tu frente se arrancó;
porque su rayo, que alcanza
al fondo del alma mía,
deja en su fuerza sombría
todo el hielo del terror!...

» No es este el crímen que agita
la conciencia de mi pecho
y en el refugio del lecho
viene mi sueño á turbar:
ay! en mi lábio inseguro
y mi acento estremecido
lucha errante y combatido
por mi mengua y tu piedad!

» Oh, monge! tú no comprendes
la tempestad que se agita
en esa pasion maldita
que ha roto en mi corazon;
porque tu alma piadosa
alza su vuelo del mundo
y nunca al abismo inmundo
de las pasiones bajó.

» Y la mia, desde aquella
noche de miseria tanta,
donde ha pisado mi planta
se ha envilecido tambien;
y segun lució mi estrella,
ya perdiendo, ya ganando,
fué entre mi pecho doblando
eternamente su sed.

Vencido al fin por la suerte,
me arrancó un hombre la mia;
en esta noche sombría
le ha acechado mi traicion:...
acabo de darle muerte
en el bosque de un camino:...
Padre! soy un asesino
que implora el perdon de Dios!... »

VII

Sin una nube en la frente
ni una chispa en la mirada,
ni una sonrisa en el lábio,
ni en los miembros un temblor,
la voz de Ezequiel, doliente
y en suave acorde templada,
sin furor y sin agravio
estas palabras habló:

« —La sombra del pesar está en mi frente!
¿por qué entónces tu alma envilecida
crée que no alcanzo la pasion demente
que agita aún las horas de tu vida?...
En los dias profanos
de mis goces mundanos
tambien una pasion bramó en mi seno,
tambien el sueño me robó y la calma,
tambien su embate conmovió mi alma,
tambien vertió en mi vida su veneno!...

» Donde no lleva tu ansiedad sombría,
donde el amor impávido no alcanza
ni el furor de los celos,.... allí guía

la frenética sed de la venganza!...
Al través de estrangeras
cien lejanas riberas,
todo en la mia con mi amor dejando,
indiferente para mí ya el mundo,
sin otra fé que mi rencor profundo,
seis años fuí... su huella rastreando!

» Piedad! ¿y piensas, infeliz, que ella
de Ezequiel cabe en el precito seno?
seis años há que tu maldita huella
sigue mi corazon, de tu ódio lleno!
Hoy al fin, asesino,
te encuentro en mi camino!...
Para vengar á la infeliz Lucia
precisaba el rugido de tu muerte:
álzate, miserable, porque al verte
se arranca de furor el alma mia!...»

VIII

En el furor de la mortal contienda
los dos contra la lumbre se estrellaron
y el cuadro así de la matanza horrenda
en medio de las sombras sepultaron.
Solo el rumor se escucha
de enardecida lucha:
luego un instante de silencio inerte;
luego un hondo y frenético gemido;
luego el golpe de un cuerpo que ha caido,
y solo al fin la calma de la muerte!

Y de pronto una lumbre repentina
hiere de aquella oscuridad el manto

y con su rayo trémulo ilumina
la escena del combate y del espanto.
Firme la mano alzada
con la luz agitada
y la feroz sonrisa en el semblante,
sigue Ezequiel en su ansiedad impía
del moribundo Julio la agonía,
inmóvil ya sobre la tierra humeante.

Miraba en él, miraba aquel sangriento
trémulo lábio de la inmensa herida,
como esperando en su feroz contento
el paso de aquella alma aborrecida!

IX

Cuando la luz de la aurora
á la celda penetró,
los monges horrorizados
cayeron en oracion.

En balde á Ezequiel buscaron:
solo el éco de su voz
con aquel nombre terrible
en los claustros resonó.

Pasó un dia, pasó un año,
y un año y otro año en pós,
y jamás á su convento
el fraile Ezequiel volvió!

CANTO CUARTO

EL AMOR DE LA PATRIA

I

Una vez mas la planta
del fogoso corcel, con rumbo cierto
guías sobre la arena del desierto?
Ni el polvo que levanta
te es ya conocido:
todo, todo lo muda
el tiempo asolador, viagero triste!
y muchos son los años
que en su vuelo han corrido
desde la vez postrera
que en la loma desnuda
en que hoy fijas tu pié, tu pié pusiste.
Todo, todo lo muda
el tiempo asolador, viagero triste!

Sí; y en tus mismos ojos
aquel intenso resplandor sencillo
de tu pesar, es ora
salvage, inmóvil, nebuloso brillo
que suspende en la faz la aterradora
calma feroz del alma
que recuerdos no oprimen
porque su solo goce está en su crímen!...

En un tiempo que huyó, que huyó inclemente,
se levantó un asilo misterioso
en ese valle lúgubre y sombrío:
el bramador torrente
y el huracan bravío
han cruzado en él ya; su ronco vuelo,
su marcha destructora,
del hogar de Lucía no dejaron
un solo rastro en el breñoso suelo!
¿qué busca entónces tu mirada ahora?...

Él es, sí, Ezequiel! Profeta el alma
siente acaso y espera
ya la herida postrera
con que abatirla al fin debe el destino!...
El ombú se levanta
allá sobre el camino,
pero inmóvil la planta
del sombrío Ezequiel, allí en el suelo
han clavado la duda y el anhelo.

Rompió:—corta es la senda!...
y así solo el instante de un gemido
que separa la vida de la muerte,
ay! en el corazon estremecido
mas amargura vierte
que de la vida toda los pesares!
Rompió: sus pátrios lares
dejó una vez, errante peregrino;
triste fué su camino;
mas, ay! que en la postrera
breve estension al fin que recorria,
mas dolorosas rémoras habia
que en la distancia de su huella entera!

Rompió: ¿pór qué se pára?
Caer toda la sangre yerma siente
al frío corazon, y á su despecho,

firme en la tierra el pié: ruda tormenta
abate, abate la oprimida frente:
los brazos sobre el pecho
con desmayada languidez asienta,
y cual la imágen del dolor sombrío
queda inmóvil allí, pálido y frío.

Fijos los ojos, su mirar de calma
esa enclavada vaguedad tenía
que en el último instante de agonía
deja al partir de su prision el alma.

II

Al pié de aquel ombú y en aro unidas,
cuatro musgosas piedras se enterraban;
en el centro, del tronco se elevaban
los brazos de un arbusto seco ya:
algunas hojas pálidas, caídas
en los espacios de la piedra oscura,
mostraban que la planta, en su frescura,
fué de Lucía el triste *resedá!*

III

Ah! qué ofrece en su páramo la vida
que la ilusion y la esperanza trunca,
cuando pesa en el alma estremecida
todo el horror de esta palabra—nunca!

« Nunca! » que si hay un prometido cielo,
no vive el alma en la pasada historia,
porque abandona, al desatar su vuelo
en su desierta cárcel la memoria!

Y es en vano llorar: oh! y es en vano
el maldecir tambien; que lo que ha sido
no alcanza el génio del poder humano
á arrancar de la muerte y el olvido!

Solo queda al espíritu en su seno
un insondable y espantoso abismo,
donde de inercia y de desprecio lleno
se recoge en misántropo ostracismo!

IV

Héle allí aún inmóvil, mudo y frío
en el lugar que le fijó su anhelo;
ni despeja en su frente el ceño impío
ni alza los ojos que enclavó en el suelo;
ni del intenso vértigo sombrío
le vuelve la ansiedad al desconsuelo.
porque es mortal la herida de su alma
y no dejó al caer furia ni calma.

Siempre allí, siempre allí! Oh! ¿ni á qué intenta
huir de allí con su dolor profundo
si es muy feroz de su alma la tormenta
para ahogarse en las ráfagas del mundo;
si el silencio del destierro aumenta
del corazon el éco moribundo;
si, en fin, caido al golpe de la suerte
no le importa la vida ni la muerte!

V

No miró, porque en su alma pesaba
ya su fúnebre vértigo cruel,
una hueste que el llano bajaba
entre nubes de polvo á sus piés;
ni el monótono golpe escuchaba
en la tierra, del brioso corcel;
ni el crugir de las armas prendidas,
ni el gemir de las trompas heridas.

Viejos, jóvenes, todos mezclados
en columnas simétricas, van
sobre el bravo corcel los soldados
en profundo silencio mortal:
pero alumbra sus ojos turbados
la embriaguez de la gloria en la faz;
que en un sueño de amor y alegría
á morir por la patria les guía.

Pára súbito, inmóvil ya aquella
ondulante columna sin fin,
como un bosque llenando la huella
con alegre y siniestro matiz:
á la lumbre del sol que centella
en las armas, se vé relucir
como trémula inmensa laguna
donde rompe su rayo la luna.

Dos ginetes, del centro surgiendo,
recorrieron la hueste en redor,
y al lugar que dejaron, volviendo,
todo en mudo silencio quedó:
luego inmenso, con hórrido estruendo

como el canto del mar, un clamor
gritó—¡viva la patria!—y el éco
llenó rápido el cóncavo hueco.

VI

Y de la inmensa voz al hondo acento
el alma estremecida despertó
con un nuevo y estraño sentimiento
cautivo y arrobado el corazon.

Como si de él sintiese en su tristeza
caér la tempestad que le oprimía
y que en pesada y áspera corteza
al sonar de la voz se desprendía.

Y en inocente calma enternecida
brotar en él un manantial de amor
que las pasadas penas de su vida
con su murmullo trémulo adurmió.

Y una fuerza despues, irresistible,
y ardiente como el soplo de un volcan,
que con secreto ímpetu invisible
de allí le arrebataba á su pesar.

Que iba siguiendo su alma enagenada,
confusa, aérea, mágica vision
que de vírgenes glorias coronada
á él perpetuas glorias le brindó.

Triunfos que su alma á definir no alcanza
y huyen del alma si á tocarlos vá,
pero que en alas ay! de la esperanza
á su esperanza sonriendo están.

Amor tambien que á regalar no acierta,
que no fija al obgeto el pensamiento;
cierta seguridad y duda cierta,
feroz y enternecido sentimiento.

Amor salvage que en su mústio seno
las hórridas pasiones sofocaron
bajo el mar palpitante de veneno
que el ódio impuro y el dolor brotaron.

Fibra salvage que en furtiva calma
el nombre eterno de la patria hirió,
y cuyo timbre puro llenó el alma
con una intensa ráfaga de amor!

Y vió la pobre patria conquistada,
mústia á sus piés la libertad cayendo;
y miró aquella hueste que esforzada
marchaba á la batalla sonriendo.

Y era su patria misma; que el proscrito
una tierra natal tuvo tambien
que un dia, libre del dolor maldito,
con venerado afan amó talvez.

Y despeñado de la loma al suelo,
al frente del magnífico escuadron,
como un cóndor audaz que cáe del cielo
el frenético *pampa* sugetó.

« —Dónde se muere por la patria? » dijo,
soberbio alzando la mirada fiera
y el fuego todo de su rayo fijo
de su patria en la impávida bandera.

« —Bajo su sombra! »—respondió un valiente.
« —Yo por ella tambien quiero morir! »
(clamó, agitando la sombría frente)
« una lanza! una lanza para mí! »

VII

Cae siempre al fin el opresor tirano!
Veis? — el campo fecundo
tinto con sangre está, pero no en vano!...
De San Martin la formidable espada
en aquella jornada
dió libertad á un mundo.

Rasgada y vencedora,
en la cima humeante
se enclavó la bandera
que el azul mismo del cenit colora!
Cadáveres sangrientos la rodean
sobre el suelo sagrado
que en suelo de venganza trocó Marte.
Ah! pero tú ¿quién fuiste
que en el campo caiste
al pié del melancólico estandarte?

Tu ropa no es la ropa del soldado:
bárbara herida parte
tu macilenta frente, pero en ella
otra mas honda y dolorida huella
ay! enfierece tu postrera calma,
porque fué de la herida de tu alma!

La palidéz sombría
que se cierne en tu faz sobre la muerte,
la frescura serena
es de la loca juventud ardiente
que marchitó el infierno de la pena:

y su limpia pureza
traiciona al hijo en tí del pensamiento,
cuyo campo no era
el campo de batalla!

Mas si le hollaste, no le hollaste en vano:
mucha es la sangre estraña
que el polvo á tu alredor humeante riega
ó seca tiñe tu crispada mano;
y la feroz sonrisa
que aún tu lábio amoratado pliega,—
lábio tal vez que ennegreció el encono,—
oh! que no siempre ha reposado en calma
tu formidable brazo
muestra, y que en tu regazo
desmayó antes que el furor de tu alma!

VIII

Una vez mas los ojos
te encuentran, Ezequiel, pero caido
en sangrientos despojos!
Por la pátria tambien tú has perecido?...
¿Qué era ella para tí, mudo viagero,
cuando ya el mundo entero
con todas sus caidas y victorias,
sus lágrimas, sus glorias,
su vida y su esperanza,
en tu alma insensible
al golpe del dolor, tan solo alzaron
el ódio mudo y el desprecio horrible?

Por la pátria tambien, mudo viagero?
lo sabías tú mismo?...
Silencio! á tanto la razon no alcanza!
el corazon del hombre es un abismo!

Oh! si solo la sed de la matanza
te arrebató á los campos de la muerte,
mi alma que valora
el salvage dolor de tu alma triste,
una lágrima vierte
sola como tu amor! — Al fin caiste
bajo el paterno lábaro de gloria,
en nombre de la pátria combatiendo
y por la eterna libertad muriendo!



POESIAS LÍRICAS



EL LIBRO DE LAS LÁGRIMAS

A MI MEJOR AMIGA

JULIA NÓBREGA DE HUERGO,

NOBLE Y GENTIL ESPÍRITU.

En testimonio del mas leal afecto,

RICARDO GUTIERREZ.



Y su labio estremecido
me habló, al partir, de esta suerte:—
« tan solo alcanza la muerte
donde no llega el olvido! »

Llamo.... y el eco retumba
en su morada desierta:
ah! me parece esta puerta
la lápida de una tumba!

Negro como el firmamento
en esta noche sin calma,
oprime, oprime mi alma
un fatal presentimiento!....

—Dime, monge peregrino
que huyendo del vendabal
guarecido á ese portal
descansas en tu camino,

vieron tus ojos salir
un féretro de esta puerta?...
(ay! tan solo estando muerta
no pudo escuchar y abrir!)

—Féretro! no, no ha salido;
una sombra entrar miré:
—la muerte!
—el olvido fué;
que ausencias causan olvido!

—Adios, primera ilusion!
dame tu brazo, ermitaño;
el peso del desengaño
me anonada el corazon!

Y en sus palabras mentidas
¿adónde huyó mi consuelo?
—Adonde posan su vuelo
las ilusiones perdidas!

Oh! bien haya el sentimiento
que te enseña á comprender
que palabras de muger
son humo que lleva el viento.

VIII

EL CAMPO SANTO

Oh! cuando el surco de mis pies errantes
sobre la tierra de los muertos pasa
y al través de una nube de tristeza
fijo sobre las tumbas la mirada,
como una piedra,
como una lápida
me oprime el corazon desfallecido
la verdad ¡ay! de la miseria humana!

Allí se abruma la existencia mia,
allí su golpe el corazon desmaya,
allí me cierra la opresion el pecho
y alli un sollozo la ansiedad me arranca:
allí se abate
sobre mi palma
la frente llena del pesar que anubla
el último fulgor de la esperanza!

Silencio y soledad! Campo de muertos,
aquí los labios para siempre callan
y con eterna y enlutada cifra
solo la piedra de las tumbas habla!
Qué es lo que dice
su negra página?
« Aquí yace — aquí duerme — aquí reposa »
Adios! última luz de la esperanza!

Duerme bajo la sombra de mi angustia
y entre el silencio de mi vida calla;
duerme, sola verdad de la existencia,
bajo el disfraz de una sonrisa falsa!
Que no te lean
tras de una lágrima
los ojos de la madre enternecida,
los ojos ¡ay! de la muger amada!

IX

EL CUERPO Y EL ALMA

Sobre los llanos de la tierra mia,
sobre los montes de la tierra estraña,
sobre el abismo de la mar inquieta,
sobre el fúnebre campo de batalla,
como una sombra,
como un fantasma,
ah! siempre léjos de tu hogar querido
la tromba de la vida me arrebata!

Parece que la fuerza del destino
el cuerpo mio de tu cuerpo aparta,
la senda tuya de mi senda borra,
la vida mia de tu vida arranca,
y léjos hunde
y léjos alza
el rumbo sin oriente de mi huella,
el paso sin reposo de mi planta!

Sobre la tierra de la patria tuya,
sobre la roca de la tierra estraña,

sobre las ondas del desierto amargo,
sobre el campo sin Dios de la matanza,
como los cielos
y la alborada
siento en el alma la existencia mia
ligada á la existencia de tu alma!

Parece que la fuerza del destino
el cuerpo mio de tu cuerpo arranca!
parece que el Señor ató en la vida
tu alma con mi alma!

Y el cuerpo errante sobre el mundo inmenso
sigue la maldicion que le arrebata,
y el alma dolorosa y abatida
á tu desierto espíritu se amarra!

X

LAS DOS PLEGARIAS

Te ví con ropas de dolor vestida
á los piés del altar arrodillada,
y la mirada, celestial mirada,
con llanto de piedad humedecida.

Tu voz, como la brisa solitaria
que en la oracion por el desierto gime,
sollozante, dulcísima y sublime
levantó bajo el cielo tu plegaria.

Ah! tú rogabas con fervor profundo
por la paz de los muertos que te amaron;
por un reposo que en el mundo hallaron
dos palmos ya bajo la faz del mundo!

Entónces ¡ay! mi espíritu abatido
con el insomne afan del desconsuelo,
miró una noche oscurecer su cielo,
negra como el crespon de tu vestido;

y mi voz sollozante y funeraria,
rota contra las ondas del ambiente,
volcó sobre mi lábio balbuciente
el inmenso dolor de esta plegaria:

—Ah! tú no ruegas por aquel que cruza
la tierra propia como tierra estraña,
rodando en la tormenta de la vida
sin hogar de reposo en su jornada,
        como las hojas
        que el viento arrastra:
oh! ruega por aquel que busca solo
su dia de descanso en la batalla!

Ay! tú no ruegas por aquel que habita
el tenebroso abismo de su alma,
agitado en la horas de su sueño
por el pesar que se alzará mañana,
        como la muerte
        que el reo aguarda:
ah! ruega por aquel que nada espera
en el mundo feliz de tu esperanza!

Su amor es prenda del amor ageno,
su vida es sombra de la vida estraña,
y el porvenir de la existencia suya
como huracan que en el desierto avanza
        bajo la noche
        desamparada:
oh! ruega entónces por aquel que solo
como un espectro sobre el mundo pasa!

En tí la tierra mi esperanza lleva,
en tí los cielos mi esperanza guardan,
y ya en el mundo y en el cielo mismo
te perdió sollozando mi esperanza,
como un lamento,
como una lágrima:
ah! ruega entónces por aquel que solo
no duerme bajo el polvo de tu planta!

XI

ECCE HOMO

—Ah! con qué fervor profundo
oras en tu fé sincéra!...
parece que Dios oyéra
las plegarias de este mundo!

No aflijas con sentimiento
tu corazon, pobre hermana;
que toda palabra humana
es humo que lleva el viento!

—Fué que de un consuelo en pos
el pesar que me vá ahogando
trajo mis ojos, llorando,
sobre este libro de Dios.

En él mi dolor se acalla
y sonríe mi amargura,
porque dice la Escritura
que todo el que busca halla!

—Halla... que la vida es,
desde el sepulcro á la cuna,
áspera senda importuna
que despedaza los piés!

Halla una fuente de llanto
tras de toda sensacion,
y en pos de cada ilusion
un horrible desencanto.

Porque el hombre solo es
miserable presidario,
que camina entre un sudario
con un grillete á los piés!

—Ay! lo que diciendo vas,
mi corazon deja frío!
¿no halla mas, hermano mio?...
--No halla mas!

—Mira que es Dios quien escribe
en este libro sagrado!...
tú no le habrás suplicado,...
porque quien pide recibe.

—Recibe... la maldicion
que para el hombre se anida
en cada fuente de vida
donde toca el corazon!

En vano con hondo afan
pide un instante de calma!...
sabes, alma de mi alma,
lo que en el mundo le dan?

Dolor en la juventud,
angustias en la niñez,
pesares en la vejez
y olvido en el ataud!

—Ay! lo que diciendo vas
mi corazon deja frio!
¿no halla mas, hermano mio?
—No halla mas!

—Cielos! me llena de espanto
tu inmenso dolor profundo!
Es que tus ojos, el mundo
miran á través del llanto.

Ignora, hermano, quizá
tu alma triste y desierta,
que hay en el cielo una puerta,
y al que llama se abrirá!

—Como fiera perseguida
por el montero inhumano,
vá corriendo el ser humano
la derrota de la vida.

Y en todo el surco de tierra
que vá con sangre regando,
puerta á puerta vá llamando
y puerta á puerta se cierra.

Y al fin cuando se derrumba
con la carne rota y yerta,
¿sabes la que encuentra abierta?...
ay! la puerta de la tumba!

—Partiéndome el alma vas
con tanto dolor impío!
¿no halla mas, hermano mio?..,
—No halla mas!

XII

EL REMORDIMIENTO

Cuando en las horas del placer mundano
súbita palidez tu frente asalta
y se hiela en tu labio la sonrisa
y estremecido el corazon se pára,
        ah! no es un vértigo
        lo que te embarga!...
Yo sé qué es un fatal remordimiento
que despierta en el fondo de tu alma!

Cuando resuena el toque de oraciones
y en triste soledad el mundo calla,
¿qué fúnebre clamor tu oído hiere,
que con la mano trémula le apartas?
        No es el tañido
        de la campana!...
Yo sé que es un lamento de ultra-tumba
que resuena en el fondo de tu alma!

Cuando la estrella vespertina asoma
y un rayo melancólico te manda
y bajo el techo del hogar paterno
te refugias llorosa y aterrada,
        ay! no es su rayo
        lo que te abrasa!...
Yo sé que son dos ojos espirantes
que miran hasta el fondo de tu alma!

Cuando en las horas de la noche negra
llena de horror sobre tu lecho saltas
y fuera de las órbitas tus ojos
por las tinieblas aterrada lanzas,
ah! no es un sueño
lo que te asalta!...
Yo sé que es una mano del sepulcro
que asida á tus cabellos se levanta!

No cruces por la tierra de los muertos
cerca de aquella losa solitaria
que al retumbar el paso de los vivos
al impulso de un cráneo se levanta.
Allí te esperan,
allí te llaman!....
Yo sé que es un espectro que te sigue
amarrado á la sombra de tu planta!

XIII

CAIN

Cuando el destino levantó tu frente
sobre las olas de la vida humana,
como la sombra de tu padre mismo
sentí mi corazon que se agitaba:
oh! mas querida que mi gloria toda
me fué la gloria de tu vida ingrata!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

Cuando la récia tempestad del mundo
al borde del abismo te arrastraba,
¿sobre qué seno descansó tu frente?
¿quién como sombra se amarró á tu planta
y para todo el porvenir sombrío
fundió su suerte con tu suerte ingrata?
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

Ah! y esa mano que estrecho mi mano
hoy en el seno su puñal me clava!
¿Por qué los desencantos de la vida
con la existencia la ilusion no matan?
Oh! mas me duele que mi herida inmensa
la mancha sola de tu frente ingrata!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

Para subir un palmo de la tierra,
sobre mi corazon pisó tu planta!
Cain, Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?...
ya no responde tu memoria ingrata!
Ay del que un tramo de la tierra sube,
porque otro tramo de lo cielos baja!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

Con el cariño de mi madre misma,
con la ilusion de la muger amada,
con el puñado de bendita tierra
que cubrirá mis restos en la patria,
á la puerta del cielo compraría
lo que á tu ingrato corazon le falta!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de mi alma!

Adios! sobre el oceano de la vida
sigo la ola que de tí me arranca!

No! ya no hay fuerza que á juntar alcance
la mano mia con tu mano ingrata:
adios y nada mas! — mi voz se ahoga:
cuando habla el corazon el labio calla!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

XIV

LA PATRIA DEL ALMA

¿Adónde estás escondida,
patria que en un sueño hallé?
Cuándo tocará mi pié
en tu arena bendecida!

Veinte años de marchar
desterrado y vagabundo!....
Te busco por todo el mundo
y no te puedo encontrar!

Este suelo es suelo estraño;
acaso perdí mi huella:
voy á preguntar por ella
al monte del ermitaño.

—En el nombre del Señor!...
—Él te guarde, peregrino!
—Dónde lleva este camino?
—Al torrente bramador.

—¿Y sabes dónde hallaré
el rumbo que voy buscando?...
—¿A qué tierra vas viajando
para reposar tu pié?

—Busco la patria del alma,
del mundo grato soláz,
adonde se vive en paz,
adonde se muere en calma!

Donde no habita traicion
y el hombre es del hombre hermano;
donde no se alza la mano
para herir el corazon!

Allí donde el alma ardiente
por los afanes postrada,
halle la dulce mirada
de una muger inocente!

Donde logre reposar
el hombre sobre su seno,
sin que un trago de veneno
le alcance ella al despertar!

Donde se pueda verter
este raudal de cariño
que desde la edad de niño
luchando está por romper!

Allí donde la esperanza
no es un sueño de mentira;
donde á los cielos se mira
y una promesa se alcanza!

Allí, en fin, donde al morir
este mísero gusano,
tocando una amiga mano
pueda al menos sonreir!

—Desdichado peregrino!
¿y dices que vagabundo
has cruzado todo el mundo
buscándola en tu camino?

—Era niño, en la mañana
cuando de mi hogar salí;
y hoy—¡miserable de mí!...
traigo la cabeza cana!

Únicamente encontré
perfidia, traicion y guerra
en cada palmo de tierra
donde ha tocado mi pié!...

—Tienes la pupila abierta
y aún el cielo se te esconde!...
mira, insensato y responde:
¿has llamado á aquella puerta?

—Y esa puerta ¿dónde guía?
—Bajo tu paterno hogar!...
—Ay! ayúdame á llamar...
madre mia!... madre mia!..,

—Esa es la pátria del alma,
único y grato soláz!
solo allí se vive en paz!
solo allí se muere en calma!

XV

LA SOMBRA DE LA ILUSION

—Detente; imbécil! ¿No ves
que te arrojas á la muerte?...
Baja los ojos y advierte
el antro que hay á tus piés!

—Santo cielo, qué profundo!
negras sus bóvedas son;...
—ah! parece el corazon
de los que habitan el mundo!

Y en tu insensata caída
¿de qué azote vas huyendo?
—Iba corriendo, corriendo
tras de una ilusion perdida!

Desde aquel monte creí
ver su forma placentera
en el humo de la hoguera
que tú has encendido aquí!

—Ay! no cupo en tu contento
que en la tierra iguales son
el humo de la ilusion
y el humo que lleva el viento!

—Ya la fatiga quebranta
mi cuerpo desfalleciente,
traigo abrasada la frente
y hecha pedazos la planta!

No importa! yo seguiré
hasta otro mundo tras ella,
por una escondida huella
que ha de alumbrarme la fé!

Allí donde el corazon
no encuentra causa de llanto,
allí donde el desencanto
no es sombra de la ilusion!

—Sigue entónces, peregrino,
llevando mi adios postrero,
ah! porque ningun viagero
se vuelve de ese camino!

—Por piedad! Dime cuál es!
—Le estás pisando tu mismo....
—Cielos! ¡el inmenso abismo
que abre la tierra á mis piés!!

—Tan solo allí el corazon
no encuentra causa de llanto;
tan solo allí el desencanto
no es sombra de la ilusion!

XVI

GIRON DE BANDERA

Ah! cómo el alma de dolor se cierra
cuando le arrancas su ilusion dichosa!
Lástima que entre carne tan hermosa
ni una chispa de espiritu se encierra!

Turbios los ojos con el llanto siento,
ah! pero es fuerza que te diga adios!
Adios! la inmensidad del sentimiento
no se alimenta de materia, no!

Y aunque mi vida de dolor estalla
viéndote nada mas que una quimera,
te amo como al giron de la bandera
destrozada en el campo de batalla!

XVII

EL TALION

El implacable azote del destino
hundió tu frente y asoló tu alma!
Ves?... el que á hierro mata á hierro muere:
Esa es la ley de la existencia humana!

No llores mas! La angustia de tu vida
ni el llanto borra ni el olvido arranca:
sin remedio tambien, como la muerte,
brota sobre la tierra la desgracia!

El miserable afan que te devora
es el dolor que el corazon desgarra
cuando á la triste realidad del mundo
se derrumba el hogar de la esperanza!

Ay! del que ya sin la ilusion celeste
por el desierto de la vida pasa,
como un espectro que abortó el sepulcro!
en borrascosa noche solitaria!

A todas partes el dolor le guia,
á todas partes la ilusion le llama,
y el demonio implacable del recuerdo
el sueño de sus párpados aparta.

A donde lleva los sombríos ojos
el triste hogar de su ilusion levanta,
y el triste hogar de su ilusion perdida,
onda tras onda sobre el llanto pasa!

Donde toca su pié pisa en desierto;
no encuentra mas que noche su mirada;
es que esa sombra y soledad eternas
habitan en el fondo de su alma!

Esa es la tromba que tocó tu frente
y al seno del abismo te arrebata;
allí donde el gusano de la tierra
el miserable corazon taladra.

Ay! por eso el azote del destino
hundió tu frente y asoló tu alma,
Ves?... el que á hierro mata á hierro muere:
esa es la ley de la existencia humana!

XVIII

LA MUGER IDEAL

—¿Qué buscas con tanto afan
en la turba del gentío;
tras qué fantasma, hijo mio,
tus ojos girando van?

—Padre, tras del sol que ayer
mi sueños ha iluminado,
tras de un ángel que ha bajado
en figura de muger:

tras de aquel ser ideal
que busca el alma aflijida,
único bien de la vida
sobre esta tierra mortal!

—Dame las señas de ella
para poder encontrarla,
yo te ayudaré á buscarla
al resplandor de tu estrella.

—Su alma—quién la verá?
al menos su nombre dime:
—padre, aquella alma sublime,
sobre sus ojos está.

—¿Y es constante, mas constante
la fé de su sentimiento
que el rumbo que lleva el viento
ó que el rubor del semblante?

—Oh! tan inmensa ternura,
tan sublime abnegacion,
tanta fé, tanta ilusion
abriga su alma pura;

que en ella encerrada está
la dicha que en su desvelo
hasta la puerta del cielo
el hombre buscando vá!

—Santo Dios, la misma es!
—Cielos, qué escucho! la hallamos?
corramos, padre, corramos
sin dar reposo á los piés!

Donde moras, alma mia,
tan lejos del que te ama? . . . .
—En un pais que se llama
mundo de la fantasía.

—Y acaso con los reflejos
del sol de hoy se llega allí?
¡qué lejos es, ay de mí!
—mas lejos que el sol, mas lejos!

—Cuándo entonces llegarás?
—cuando arda el agua del rio:
—y cuándo arde, padre mio?
—¿sabes cuándo arde? . . . jamás!!

XIX

EL ÚLTIMO ASILO

—¿Qué buscas con tanto afan
en el seno de la tierra?
¿qué inmenso tesoro encierra
la falda de ese volcan?

—Tesoro? ¿no ves que lloro
sobre la tierra partida?
ah! qué cosa de la vida
puede llamarse tesoro!

—Me das pena, pobre anciano!
siéntate aquí á descansar:
yo te ayudaré á cavar
con el vigor de mi mano.

—Oh! ¿qué estraña criatura
eres, niño vagabundo,
que te dueles sobre el mundo
de la agena desventura? . . .

Esconde tu compasion
como un crímen, hijo mio,
para que este mundo impío
no te labre el corazon!

—El alma llena de espanto
al escucharte se cierra:
¡qué horrible cosa es la tierra
á través del desencanto!

¿Dónde entonces viviré
que no halle miseria tanta? . . .
—donde no pise otra planta
que la planta de tu pié?

Ven, ayúdame á rasgar
las entrañas de tierra;
aquí voy bajo esta sierra
mi corazon á ocultar!

—Deten, infeliz, las manos!...
tu inmenso dolor no advierte
que le arrojas de esta suerte
al hambre de los gusanos!

—Ay! con dolor mas profundo
sentirás llorando un dia,
otra plaga mas impía
que le devora en el mundo!

¿Qué mas dolor puede haber,
miserable ser humano,
en que lo coma un gusano
ó lo rasgue una muger!

—Me estremeces!.... santo Dios!...
cavemos, padre, cavemos,
y en esa tumba enterremos
el corazon de los dos!

XX

LA VICTORIA

¡Ah! no levantes canto de victoria
en el dia sin sol de la batalla;
que has partido la frente de tu hermano
con el maldito golpe de la espada!

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura
las fieras todas aterradas callan!...

¿Y tú levantas himno de victoria
en el dia sin sol de la batalla?
¡Ah! solo el hombre, sobre el mundo impío
en la caida de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano;
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el dia en que su sangre viertes
de mi trémula mano cae el arpa!

XXI

LOS EXPÓSITOS

Oh! cuando el beso de tu madre tierna
te dé la bendicion de la mañana
y te acaricie el alma soñolienta

con el inmenso amor de su mirada,
acuérdate de aquellos
que madre solo á su nodriza llaman!

Cuando en el seno de tu padre escondas
la frente juvenil desesperada
y bajen como bálsamo del cielo
á consolar tu angustia sus palabras,
acuérdate de aquellos
que lloran ¡ay! en su desierta almohada!

Cuando á la mesa del hogar paterno
el pan de Dios con tus hermanos partas
bajo la aureola de la frente noble
que con sus gotas de sudor le gana,
acuérdate de aquellos
que el vil mendrugo de limosna guardan!

Cuando á la puerta del hogar paterno
vuelvas de la fatiga y la batalla
y entre los brazos de tu madre sientas
desfallecida de ternura el alma,
acuérdate de aquellos
que arrojan ¡ay! tras de la puerta estraña!

Cuando en la noche hasta los cielos sube
con los nombres paternos tu plegaria
mientras que el son del maternal arrullo
aduerme como tórtola tu alma,
acuérdate de aquellos
que en vano el nombre de sus padres llaman!

Y cuando el llanto de tus ojos tristes,
(ya para siempre oscurecida el alma),
riegue la sombra de la cruz bendita
que al pié de su sepulcro se levanta,
acuérdate de aquellos
que ni la tumba de sus padres hallan!

Ah! piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma,
y sobre el humo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza!

XXII

PLEGARIA DEL ALBA

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
dormido en tu regazo, madre mia,
sobre mi frente pálida sentia
el beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento
como un éco del cielo desprendido,
anidaba su música en mi oido
para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
mis ojos ¡ay! acariciando abría;
y al levantar los párpados, veía
el rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
rizó por mí tu venerable frente,
como clara y purísima corriente
besada por el soplo de la brisa.

Soñé!... mas ay! que al despertar del sueño
me hallé muy léjos del hogar amado
y tan solo en mi espíritu grabado
tu semblante purísimo y risueño!

Ah! yo soñaba despertar contigo,
madre de mis hermanos, madre mia,
y me hallé que en un páramo dormía
bajo el cañon del bárbaro enemigo.

Alzando entónces la mirada al cielo
y besando tus flores perfumadas,
acaso con tus lágrimas regadas,
levanté mi plegaria de consuelo:

—Feliz aquel que al despertar del dia,
aunque proscrito del hogar paterno,
encuentra el corazon profundo y tierno
que responda al llamarle: ¡madre mia!

XXIII

LA PENA DE MUERTE

Cuando ya el alma que animó la carne
en los claustros del cérebro encerrada,
sube como la estrella matutina
y en la esfera de Dios posa sus álas;

cuando cernida en la armonía eterna
del infinito amor que á Dios la iguala
ama á los hombres que dejó en el mundo
como al hermano de su hogar amaba,

ah! con que inmensa y horrorosa angustia
gemirá la conciencia desolada
de aquellos que en la vida de la tierra
con ley de muerte al semejante matan!

Ni por toda la gloria de este mundo
ni por la parte que el Eden me guarda,
mi mano escribirá mi nombre humilde
al pié de las sentencias de matanza!

XXIV

LOS HUÉRFANOS

Cuando el estruendo del festin resuena
en torno de tu mesa regalada
y entre las ondas del quemado aroma
el rumor de los brindis se levanta,
acuérdate de aquellos
que á los umbrales de la puerta llaman!

Cuando en el dia de tus padres gires
en el salon de la revuelta danza
y dejes, al pasar, enternecido,
el beso de tu amor sobre sus canas,
acuérdate de aquellos
que solo al borde de su tumba pasan!

Cuando el concierto de armonioso canto
te arrulle con su música inspirada
y el lujo y el fulgor y la alegría
doble el espectáculo que embarga,
acuérdate de aquellos
que solo al ¡ay! de los pesares cantan!

Cuando en las horas de la noche negra
contra tus muros la tormenta brama
mientras en lecho de mullida ropa
junto á los hijos de tu amor descansas,
acuérdate de aquellos
que al solo amparo de los cielos andan!

Y cuando el rayo del albor primero
éntre por el cristal de tu ventana
á encender bajo el párpado que duerme
el fuego de la vida en tu mirada,
acuérdate de aquellos
que no despiertan mas en la mañana!

Ah! piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma
y sobre el cielo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza!

XXV

LA PATRIA UNIVERSAL

No pises en el campo de combate
con el trofeo horrible de las armas,
y en vez de abrir la carne de los hombres
cierra la herida que los otros abran.

Sonríe á aquel que te llamó cobarde
porque no derramaste sangre humana,
como el divino Salvador del hombre
que espiró en el patíbulo de infamia.

Ay! el risueño porvenir del mundo
se rompe en cada palmo de batalla
como las ondas del torrente inmenso
que por las rocas del abismo saltan.

El que descuella entre los hombres solo
por la sangrienta punta de su lanza,
con cada golpe que asestó en la vida
allá en la eternidad su tumba cava.

Patria es palabra de ambicion y guerra:
si te oyes preguntar—¿cuál es tu pátria?
dirige al cielo tu inocente mano
y la infinita bóveda señala!

XXVI

EL CADÁVER

Sí; todo es vanidad, todo es mentira,
todo es dolor en la existencia humana,
porque la vida de la tierra triste
no es mas que el paso á la inmortal jornada!
Ay! del que al mundo
su dicha amarra!...
El cadáver del hombre es el sudario
donde á la eternidad la vida pasa!

Sí; todo es ilusion, todo es delirio;
solo es verdad la voz de la esperanza
con que en el corazon cada latido
á la esfera de Dios la vida llama!
Solo es eterna,
eterna el alma:
el cadáver del hombre es el sudario
que á la inmortalidad la vida salva!

Allí ya para siempre, para siempre
unió el Señor mi alma con tu alma
que la existencia fúnebre del mundo
separó con estúpida muralla!
¿Qué es ya en la tierra
la angustia humana?
El cadáver del hombre es el sudario
donde á la eternidad la vida pasa!

La luz celeste de la fé sublime
me alumbró el universo en tu mirada:
he visto á su fulgor la vida eterna;
me ha tocado el Señor con la esperanza!
Ah! y en mis ojos
no hay ya mas lágrimas!...
Oh pasagera muerte de la tierra,
cúbreme con la sombra de tus álas!

XXVII

LA PROPIEDAD

Esta es mi propiedad!--dijo el magnate,
y señaló un espacio de la tierra:
la costa de la mar es costa mia,
esa montaña es mi heredad paterna:

los pinos seculares de su falda,
el salvage torrente que los riega,
todo es por siempre mio, todo es mio;
soy tu señor, aquí, Naturaleza!....

Y el infinito tiempo de la vida
continuó imperturbable su carrera;
y el soberbio cadáver del magnate
alimentó al gusano de la tierra

allí á los piés de la montaña enorme
que llamó un dia su heredad paterna;
á la fúnebre sombra de los pinos,
y del inmenso mar en la ribera!



EL LIBRO DE LOS CANTOS



EL POETA Y EL SOLDADO

POETA

Soy el alma divina
que alienta el corazon de las naciones;
el astro que sus glorias ilumina!
Soy la cancion primera
que hace flamear al viento su bandera
y levanta á su sombra sus legiones!

Soy la eterna esperanza
que en la frente del hombre reverbera,
y á cuya luz la humanidad alcanza,
desde su cárcel de fatiga y duelo,
á vislumbrar el rastro
que deja de astro en astro
el Creador de los Orbes en el cielo!

Soy el arrullo de la fé sublime
que en el idioma de los cielos canta
al alma de los mártires, que gime
en la encendida hoguera,
y al corazon del Cristo que redime
desde su Cruz la humanidad entera
y á su orígen divino la levanta!

Soy el rayo celeste que colora
la bóveda estrellada de la tierra;
soy el rubor de la inmortal aurora
que abrillanta y que dora
cuanto en la vida la ilusion encierra!

Yo canto al mundo las eternas leyes
que la sublime libertad inspira,
y al arrancar la estrofa de mi lira
hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mía
la desolada humanidad despeja
su doloroso ceño:
yo acompaño en mis cánticos su queja,
yo arrullo su agonía,
yo la cierro los ojos y la enseño
del sepulcro á la puerta,
que la muerte es un sueño
que en la inmortal eternidad despierta!

Yo soy el arpa que en el triste suelo
templa de Dios la mente soberana,
para que cante á la creacion humana:
¡Mortal, álzate al cielo!

Soldado

Yo soy la sangre universal que late
de la Pátria en las venas;
mi pecho es su muralla de combate!
Yo desnudo la espada
por su gloria sagrada
y rompo de su planta las cadenas!

Yo soy su vengador — Yo soy el brazo
que aplasta la conquista en su sendero
y estrella el cráneo del Leon Ibero
en la nevada sien del Chimborazo!

Yo soy la carne de cañon que alfombra
sangrienta y palpitante,
rota y hecha girones,
el camino triunfante
que conduce á la gloria sus legiones!

Yo soy la abnegacion desconocida
y la pena ignorada.
Soy la sangre vertida
con todo el sacrificio de la vida,
y sin otra ambicion en su carrera
que un giron de bandera
que sepulte mis miembros en la nada!

El amor, el cariño,
del dulce hogar el apacible encanto,
las caricias angélicas del niño
y de la madre el llanto,
todo lo que encandena
á la tierra y al cielo
lo arrojo á la orfandad, lo hundo en el duelo,
y con frente serena
marcho al sublime horror de la batalla!...
Cuando el lamento de la Patria suena,
hasta el lamento de la madre calla!

Yo soy el centinela de su gloria,
yo marco con mi espada su destino,
yo mismo hago su historia
regando con mi sangre su camino!

Para que el eco de su nombre vibre
y cruce su estandarte el mundo entero,

la hago inmortal, y muero
como un soldado libre!

. . . .

¿Cuál es la brecha en que tu lira amante
batalla por la fé que tanto anhela?...

POETA

El destierro del Dante,
la tumba de Varela;
el tajo de la infame guillotina
que hace rodar la frente iluminada
y los dos brazos de la cruz divina
en la cumbre del Gólgota clavada!

Esa es la brecha que el deber me fija;
la paz universal es mi bandera;
á su gigante sombra se cobija
la humanidad entera!
Mis armas no son armas de la muerte,
son la fraternidad y la esperanza:
el grito del cañon no es el mas fuerte:
donde él no llega, la razon alcanza!

Allá en el porvenir reluce un dia
sin hierros, sin banderas, sin cañones:
esa es la patria tuya!—esa es la mia!
¡la Patria Universal de las Naciones!

SOLDADO

La cuna del futuro es el presente
y la paz es el fruto de la guerra!
Bajo ese sol ¿no brillará mi frente?...

No! Yo he caido en la primer jornada,
al pié de mi bandera idolatrada
y abrazando mi tierra!

POETA

Si ha de brillar en la lejana historia
de la pasada gloria,
en la epopeya de supremo duelo
que el poeta divino
cantará á las batallas del camino
que salva el hombre de la tierra al cielo!

SOLDADO

—Esa es la gloria mia?

POETA

—esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese Sol, adios! Tú eres mi hermano!

POETA

Adios!... jamás!... Marchemos de la mano;
tú eres el corazon, yo soy el alma!

LA HERMANA DE CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
que descansas el vuelo
sobre la cárcel del linage humano,
para abrir una fuente de ternura
y una puerta del cielo
donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú, que ora
junto al desierto lecho del que espira?
¿quién eres tú, que llora
por la desgracia agena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
de la feroz matanza,
el rastro de la muerte vas siguiendo
por el ¡ay! que se lanza,
y, entre la sangre y el dolor perdida,
donde se dá la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
ángel del moribundo,
bálsamo misterioso del herido
y patria en fin del huérfano y el triste,
¿De qué estrella caiste
Para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
para que quepan en tu amor sagrado
todas las desventuras de la vida?

Oh! qué caudal de abnegacion encierra,
que no acaba, regado
sobre todas las llagas de la tierra!

No pisa sobre el mundo
mas que un ser, nada mas, que templa y calma
tanto dolor profundo
con el insomne afan de su ternura....
Te adivina mi alma!...
eres muger, sublime criatura!

Eres muger, lo eres,
y no te abisma la borrasca humana
al mágico festin de los placeres!
y los vivos albores
de la ilusion galana,
no alumbran el Eden de tus amores!

Y tu rostro tan bello
no es flor del mundo en el jardin viviente!
y tu blondo cabello,
en ondas melancólicas caido,
no es tesoro de un lábio enardecido
ni espléndida corona de tu frente!

Y la angélica lumbre de tus ojos
tan solo á Dios y al moribundo mira!
y la frescura de tus lábios rojos
solo se vá perdiendo y marchitando,
la helada cruz besando
y la pálida frente del que espira!

Oh! ¿qué profundo encanto
en la divina abnegacion se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
en el consuelo del dolor y el llanto,
que el placer de la tierra
á cambio de él el corazon olvida?

Angel de caridad! alma templada
del mismo Dios en el amor fecundo,
tórtola de Noé desamparada!
eres flor bendecida,
bajo la sombra de la cruz nacida,
donde espiraba el Salvador del mundo!

Tu enternecido corazon sublime
es el arca del pobre:
allí busca consuelos el que gime,
allí pide una lágrima el que llora,
y allí un pan y allí un cobre
aquel que con el hambre se devora.

Allí, muertos de frio,
van á llamar el huérfano y la viuda,
con la carne desnuda
y el pié despedazado
bajo la noche del invierno impío,
sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
se pára junto al lecho de la vida,
lleva su mano inerte
el que está solo en su dolor horrendo,
para besar tu mano bendecida
y morir sonriendo!

Así tu vida en la piedad se encierra,
así la viertes sobre el lodo inmundo
sin pedir ni una lágrima á la tierra!
Así tu noble corazon sincero
sin patria sobre el mundo....
patria es del mundo entero!

Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo tambien solo allí busco mi palma:
voy donde el diente del dolor se encarne,

seco tambien las lágrimas del suelo
y cierro las heridas de la carne
como tú las del alma!

Alumbra mi destino
sobre la cárcel del linage humano!
Ay! solo pide mi ambicion precaria
que en el último asiento del camino
pongas en mí tu mano
y levantes mi vida en tu plegaria!

MONTEVIDEO

Á MI AMIGO EL DOCTOR BONIFACIO MARTINEZ

Al través de una lágrima te veo,
tierra de los patriotas y valientes,
y estás llorando y humillada!... Mientes!
tú no eres la inmortal Montevideo!

El grito de tu llanto y tus ultrages
de asombro al mundo y de vergüenza llena,
y con sollozo de dolor resuena
en las tumbas de Diaz y de Tajes!

Y ni una voz viril, ni un solo éco
hoy pide cuentas de tu honor vendido,
donde abortó con mágico estallido
la tremenda palabra de Pacheco!

Ay!... para trono de un caudillo inmundo
los muros de nuevo años se elevaron,
y una hazaña en cada ángulo dejaron
que basta y sobra para honrar un mundo!

Troya... y Gomorra!--confusion doliente
que ofusca el pensamiento horrorizado:
arca de salvacion en el pasado,
tumba de dignidad en el presente!

Cómo ha caido tu soberbia raza
de hinojos á la espuela de un caudillo,
agoviada su diestra bajo el grillo
y sujeta su lengua á la mordaza!...

Ah! solo el dia de Polonia esperes
si duermes á los piés de tu verdugo,
hasta que venga á destrozar tu yugo
el brazo vengador.... de tus mugeres!

Para que ignore tu vergüenza el mundo,
sofoco el corazon que estalla en ira,
y, lleno de dolor, parto mi lira
sobre las rocas de tu mar profundo!

LA ORACION

Oye la voz con que á los cielos llama
el universo que en la tarde gime,
 y alza al Creador sublime
la oracion que en tu labio se derrama:
siente la estrofa que la mar murmura,
contempla el sol que su corona humilla,
 oh mortal criatura,
y dobla sobre el polvo la rodilla!

Madre Naturaleza,
cómo se templa enternecida el alma
en tu hora de calma
al éco universal de tu tristeza!
Cómo en el hondo anhelo
que el inmortal espíritu remueve
en tu misterio la esperanza bebe
la magestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oracion levanta,
todo en el alma universal se anida,
y la creacion en éxtasis caída
como arpa eólea su plegaria canta!

Rueda la mar sus gigantescas olas
con manso y perezoso movimiento
hasta el desierto de las playas solas
donde dormita el viento:
el último crepúsculo que baña
con el color de fúnebre desmayo
la inmensidad del infinito ambiente,
apaga el tornasol de la montaña
que levanta la frente
para mirar el rayo, último rayo,
del sol que se derrumba al occidente!

El desierto sereno
tiembla al paso del bruto, que se abriga
entre la selva amiga,
de estraño afan y mansedumbre lleno:
el bosque bullicioso
repliega en el silencio su follage
sobre el ave salvage
y el pájaro medroso;
y como un alma tímida y errante
la sombra sale que en la selva espía
el último crepúsculo del dia
para tender su ála vacilante.

Soledad, soledad! sobre tu mundo
cruza veloz la brisa pasagera,
leve como el aliento estremecido
que arranca el estertor al moribundo:
parece que digera
« silencio! » á la creacion con su gemido.
Entónces en la bóveda azulada
abre como las flores el lucero
y allá, sobre su límpida mirada,
en el zenit del orbe,
vaga armonía suena
que el espíritu absorbe
y con sublime adoracion le llena!

Alza la frente que la angustia vana
abisma en el infierno de tu duelo,
oh criatura humana,
y oye ese canto que te llama al cielo!

Oh tarde magestuosa,
cómo muestras á Dios en tu grandeza,
cómo brota la vida misteriosa
bajo tu aliento de inmortal tristeza!
En el éco lejano
habla una voz que al corazon halaga
como la voz del padre y del hermano,
y en el suspiro de la brisa vaga
que entre el cabello de la frente anida
su secreto murmullo,
oh! de la madre el cariñoso arrullo
parece hablar al alma conmovida!

Sobre la cuenca lóbrega retumba
el salvage alarido del torrente
que cuelga en la pendiente
y al antro pavoroso se derrumba:
brama y se precipita,

su golpe tiembla en el abismo hueco,
y horrorizado el éco
se asoma á las vorágines y grita!

La hoja que se mueve
hace temblar el corazon con ella;
parece el rumor leve
de una sombra evocada,
y en la luz temblorosa de la estrella
hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
y la piedad invoca
bajo el pié cauteloso que la oprime:
hay una rama que al pasar nos toca,
una tímida rama:
hay una flor que se abre con delicia
y su lluvia de pétalos derrama
bajo el ojo mortal que la acaricia:
en las quimeras de la errante sombra
se borra y se diseña
una pálida mano que hace seña
y un labio sonriente que nos nombra. . .
Sobre el mundo desierto
la soledad como un fantasma mira
y resucita y se estremece y gira
la vida de lo muerto!

Oh mortal criatura,
¿no siente á Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida
aspira á Él tu alma con tristeza;
es que la magestad de la grandeza
el corazon inunda de ternura!

Oh tarde, tarde bella
que vuelcas sobre el mundo el firmamento
en el fulgor de tu primer estrella,

tú me templas el alma solitaria:
siento en su seno una armonía, siento
    como un ángel que llora! . . .
    Oh Dios! es la plegaria
con que en la tarde la Creacion te adora!

PRELUDIO

Busqué en el fondo
del alma mia
una plegaria,
una armonía,
un éco insólito
de inmenso amor:
canto profundo
de estraño anhelo,
con todo un mundo,
con todo un cielo
de inspiracion.

Busqué una música,
un solo acento
que compendiára
mi sentimiento,
como una lágrima
muestra el dolor;
busqué el idioma
desconocido
de la paloma;
busqué un latido
del corazon.

Busqué ese arpegio
de la esperanza
que el alma trémula
soñando alcanza
allá en la atmósfera
que habita Dios,—
y hallé tu angélico
nombre querido
que como un alma
llevo escondido
en lo mas íntimo
del corazon!

LA REDENCION DEL PARAGUAY

Se estremece la tierra
donde abatió la frente el leon Hispano,
donde se hundió el orgullo de Inglaterra
y el hijo del soberbio Lusitano!
Se estremece la tierra
donde brilló la espada de Belgrano!

La fuerza del destino
Atila de la América, te lanza
sobre el suelo argentino!...
La voz del Paraguay pide venganza,
y el pueblo justiciero
que hundió en sus montes su primer verdugo,
vuela á romper sobre tu frente el yugo
de su opresor postrero!

Ah! por eso resuena
sobre la tierra clásica de Mayo
el golpe de tu planta, paraguayo,
uncida al eslabon de tu cadena!

Hija infeliz de la Nacion que un dia
alumbró sobre el mundo
de San Martin la formidable espada!....
patria despedazada
en noche de vergüenza y tirania,
oh! templa un tanto tu dolor profundo!....
ya te escuchó la tierra
donde abatió su frente el leon Hispano,
donde se hundió el orgullo de Inglaterra
y el hijo del soberbio Lusitano!
Ya te escuchó la tietra
de Alvear, de San Martin y de Belgrano!

Y tú, pueblo del sol, patria sublime,
el estandarte de tus glorias bate,
sobre el escudo de tus padres toca
y de nuevo redime
á precio de tu sangre
al hermano que jime
atado á la cadena de una roca!

Tumba de tres coronas
que libertaste el mundo Americano
levanta el himno que en la lid entona
porque llama á su tumba otro tirano!

CÁRMEN

Baje á tu hogar la bendicion del cielo
con la lumbre de Dios en la mañana,
y el soplo triste de la muerte impía
no haga ronda en la noche á su muralla.

Con la memoria del amor primero
tu sueño arrulle la ilusion del alma,
y con sonrisa de inefable encanto
te despierte en la aurora la esperanza.

Como las rosas del Edem perdido,
los hijos de tu amor llenen tu falda;
bellos, como la sombra de tus ojos,
nobles, como la lumbre de tu alma.

En cada rumbo que su pié se agite
brote bajo la huella de su planta
la mitad de la dicha que en el mundo
sembraste en el hogar de la desgracia!

Guarde sobre tu frente pensativa
eterna juventud sus frescas galas,
para doblar el misterioso encanto
del corazon que en tu ilusion se embarga.

Y cuando al fin sobre tu frente toque
el ángel del Señor, que al cielo llama,
y en la pupila de tu amigo guardes
el último fulgor de tu mirada,
ay! no desdeñes el sollozo ageno
que entre el sollozo de tus hijos parta!

EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado
la órbita del Olimpo recorria
en un cielo sin Dios, desamparado;
cuando la ciencia idólatra mentía
y el arte prostituido blasfemaba,
y en el estruendo de perpétua orgía
la miserable humanidad rodaba,....
abrió la Cruz sus descarnados brazos,
con su gigante sombra cubrió el suelo,
y el hombre en ella al estampar sus pasos
sintiendo al Dios que el Universo encierra,
alzó la frente al cielo
y cayó de rodillas en la tierra!

Así la humanidad fué redimida,
así el Cristo en la Cruz cambió su suerte;
así, desde el espanto de la muerte
á la inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
solo la Cruz alcanza:
ella es la tabla en que salvó el abismo
desde la tierra al cielo la esperanza!

Las creencias pasan, la razon vacila,
el ideal del arte se transforma;
la estirpe humana misma
girando en el perpétuo torbellino
donde la guía el resplandor divino,
acercándose á Dios cámbia de forma.

La ciencia balbuciente
llama al dintel de la verdad en vano,
sin encontrar siquiera
la ley que rige la materia inerte
y enciende el pensamiento soberano
que en la frente del hombre reverbera
como diadema del linage humano!

Qué ha sido de la espada,
qué ha sido del poder y de la gloria
con que la España deslumbró la historia
al pisar en la América ignorada?...
Lo que fué de la estela
que en las olas del mar dejó el sendero
de la audaz carabela
que guió de Colon la fé cristiana!...
solo quedó la Cruz del Misionero
abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
lo vé la mente que la ciencia absorbe,
lo escucha el alma en su esperanza tierna:
todo pasa en el mundo
todo cambia en los ámbitos del orbe:
la Cruz solo es eterna!

. . . .

Hombre mortal que brillas
en la aureola de Dios como una estrella,
yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas,
yo levanto la Cruz.... yo muero en ella!...
Yo soy su misionero,
yo soy su combatiente solitario;
todas las sendas sobre el mundo entero
son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
de la familia humana,

el hogar de la paz y la alegría
se cierra para siempre al alma mia
que ata el lazo bendito
que el Padre al hijo ligará mañana!

En la cuna inocente
donde tú ensayas tu primer respiro,
pongo el sello de Dios sobre tu frente;
y en el lecho doliente
donde exhalas el último suspiro
de la vida precaria,
yo aliento tu partida,
te enseño el rumbo de la eterna vida
y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
bajo la noble cota del soldado,
yo te sigo á la brecha del combate
con la sandalia de mi pié llagado;
y entre el humo y la sangre y la metralla
que ocultan á los cielos tus despojos,
te hago besar la Cruz en la batalla
y te cierro los ojos!

Y yo tambien en la existencia triste
soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste
llevo el arma divina,
llevo la Cruz sagrada
que las tríbus caribes ilumina:
la Cruz, mas poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
la fé sublime en que tu amor reposa;
la Cruz, donde repite el niño tierno
la oracion de la madre y de la esposa!
La Cruz, que en el regazo
de la sagrada tierra

que las cenizas de tu padre encierra,
cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
y á la sombra de Atila se lanzaron
y la espantada Europa sorprendieron
y entre sus propias ruinas la abismaron,
el *Fraile* moribundo,
hasta en las Catacumbas perseguido,
salvó en las Catacumbas escondido
el progreso del mundo.
La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
la civilizacion, que alza en su huella
el hombre hasta la gloria,
al resurgir la Cruz renació en élla!

¿Qué fué en un tiempo tu mansion paterna,
qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
qué fué tu Patria entera
donde hoy sus pasos el progreso estampa?...
Antes de alzar mi Cruz ¿sabes lo que era?
¡el salvage desierto de la Pampa!

Yo caigo en él! Soy el primer cristiano
que recibe del bárbaro la flecha
y abre en sus hordas la primera brecha
al pensamiento humano!
Y sobre el rastro de la sangre mia
con que el desierto indómito fecundo,
tiende la libertad la férrea vía
por donde cruza el porvenir del mundo!

Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
en la vida de glorias rodeada
cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?...
El pedazo de piedra
que me sirvió de almohada

y el mendrugo de pan con que la tierra
alimentó mi paso en mi jornada!

Sobre la huesa mia
en el mundo feliz, solo un lamento
viene á llorar bajo la noche umbría....
el gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
por la gloria del hombre eternamente:
y ahora, mundo atéo, mundo ingrato,
escúpeme en la frente!

VARELA

En la fúnebre noche del destierro
partió el puñal la espalda de Varela
para ahogar en su sangre la doctrina
que iluminó en su patria la conciencia.

Y el infinito tiempo de los Orbes
pasó en el haz de la argentina tierra,
y de la tumba del proscrito ilustre
hizo surgir la libertad eterna!

Y el palpitante seno de la patria
como alma suya su ceniza encierra,
y el podrido cadáver del tirano
duerme bajo una lápida estrangera!

Y allá en un dia que estremece el alma
levantará el Señor á su presencia
el miserable espíritu de Rosas
y el alma luminosa de Varela!

Esa es la ley divina del progreso:
la luz iluminando la tiniebla!...
No, no se mata la conciencia humana,
imbéciles tiranos de la tierra!

CRISTO

La voz de la esperanza
canta en el corazon eternamente;
el alma humana sin cesar la escucha,
el hombre entre sus lágrimas la siente,
y desde el polvo en que su vida lucha
alza al Cielo la frente
buscando al Dios que en su ideal alcanza: —
la voz de la esperanza
canta en el corazon eternamente!

¿Qué ha sido en el pasado
la palabra sublime
del Profeta inspirado?...
Fué la voz de Dios mismo,
la fé que de la duda le redime,
la fé que arrulla su insaciable anhelo,
la fé que le sonrie en el abismo
y levanta su espíritu hasta el cielo!

Era el fulgor de la celeste llama
que guía el hombre á su inmortal destino;
era la voz que sin cesar le llama
á su orígen divino!

Era la fuerza de la ley eterna
que el espíritu absorbe
buscando la verdad en su embeleso:
era el fatal principio que gobierna
la armonía del Orbe:
era la ley divina del Progreso!

Y aquella voz clamaba
cuando el mundo pagano
bajo la infame esclavitud gemía
y cuando el alma del linage humano
al César en los templos adoraba
y en la insolente crápula rodaba
al último estertor de la agonía!....
En el dolor profundo,
en la mas negra noche de su suerte,
sin Dios, sin fé, sin esperanza el mundo
caminaba á la muerte!
Entónces sobre el duelo
de aquel pasado que la historia aterra,
rasgó el Señor la bóveda del Cielo
y alzó el Cristo en la tierra!
. . . .

Su palabra divina
reveló al Dios que la razon no alcanza,
estremeciendo el mundo de esperanza
con la eterna moral de su doctrina.
Las sombras a su luz se anonadaron,
los pueblos á su voz se conmovieron;
los Césares temblaron;
los dioses del Olimpo vacilaron
y de su roto pedestal cayeron!

Entónces desde el fondo del abismo
donde la antigua sociedad lloraba
hundida en el espanto,
bajo el pié del sangriento paganismo
que al hombre con la fiera nivelaba,
alzó la libertad su primer canto!
Y el corazon humano
templado al tono del amor profundo
que por la agena desventura gime,
gritó—¡el hombre es mi hermano!
y de este grito de pasion sublime
surgió por fin la redencion del mundo!

¿Qué importa el eslabon de la cadena
cuando en el alma la esperanza canta?
¿Qué le importa á la carne su gangrena
cuando hasta Dios la mente se levanta?
¿Qué importan ya las lágrimas del suelo
si en la inmortalidad la fé se encierra?...
Lo que le importa al esplendor del cielo
la pasagera noche de la tierra!

Así á la luz de la verdad cristiana
fué á hundirse en el abismo
la abyeccion del sangriento paganismo
que degradaba la conciencia humana!

Así rodó á la muerte
la esclavitud del hombre:
así el amor fecundo,
bálsamo de la pena y la desgracia,
del alma humana niveló la suerte:
así el primer abrazo sobre el mundo
fué la ley de la eterna democracia!

Así la humanidad fué redimida
al descorrer el velo

de la verdad donde el Creador se encierra;
asi al surgir el Cristo de la tierra,
en la fuente del cielo
inundó la esperanza de la vida!

Así ya para siempre en el camino
de la humana existencia
la voz de la conciencia
fué el propio juez de su inmortal destino!

Así surgió de la verdad divina
la religion eterna
que la ley de los átomos gobierna
y el alma de los hombres ilumina!
La religion eterna que domina
la creacion soberana
en todo astro del cielo, en toda estrella
donde estampe su huella
la criatura humana!

Así del Cristo el último lamento
que llevó á Dios la redencion del hombre
desde la infame Cruz de su tormento,
selló la abnegacion de su doctrina:
y así al amparo de su Cruz sagrada
la humanidad salvada
al resplandor de la verdad camina!...
Al resplandor del corazon cristiano
que al calor de su luz alzó el portento
del pueblo Americano,
con la eterna igualdad por fundamento
y la Biblia en la mano!

. . . .

Sube á la Cruz del Salvador del mundo,
miserable gusano de la tierra
que en tu orgullo profundo
la estirpe buscas que su sangre encierra!
Sube á la Cruz que el Gólgota domina,

redime al hombre con la fé cristiana,
y allí sabrás si su alma era divina
entre los hijos de la raza humana!

Allá cuelga en su Cruz y abre los brazos
á la salvage ingratitud del hombre
que repartió su túnica en pedazos
empapada en la sangre de su herida:
del hombre mismo á cuya triste suerte,
al recibir la muerte
abrió las puertas de la eterna vida!

. . . .

Cuando el alma inspirada
se hunde en la nebulosa de la historia
y asiste al nacimiento de su gloria
de entre la humanidad despedazada;—
cuando la mente que la ciencia absorbe
recorriendo los ámbitos del Orbe
solo halla eterno del Creador el rastro
y eterna la verdad de tu doctrina,
siente, Jesus, que tu alma como un astro
era un alma divina!

El labio que te niega
no templará su sed en la esperanza,
porque ella sola llega
donde la luz de la razon no alcanza!



LÁZARO

POEMA



DEDICATORIA

Cuando en la noche de sombría calma
me despierta el sollozo á mi quebranto,
mi arpa pulso y, á su acorde, canto
para engañar la soledad del alma.

*

Temo que en mi vigilia hasta la aurora
me arrastra la aflixion á la locura,
si hundido en el recuerdo y la amargura
me abandono al pesar que me devora.

*

Así fué que arrullando mi memoria
con la voz de mis cantos fugitivos,
llené para tus ojos pensativos,
las páginas sombrías de esta historia.

*

Oh! para tí, no mas!—por eso en ella
el pesar de mi alma se ha volcado,
la desesperacion que la ha cruzado
con tan rasgada y dolorosa huella:

*

aquel profundo hastío de la vida
que todo el cielo á oscurecer alcanza,
cuando por fin la última esperanza
se desprende del alma estremecida:

*

aquel inconmovible abatimiento
que pesa sobre el alma como un mundo,
aquel salvage vértigo profundo
que envuelve la razon y el sentimiento:

*

oh! la desgracia de la vida entera
que cruza el corazon como una espada,
—el corazon misántropo—que nada
busca en el mundo ni del mundo espera.

*

Nada!—vuelve tus ojos á las huellas
que parten á la gloria y la fortuna,
y no hallarás perdida entre ninguna
la estampa de mis piés cruzando en ellas.

*

Nada!—que yo no encuentro sensaciones
donde los otros en su afan se agitan,
donde las fuerzas de su alma exitan
buscando desengaños ó ilusiones.

*

Yo no parto su gloria, su riqueza,
su dicha, sus pesares ni su hastío
á cambio solamente de que el mio
no vengan á turbar con su franqueza.

*

Nunca habrás visto blanquëar mi frente
cuando tus ojos con afan vagaron
y de estremo en estremo la buscaron
entre las olëadas de la gente.

*

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
sin mision sobre el mundo en mi caida;
solo, con la desgracia de la vida,
entre mi propio corazon me encierro.

*

Ya ves entónces que el afan de gloria
no ha llenado mi libro con mi canto,
que es ya en el mundo para mí su encanto
como un giron de miserable escoria.

*

Canto, porque en mis noches de desvelo
se engañan mi recuerdo y mi amargura;
para robar mi alma á la locura
que se agita en el fondo de mi duelo.

*

Canto, para que sepas que en mi frente
no se rebulle el alma de un idiota,
aunque vencida y agoviada y rota
se abisma en su ansiedad tan hondamente.

*

Canto, para enseñarte que en la tierra
crecen dolores que el amor no calma,
por mas que en ese amor que arrulla el alma
su única ambicion el alma encierra.

*

¿Y no penetras la mortal congoja
que tu recuerdo mismo me envenena,
y vertiendo el horror de que está llena
verso por verso vá y hoja por hoja?

*

El peso de un fatal remordimiento!
—esta espantosa llaga de la vida,
que en lo mas hondo de mi ser caida
hace de mi conciencia su alimento—

*

Nada ya de mi espíritu agitado
disipará esta sombra de la muerte:—
el golpe irremediable de la suerte,
que me apartó por siempre de tu lado!

*

Deja que huya entónces de mi mismo
para arrancarme del pesar eterno:
el mas cruél demonio del infierno
vive de mi memoria en el abismo.

*

Deja que cante!—Si nací poeta,
arrullaré tu sueño desolado:
guarda esas tristes flores que he arrancado
del roto corazon, grieta por grieta.

*

Y vale mas que en mi dolor profundo
pueda mecer mi pena el canto mío,
ah! que sinó, para engañar mi hastío,
qué me dá ya sin tu recuerdo el mundo!

CANTO PRIMERO

I

Del noble Roca en la morada suena
el magnífico estruendo del festin:
la noche de su júbilo es serena
con la diáfana luna en el zenit.

Música alegre de incesante danza
del Castillo en redor el aire hiende,
sobre el campo sin término se lanza
y en vibradoras ráfagas se estiende.

Despierta entre las selvas sorprendido
el eco de la vírgen soledad,
y el fragor del insólito estallido
de bosque en bosque remedando vá.

El ave que arrullaba adormecida
del viento entre los árboles la queja,
se atropella en las ramas aturdida
y el grato abrigo de las hojas deja.

Ladra el mastin errante en la espesura,
y espantados los potros, de tropel
huyen, estremeciendo la llanura
bajo el sonoro golpe de su pié.

Y en la estancia feliz del poderoso
todo á la vida despertar se siente,
sin que del alba el resplandor dudoso
colore aun la franja del oriente.

Plácele la quietud de la campaña
y habita la suntuosa propiedad
sobre los campos vírgenes que baña
el riego del salvage Paraná.

Mas hoy las glorias de su Rey adula,
Rey que pisa en dos mundos soberano,
porque el lábaro audaz de España ondula
bajo el hermoso cielo americano.

Por eso el ruido del festin aplaza
la severa quietud de su mansion
que con toda la pompa de su raza
á los señores del lugar abrió.

II

Se alza el castillo de soberbia cumbre
en medio de la espléndida cuchilla,
y colgado de antorchas, á su lumbre
como un palacio de luceros brilla.

La prez de la hermosura y la nobleza
baila y se agita en las crugientes salas
que el impávido orgullo y la riqueza
visten allí con asombrosas galas.

Mugeres de fantástica hermosura
como la mariposa reluciendo,
en torno giran de la lumbre pura,
el suelo apenas con la planta hiriendo.

Hombres de aristocrático linage,
girasoles idólatras de ellas,
engalanados con vistoso trage
siguen el laberinto de sus huellas.

Cruzan en encontrado remolino
pages en lo interior y servidores,
y de pié y deslumbrado el campesino
se agrupa en los inmensos corredores.

Luces, colores, brillos y reflejos,
roce de voluptuosa sedería,
tapices de oro y tul, muros de espejos,
aromas de suavísima ambrosía: —

el eco de la risa y el murmullo
del habla, de la música el estruendo,
del aire hendido el tembloroso arrullo,
el vaiven de las ropas sacudiendo: —

el prolongado son y el incesante
choque de la gentil cristalería;
del repentino brindis la ondulante
ráfaga de frenética alegria: —

todo en estraña confusion asombra
saltando á los sentidos de repente,
como de un sueño mágico la sombra
que vé en conjunto, al despertar, la mente: —

todo en febril animacion se mira,
cuadro que nunca á compendiar se alcanza,
y que en redor como encantado gira
en el vértigo insomne de la danza.

Del noble Roca en la morada suena
el magnífico estruendo del festin:
la noche de su júbilo es serena
con la diáfana luna en el zenit.

III

Quién es el que impasible y recostado
contra el pilar del ángulo sombrío,
no toma parte en el festin brindado
ni se mezcla á la turba del gentío?
Solo y distante, mudo y concentrado,
de allí contempla, impenetrable y frio,
el voluptuoso círculo de vida
que en placer rueda y al placer convida.

Es arrogante y varonil su traza
en la inmovilidad de su apostura;
la raza de los nobles no es su raza
pero es noble y gallarda su figura;
porte que no envilece ni disfraza
la rara y desenvuelta vestidura
que lleva con descuido soberano
el intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó á la frente
nublando de las luces el destello
y en redor de la barba que naciente
sombréa apenas el altivo cuello,
reposa sobre el hombro negligente
en separados rizos su cabello
que cierra en blondo círculo ondeante
el óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
los pliegues de su ancha *camiseta*,
el *tirador* que envuelve á la cintura
sobre cada puntada una peseta;
y el puñal de luciente engastadura
de la mano al alcance atrás sugeta,

que sobre el talle con desden cruzado
asoma de un costado á otro costado.

La manta de *vicuña* recogida
bajo aquel aro de cambiante brillo,
del *chiripá* en los pliegues compartida
se envuelve en el cribado calzoncillo:
el *poncho* leve que arrolló y descuida
cuelga en la empuñadura del cuchillo,
y en los caireles de su fleco suena
la estrella de la hermosa *nazarena*.

No es el gaucho insolente de la pampa
que de la noble sociedad se aleja
y donde el rastro de su potro estampa
sinó deja rencor desprecio deja;
no es el rudo salvage que se *empampa*
ante las maravillas que refleja
de golpe el cuadro que asombró su mente
y esclava allí del esplendor la siente.

No; lleva él las prendas de aquel trage
que destaca del muro sus colores,
con toda la arrogancia del salvage
y aquella magestad de los señores;
y es único padron de su linage,
el sello de los seres superiores
que en el primer relámpago adivina
el ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
hay la intensa quietud de un pensamiento,
hondo como el desmayo del hastío,
fijo como fatal remordimiento;
rastro indeléble del afan impío
ó del triste y profundo sentimiento
que en mansa paz ó en tenebrosa calma
habita lo mas íntimo de su alma.

IV

El espíritu del hombre
su tierra natal refleja;
cada rasgo de su índole
un perfil retrata de ella.
Bajo un cielo transparente
de suavísima belleza,
donde la noche sublime
tiende su manto de estrellas;
sobre una planicie vírgen,
siempre verde, siempre inmensa,
siempre inmóvil y desnuda,
siempre callada y desierta;
entre un aire que perfuma
la primitiva pureza
y templa el plácido rayo
de inmutable primavera;
sin mas dios y sin mas ley
que su albedrío y su fuerza,
sin mas tesoro visible
que su caballo y sus *prendas*,
rey de todo lo creado
sobre la llanura eterna,
errante, solo y sombrío
el *gaucho* su vida lleva.

Siempre el desierto á sus ojos
su plan infinito muestra
donde el ombú solitario
se empina de legua en legua;
siempre aquel mismo horizonte
donde el sol tan solo llega,

siempre el mismo panorama
de adormecida belleza,
siempre aquella inmensidad,
cielo, cielo, tierra, tierra:
inmensidad que dilata
el corazon que serena
y en cada respiro el aire
le trasmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
que su espíritu refleja,
cuando con la luz del alba
como el pájaro despierta,
y al galope del caballo
las llanuras atraviesa
al compás de sus pisadas
cantando amorosa décima.

Aquella es la impresion última
de la silenciosa vuelta,
cuando el fúnebre crepúsculo
de la tarde le rodea
y ya cediendo al suave
cansancio de su faena
y al desmayo misterioso
que el sol al hundirse deja,
torna callado y tranquilo,
mas sensible el alma lleva
concentrada en el abismo
de su memoria secreta,
ó el cuadro de la mañana
mirando con gracia nueva
cernido en la media lumbre
del dia y de las estrellas.

Así respira su alma
la misteriosa tristeza
que está esparcida en el aire

y está arraigada en la tierra;
la soledad y el silencio
de pensamiento la llenan
y concentrada en sí misma
su mundo incrusta y refleja.
Mundo de pasiones vírgenes
como la naturaleza,
que en el corazon palpita
bajo esa calma sin trégua:
mundo de nobles instintos
que el sentimiento gobierna
porque es sentimiento todo
cuanto el corazon encierra:
sentimiento que en lo íntimo
de la vida se aposenta
y que el pensamiento educa
y agranda y ahonda en ella;
por eso en sus horas tristes
cada gaucho es un poeta,
poeta que canta trovas
de misteriosa cadencia
en las que lleva una lágrima
cada pié de cada décima,
sin mas arte que su alma
que en la soledad le enseña
á sentir lo que retrate
y á retratar lo que sienta;
arte que escribió con llanto
las trovas de Santos Vega.

Espíritu concentrado
de estraña naturaleza,
con la malicia del mundo
en su salvage inocencia,
porque dá la inspiracion
la llave del alma agena.
Espíritu que se basta

fiado en su sola fuerza,
en el dolor y en la dicha,
en la calma y la tormenta.
Corazon valiente y noble
ni provoca ni tolera,
que en sí á respetar aprende
el valor y la nobleza:
impenetrable y callado
doquier estampa su huella
voluntad y sentimiento
su estraño porte refleja,
porque en la espresion sombría
de su semblante les lleva;
rastro de un alma profunda
que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
lanzada en la noble senda,
y en la pendiente del crímen
sabe de hierro volverla,
que la pasion que la absorbe
se estiende y confunde en ella
como en su pampa salvage
la sombra de la tormenta.

Ese es el gaucho de raza
que las soledades puebla,
rey de todo lo creado
sobre la llanura inmensa:
ese es el sér misterioso
que aislado y mudo contempla
en el palacio de Roca
la agitacion de la fiesta.
El corazon de aquel hombre
una tempestad encierra;
pero ¿qué espíritu alcanza
al fondo del alma agena!

Una misma es la sonrisa
que imprimen todas las penas,
y siempre á traves del velo
de amargura que hay en ella,
el ojo audaz que á estudiarla
adelanta mas de cerca
tan solo una maldicion
á medio formarse encuentra!

V

El está allí contra el pilar desierto
aunque toca á su término la fiesta,
que ya del alba el resplandor incierto
colora de los álamos la cresta.

Y bajo aquella impenetrable calma,
tras la muda espresion de aquel semblante,
hunde á un infierno de ansiedad su alma
la desesperacion de cada instante.

Infierno que en el fondo de su vida
como la lava del volcan se encierra
y solo su ceniza entibiecida
lanza á la superficie de la tierra.

Rastro que apenas el dolor creciente
deja en la palidez de la megilla,
en el ceño convulso de la frente
ó en la luz muerta que en los ojos brilla.

Y ni un suspiro alli, ni un movimiento,
le arranca en su quietud meditadora
á ese cáncer del alma — el pensamiento —
que cráneo seca y corazon devora.

Que aquella paz que en la ansiedad le alienta,
es el dominio de las almas grandes
que saben reposar en la tormenta
como el altivo cóndor de los Andes.

Fuerza de voluntad que solamente
doblega el alma á su poder rendida
ay! cuando al fin el corazon ardiente
se ha roto en los escollos de la vida.

Cuando reconcentrado en su ostracismo
medita el mundo y su vileza alcanza.
y esconde de los otros en sí mismo
su desesperacion ó su esperanza.

Oh! la incurable y dolorosa herida
que han abierto los hombres en su seno,
le enseñó en el destierro de su vida
á comprender el corazon ageno.

Que ellos sobre su espíritu hacinaron
la impiedad, el oprobio y el ultrage,
y un ser nacido para el bien, trocaron
en un triste misántropo salvage.

VI

Él, al nacer, del alma en lo profundo
trajo la inspiracion de la pureza —
sello que imprime el hacedor del mundo
en toda creacion de su grandeza —

Y al impulso frenético impelido
de la inesperta juventud ardiente,
de fé y nobleza el corazon henchido
tomó el mundo por suyo el inocente.

Y un hombre halló en sí mismo que los hombres
como él á ellos respetar debian,
y soñó que las glorias de los nombres
por las prendas del alma se median.

Y en cualquier circunstancia en que la suerte
arrojó á su camino un ser humano,
ni al débil oprimió ni cedió al fuerte,
que en todo semejante vió un hermano.

Pero era ilusion!—que todo era
de su infantil candor hermoso engaño,
y cogió en pago de su accion primera
premio de ingratitud y desengaño.

El no era igual, que la nobleza sola
no dá valor al alma bajo el cielo,
ni la rara virtud que la acrisola
hace ley de igualdad aquí en el suelo.

No—sobre el mundo, el que robó mas oro
mejor escudo de nobleza alcanza;
quien pone en la balanza su tesoro
inclina de su lado la balanza.

Él sirvió al hombre, y cuando al hombre un dia
llegó como un igual, fué escarnecido;
por muro de insalvable altanería
se halló entre los esclavos confundido.

El furor, la insolencia y la amenaza
en el ceño encontró de los señores,
porque era un gaucho de salvage raza
sin herencia de oro ni de honores.

Y él, que su noble espíritu sentia
libre como los vientos del desierto,
vió que hasta entonces el orgullo habia
con desprecio su afan forzado y muerto.

Su afan, que alzaba una sonrisa, y era
del insolente orgullo la alabanza—
era el ceño del amo, que se altera
cuando homenage de su siervo alcanza!

Entonces fué cuando absorbió su alma
esa desolacion de la tristeza,
presagio mudo de abatida calma
con que la ruda tempestad empieza.

Pálida y triste y árida y oscura
la tierra halló que á los demás reia;
él, la dicha del mundo y la hermosura
al traves de una lágrima veía.

Lágrima que en sus órbitas temblabā,
la luz del sol á su traves nublando;
tromba del corazon que se avanzaba,
el cielo de su vida sombrëando.

Solo y callado entonces y abatido
reconcentró en su angustia su existencia,
que él se halló entre los hombres maldecido
y huyó la humillacion de su insolencia.

En el desierto y soledad, sustento
dió á aquellas horas de animada muerte,
y en la cárcel del alma el sentimiento
rompió con llanto que culpó á la suerte.

La suerte?—no—los que su alma hirieron,
los que su corazon emponzoñaron,
los que como á un reptil le escarnecieron,
los que como á un leproso le arrojaron;

eran hombres no mas, seres mortales
que hallaba de su vida en el camino,
déspotas sin piedad de sus iguales
que se alzaban entre él y su destino.

Satélites de un rey aventurero
que unció un mundo á su cetro con cadenas,
de un rey vampiro, avaro y estrangero
que se hartó con la sangre de sus venas.

Estrangeros tambien — y dominaban
donde á él la luz le amaneció del dia,
y de su misma tierra le arrojaban
y proscrito en su tierra se veía!

Basta! — que ahogó sus lágrimas de niño
sonriendo el gaucho que nació salvage,
y la piedad que en él abrió el cariño
en ódio inmenso convirtió el ultrage.

Odio que no se exhala en maldiciones
ni en terribles miradas se divisa,
no dá soberbio orgullo á las acciones
ni en el sarcasmo vá de una sonrisa.

Odio que llena el corazon demente
y nunca en vano á traslucirse alcanza,
que solo salta á ennegrecer la frente
en el dia sin sol de la venganza.

Dia que entre las brumas del futuro
soñó surgir su espíritu sereno,
y al alcanzar su luz durmió seguro
y guardó su furor entre su seno.

Oh! y es aquella la funesta calma
con que ha lanzando en el festin sus ojos,
sin nada, al parecer, que allí en su alma
alce la tempestad de sus enojos.

VII

Miraba sin cesar, pero caido
en la enagenacion del pensamiento,
como reconcentrado y absorbido
en fijo y doloroso sentimiento.

Vibracion de su alma que no era
el sofocado encono de la envidia,
ni el goce inquieto de intencion rastrera
que adelanta impaciente la perfidia.

Ni el desconsuelo del dolor presente
que en la impotencia su desquite alcanza,
y á tiro fijo de la mano siente
la codiciada presa de venganza.

No, ni al palacio fué de los señores
aquella noche del festin, buscando
despertar en su pecho sus rencores,
que estaba entre ellos su dolor llorando.

No — la crueldad del corazon ageno
y el golpe de su propia desventura,
dejaron sin romper entre su seno
una fibra sensible á la ternura.

Fibra que el alma en la impiedad sofrena
y con el mundo á reanudarla alcanza,
mientras en el infierno de la pena
vive aún sollozando la esperanza.

Fuerza que hasta el palacio aborrecido
su pisada soberbia conducia
y presa allí de afan desconocido
toda el alma en sus ojos recogia.

Toda, para buscar con su mirada
el bien soñado de su mente loca,
la realidad de su ilusion dorada
que halló en la hija del altivo Roca.

Oh! y al verla cruzar se ha estremecido
como un cristal al retumbar del trueno,
y helado el corazon y suspendido
siente desfallecer entre su seno.

Rápido y nebuloso torbellino
como el embate de encontrados vientos,
con salvage vigor y en remolino
arranca de tropel sus sentimientos:

el concentrado amor que para ella
creció en las horas de pesar, en calma,
último resplandor con que su estrella
mantenia un crepúsculo en su alma:

el ódio mudo del furor oculto
que la presencia redoblar hacia
de aquellos que al desprecio y al insulto
encadenaron su existencia un dia:—

la fija y melancólica amargura
del que vencido en el dolor se siente
y en toda su estension su desventura
ya en su conciencia sondeó la mente:—

la angustia en fin del que en su propio pecho
sobra de alma y corazon encierra,
y siente su derecho, y su derecho
desconocido vé sobre la tierra:—

y aunque entre hombres como él se halla,
se mira por los hombres arrojado,
y á la maldita esfera del canalla
por su orgullosa voluntad lanzado:—

y él que heredó en su pampa un mundo entero
se encuentra sobre el mundo sin guarida,
que es en su misma patria un estrangero
y de estrangero rey sierva es su vida:

y mira en los festines de un magnate,
compartiendo su encanto y su ventura
oh! tambien la muger para quien late
su corazon con íntima dulzura:

ay! aquella muger, en los rigores
y en el destierro del dolor amada,
y que lejos de él, á los señores
dirige sonriendo su mirada:—

que ella quizá tambien bajo aquel trage
conque en un dia le encontró á su paso,
en él tan solo sospechó un salvage,
si su mirada en él detuvo acaso:—

y vé que aun cuando imaginó sufrido
del último pesar el golpe recio,
faltaba por sufrir,—y vé caído
ay! el golpe tambien de su desprecio!

Así su alma entonces sacudia
el choque de encontrados sentimientos
y en espirales ráfagas sentía
vagar sus agitados pensamientos.

Así de su ansiedad la fuerza ruda
de golpe al corazon y á un tiempo lanza,
el ódio y el amor, la fé y la duda,
la desesperacion y la esperanza!

VIII

El, á la sombra del pilar esquiva
la luz de los brillantes reverberos;
del alba aún la claridad furtiva
no apaga el resplandor de los luceros

Qué luz entónces al cruzar refleja
tan honda palidez sobre su frente?
no es luz, que es sangre que su rostro deja,
cayendo al corazon como un torrente.

Relámpago fatal del sentimiento
conque rompe el furor dentro del alma;
y alumbra como hoguera el pensamiento,
así formado con salvage calma:

« Los que se llaman reyes y señores
« mi raza condenaron al dolor,
« para pasto, al nacer, de sus furores
« tambien caí sobre la tierra yo.

« Como si un monstruo maldecido fuera
« me acosan y desprecian sin piedad,
« no tengo mas guarida que la fiera
« que perseguida por los perros vá.

« La última esperanza de mi vida
« estaba en el amor de una muger,
« oh! pero en esta hora maldecida
« me la arrebatan sin piedad tambien.

« Porque á mirar mi raza la enseñaron
« como un obgeto pavoroso y vil;
« sus ojos al mirarme se apartaron
« y desprecio tambien encontré allí.

« Basta! — si un dios se esconde tras del cielo
« tambien desde el nacer me abandonó;
« sinó hay mas dios que el hombre, — sobre el suelo
« mi diós yo mismo y mi justicia soy.

« Para sembrar la muerte y la venganza
« en medio del estruendo del festin,
« oh! si el puñal de Lázaro no alcanza,
« de sobra á su alredor hará blandir.

« Los que comparten mis amargas penas
« y sufren la vergüenza y el dolor,
« como trahilla de salvajes hienas
« caigan sobre el palacio del señor! »

Y él se destaca del pilar sombrío
como un fantasma de la noche, ausente,
y con pasmosa agilidad y brío
salta sobre su potro, febriciente.

Un instante no mas, y en el desierto
como un meteoro romperá en su huida.
pero un hombre hasta él, con paso cierto
avanza y toma á su corcel la brida.

Atrás el insensato! — mas ya siente
la punta del puñal en su garganta,
y antes que el golpe amenazado asiente,
su voz con una súplica adelanta.

— « No hieras, Lázaro — pára,
que el tenerte no es agravio;
las palabras de mi labio
palabras amigas son:
siervo soy del noble Roca,
oh! no desprecies mi ruego,
que aunque le invoco — no llego
en nombre de mi señor.

« La súplica que me guía
hasta cruzarme en tu senda,
no hay alma que no la atienda
porque voz de un ángel es;
cede, que no hay ser humano
para quien su amor no sobre,
para el rico, para el pobre,
para el siervo y para el rey.

« Para cumplir su deseo
no es mucho si á tí me avanzo,
con él al infierno alcanzo
sin fatiga ni temor,
que aquel ángel bendecido
que el labio sonriendo invoca
solo es la hija de Roca
el magnífico señor.

« Plácela tu vos serena,
cuando en la noche de calma
los pesares de tu alma,
con trovas llorando vas;
al través de los señores
sus tristes ojos te hallaron
y sus labios me mandaron
la súplica á tí llevar.

« Antes que á la luz del dia
cese el festin del contento,
en él se escuche el acento
del sombrío trovador:
ven al palacio de Roca
donde resuene tu canto,
que ojos hay que amigo llanto
derramen por tu dolor. »

IX

Lázaro oye esta voz: enmudecido
abandona la brida del corcel
y en insondable reflexion caido
del page sigue el presuroso pié.

Como que le impulsára parecía
fuerza de incontrastable voluntad,
y el rastro como máquina seguia,
tan olvidado de sí mismo ya.

Y vá tras él sin descubrir la frente
al centro del magnífico salon:
preludia la guitarra tristemente
y al pecho arranca la inspirada voz.

TROVA

« El hondo pesar que siento
y ya el alma me desgarra,
solloza en esta guitarra
y está llorando en mi acento:
como es mi propio tormento
fuente de mi inspiracion,
cada pié de la cancion
lleva del alma un pedazo,
y en cada nota que enlazo
se me arranca el corazon.

*

» Te ví y aunque no sentiste,
en mi soledad te amé
con esa profunda fé
que hay solo en un alma triste:
tú en un palacio naciste,
yo en un desierto nací
y aunque en el alma sentí
fuerzas para alzarme al cielo,
el hombre cortó mi vuelo
y hasta el infierno caí.

*

» La estrella de mi destino
—no importa—un rayo lanzaba
que á disipar alcanzaba
las brumas de mi camino:
ya ese rayo mortecino
para siempre se apagó
y solo á alumbrar sirvió
esta eterna noche impía
cuando en tu alma, la mia
tambien el desprecio halló.

*

» Como fiera perseguida
piso una senda de abrojos,
sin sueño para mis ojos
ni venda para mi herida,
sin descanso ni guarida
ni esperanza ni piedad,
y en fúnebre soledad
á mi dolor amarrado
voy á la muerte arrastrado
por mi propia tempestad.

*

» El cielo me ha maldecido,
el mundo me ha despreciado,
dónde sin verme acosado

sentaré el pié dolorido!....
No hay recuerdo, no hay olvido
para engañar mi afliccion,
solo hay desesperacion
para mí en el mundo ageno:....
yo mismo huyo, de horror lleno,
de mi propio corazon! »

X

Con un sollozo terminó su canto
y soltó la guitarra estremecida,
alzó la frente de pesar rendida
y el primer paso describió su pié:
¿porqué al partir inmóvil se detiene?
nadie opone á su marcha sus enojos
y aunque todos en él fijan los ojos
nadie su voz ha dirijido á él.

Nadie?—cual si la fuerza la atrajese
de aquella honda y fúnebre mirada,
una muger con trémula pisada
se dirije hasta allí, donde él está;
lleva una flor que levantó del suelo
oprimida en la mano temblorosa,
y en el pecho de Lázaro la posa
con sencilla y serena magestad.

Y ella, la hija del altivo Roca,
la inocente y angélica Dolores,
se alza de entre la rueda de señores
y habla así al misterioso payador:

—Toma; guarda esta flor que de mi seno
«cayó con una gota de mi llanto,
«cuando el sollozo en que espiró tu canto
«mi alma conmovida estremeció.»

Y él guardó aquella flor; todos, sus labios
tambien entonces agitarse vieron,
pero si con palabras se movieron
ella sola nomas las pudo oir:
honda, honda mirada en la mirada
dejó caer de la muger querida,
y sin bajar la frente á su partida
como una sombra se perdió de allí.

XI

Y corta los inmensos corredores
sin mostrar cortesía ni cautela,
que ni aún por respeto á los señores
empina la rodaja de la espuela.

Nadie tampoco recordarle osa
que pisa en el palacio de un señor,
le abre calle la turba silenciosa
y murmura de él cuando pasó.

Villano y pusilánime murmullo
que no alcanza valor hasta su oído,
pero no es desprecio ni es orgullo
lo que imprime á su marcha su descuido.

No, que aquel porte de sombría calma
solo el olvido de los otros es,
solo el recogimiento de su alma
que arrastra como máquina su pié.

Y salta en el caballo inteligente
que modera el afan de su partida
porque sus flancos oprimir no siente
ni levantar la abandonada brida.

Así, como tocado de idiotismo,
Lázaro inmóvil sin guiarle vá,
y lanzado del alma en el abismo
que pisa el mundo se olvidó quizás.

Y entre la opaca niebla que el incierto
calor levanta del naciente dia,
se interna á la ventura en el desierto
donde el capricho del corcel le guia.

XII

Los que jamás lloraron
flores del corazon que se cayeron;
los que no maldigeron
que aunque sobre la tierra se encontraron
con alma solo de reptil nacieron,
al través de la yerta
bruma que te rodea en el camino,
no seguirán tu rastro, peregrino
de la pampa desierta.
Su mirada no avanza
al fondo de tu alma combatida,
y al verla como pasto repartida
entre el amor y el ódio,
la desesperacion y la esperanza,
fantasma de mi sueño te creyeron
mal trazada y deforme
y de mi sueño informe
con sarcástica burla se rieron.

Ellos, que solo tienen
la cavidad de un cántaro en el alma
ni mas fuego contienen
que el fuego que dá un fósforo encendido;
ellos que en paz y calma
su dicha y su dolor tienen medido
y con proligidad y simetría
llorando ó sonriendo lcs embocan
como en nichos separan y colocan
sus efectos de tienda ó mercería;
ellos que solamente se conmueven
por quiebras ó asonadas,
por los tiempos que secan ó que llueven
ó por modas salidas ó dejadas,
ellos, jamás en fin del alma agena
la tempestad mugiendo imaginaron,
porque á su propio corazon le hallaron
con válvula serena
en su mas honda angustia que soñaron.
No puede junto concebir su mente
el cáos de encontradas sensaciones,
ese sordo torrente
que en confusion revienta
con ola turbulenta
que arrastra en su camino las pasiones:
no llega su mirada
al abismo profundo
de tu alma educada
en esa reflexion de la amargura,
cáncer que en ella el sentimiento apura
y abre fondo en su seno para un mundo.

No alcanza á reflejar el sentimiento
lo que á sentir no alcanza:
la vorágine loca
que estrelló el corazon y el pensamiento
cuando inmóvil y mudo
contra el pilar desnudo

te amarró la ansiedad como á una roca,
solo se vé sentida:
ay! entónces se sabe
que así como en el cielo
rompen las tempestades de la vida;
que en el fúnebre rayo que las hiende
todo á la vez y en confusion desciende
sombra y luz fuego y hielo!
Sí, tambien como ellas
que descargan la nube de que nacen
en lluvias ó en centellas,
en lágrimas ó en sangre se deshacen:
despues, el alma se refugia al seno
rugiendo ó sollozando,
como el último trueno
que con sordo bramido
se aleja estremecido
en magestuosa postracion rodando.
Así tambien partiste
del palacio brillante:
y entre la bruma densa
tu sombra muda, pavorosa y triste
llevando sigues por la pampa inmensa.

Oh! por qué aún sobre tu frente oscura
la desesperacion medita en calma?
por qué vá en tu camino
siempre aquel abandono del destino,
por qué siempre el dolor dentro del alma?
Cuando, por fin, la suerte
la única ambicion cumplir figura,
¿con esa honda postracion inerte
responde el corazon á la ventura?

Qué hay entónce en tu seno
que á penetrar la reflexion no alcanza?
qué sonda de veneno

en tu maldito corazon se abisma
si la esperanza misma
cuando ha tocado en él no es ya esperanza!

Feliz quien no se avanza
á ese infierno del alma que no ignoro:
yo sé que puede compendiar la vida
su único tesoro
en el amor de la muger querida;
sé que en sus ojos puede,
como á la luz del sol brilla la estrella,
derramarse el amor que al amor cede;
sé que los labios de ella
pueden llevar tambien hasta el oido
con su mas dulce acento
la palabra de amor correspondido,
sin que el demonio cruel del sufrimiento
beba en su voz la calma,
sin que ese amor que la esperanza encierra
del cielo y de la tierra,
consuele el corazon y arrulle el alma;
el alma! el alma triste
que al tocar en la suya se desvía
volviendo á su infernal misantropía,
porque al tocarla alcanza
que mientras mas amor la acerca á ella
ay! mas se hunde su apagada estrella
y mas se desvanece su esperanza!

En la vida, en la muerte,
tu primer ambicion, tu último anhelo,
fué el bien que al fin te concedió la suerte
un pedazo de cielo;
cielo que fueron sus celestes ojos
donde la luz del sol el alma era:
por camino de abrojos
su ambiente virgen á aspirar llegaste,

y cuando hasta el ocaso del futuro
has mirado en su esfera,
el punto mas oscuro
de la vida y la muerte allí encontraste!
En sus ojos?—mentira!
esa noche sin fin que el alma encierra
y á su sombra convierte
cuanto dá resplandores,
está solo en los ojos del que mira!
Crecen sobre la tierra,
sin remedio tambien, como la muerte,
pesares y dolores!

CANTO SEGUNDO

I

Es la muger un querubin del cielo
en la aureóla del amor caida,
para abrir en al páramo del suelo
el gérmen misterioso de la vida:
ángel de caridad y de consuelo,
de abnegacion sublime poseída
vá junto al lecho del mortal velando,
la vida hasta la muerte acariciando.

Oh! que sensible y dolorosa herida
curar no puede su piadosa mano,
qué pena el alma llevará escondida

que no consuele su fervor cristiano,
á qué sér, á qué idea engrandecida
no abre su noble corazon humano,
ni qué felicidad ó desventura
no halla una bendicion en su alma pura!

Una muger!—tesoro inestimable
que el mundo ingrato á valorar no alcanza,
manantial de cariño inagotable,
de piedad, de nobleza y confianza:
ella, sobre la tierra deleznable
es misterioso faro de esperanza
que con süave resplandor divino
de otro mundo mejor muestra el camino!

Ella no dá en su espíritu guarida
á la sed de la gloria y la fortuna,
esas dos solas rutas de la vida
que no deja de hollar planta ninguna:
ella, si una corona suspendida
soñó bajo los rayos de la luna,
y la alzó al despertar, fué solamente
para adornar la sien de agena frente.

Ella desvia la inocente planta
del huracan frenético del mundo,
de donde al hombre mísero no espanta
de las pasiones el aspecto inmundo:
donde puñal contra puñal levanta
él—y sobre el hermano moribundo
alza entre sangre y lágrimas y escoria
el sacrílego canto, de victoria.

Ella, desde los mágicos fulgores
del alba del Eden perdida y bella,
del nacer al morir riega con flores
de la cansada humanidad la huella;
y en cambio ay! cadenas y dolores

el mundo nada mas la guardó á ella,
sin quebrantar su fé, su fé que gime
en silenciosa abnegacion sublime.

Ella, corriendo el mundo zona á zona,
eterno campo de batalla horrenda,
al rastro de la muerte se abandona
donde el rugido del dolor se entienda:
la alzada frente al vencedor corona;
la hundida frente del vencido venda,
que se basta en su amor desconocido,
ángel del vencedor y del vencido.

Ella en el alma del poeta canta,
del artista en el alma y del guerrero,
y del sábio el espíritu levanta
y el brazo del humilde jornalero;
del niño el primer sol rïendo encanta
y encanta del anciano el sol postrero
porque del cielo pàra amar caida
es el ángel de guarda de la vida.

La pureza, la paz y el sentimiento
velan entre su alma candorosa
y allí del mundo el corrompido aliento
desvanecen con ála presurosa;
y ella en su manso, íntimo aislamiento
se espande en otra vida silenciosa,
vida de amor eterno y bendecido
que es un reflejo del Eden perdido.

Una muger! — feliz el que en la vida
el alma de ella á comprender alcanza
y sabe abrir la senda florecida
que al cielo estraño de su mundo avanza;
cielo de beatitud desconocida
donde por fin reposa la esperanza,
arrullada en la gloria del presente
sin que otro cielo tramontar intente!

II

Ella, la melancólica Dolores,
aunque hija tambien del castellano,
miraba con pesar, de los señores
la bárbara crueldad para el paisano:
ella no compartia sus rencores
y llamaba al indígena su hermano,
que era como su madre ya perdida
bajo el cielo de América nacida.

En ellos, por el suyo, comprendia
su inmenso corazon triste y callado,
y en ellos, seres su piedad veia
indignos de aquel yugo tan pesado:
ni humillacion ni honores exigia,
y el cariño en su senda derramado
la dió por fruto, donde fué su planta,
nombre y veneracion y amor de santa.

Ella, cuando en la tarde silenciosa
la tierra de sus flores refrescaba
y allí como indecisa mariposa
en medio de los árboles vagaba,
ay! en aquella esfera misteriosa
estraño afan indefinible hallaba
que á un tiempo mismo al corazon le era
ráfaga dolorida y placentera.

Ella no era infeliz, pero sentia
una estraña horfandad dentro del alma,
un punto solo allí donde no habia
la dicha entrado á conmover la calma:

última hoja desmayada y fria
de floreciente y olorosa palma
donde el rocío que la noche riega
por entre el seno capilar no llega.

Cruzar veía por el aire en tanto
sombras de fugitivos resplandores,
que remedaban en secreto canto
las palabras de amor de los señores;
y allí en süave enternecido encanto
arrobando su espíritu Dolores
dormia y sollozaba y despertaba,
que árido aquel amor y frio hallaba.

Era el perfume del amor sereno
con que en íntima calma placentera
abre la flor que nace dentro el seno
con la lozana juventud primera;
intenso aroma de armonía lleno
que en torno al corazon forma su esfera
engendrando en su mundo enternecido
inquieto afan de amor desconocido.

Inmenso amor cuyo ideal hermoso
á mostrar en sí misma no alcanzaba
la palabra de amor del poderoso
que en medio de las fiestas resonaba:
su corazon altivo y vanidoso
lleno tan solo con orgullo hallaba
y volviendo á su seno entristecida
soñaba el alma su ilusion perdida.

Así una vez cuando en la tarde bella
vagaba triste en su jardin florido,
sintió al estremo mismo de la huella
como el rayar de un potro suspendido:
volvió los ojos y en los ojos de ella
íntimo, concentrado y recogido

sintió, cubriendo el triste de sonrojos,
el rayo descansar de agenos ojos.

Lázaro el payador! — solo y callado
sin desmontarse del corcel ardiente,
un momento fatal allí clavado
la contemplaba así profundamente;
luego, como rendido y desmayado
inclinó al pecho la pesada frente,
con mústio brazo circuló la rienda
y se perdió por fin entre la senda.

Lázaro el payador! — nadie aquel nombre
escuchó sin sorpresa en la campaña,
nadie miró el aspecto de aquel hombre
sin recogerse en impresion estraña;
que aunque jamas dió vuelo á su renombre
la relacion de ensangrentada hazaña,
algo en él de terrible se escondia
que el corazon estremecer hacia.

Y ella, ni estremecida ni aterrada
en calma allí permaneció serena,
porque leyó en su fúnebre mirada
la historia solo de escondida pena;
pena que hasta su alma inmaculada
y abierta siempre á la desdicha agena,
llegó, tocando de piedad la fibra
que al tono del dolor acorde vibra.

Y siguió con sus ojos impaciente
al gaucho aquel que á contemplarla vino,
deseando en su espíritu inocente
que se doblase el tramo del camino:
placíala el salvaje continente
del fúnebre viagero vespertino
y al corazon por él brotar sentía
íntima y deliciosa simpatía.

Y tarde á tarde á su jardin bajaba,
que tarde á tarde Lázaro caía,
del fondo del desierto se avanzaba
y al fin de la arboleda se perdía;
siempre tan hondamente la miraba,
siempre ella con sus ojos le seguía
brindando en ellos su inocente anhelo
ó bálsamo de amor ó de consuelo.

Así nació en su espíritu inocente
del alma juventud el amor puro,
amor que halla de su afan la fuente
en misterioso vértigo inseguro;
amor que recogido en el presente,
no llora ni sonríe en el futuro
y en concéntrica ráfaga camina
al resplandor de su ilusion divina.

Un dia, en fin, que el castellano impío
con ella en los jardines paseaba
y vió cruzar por entre el soto umbrío
el gaucho payador que se alejaba,
rugó la frente con desden sombrío
y marcando la huella que llevaba
clamó, como estallando en sus furores,
vuelto á los aterrados servidores:

— « Oh! si el gaucho otra vez, si el insolente
» asoma del castillo al horizonte,
» sin que descubra como vil la frente,
» sin que como villano se desmonte,
» soltadle la trahilla mas valiente
» que devora las fieras en el monte,
» ó juro ¡vive Dios! que yo á vosotros
» mando que se os amarre en cuatro potros. »

Y ella se estremeció, — que aquel acento
cayendo sobre el alma comprimida,

trajo por vez primera al pensamiento
el espantoso cuadro de la vida,
y aterrada en su propio sentimiento
siguió su vuelo y se encontró perdida
en el abismo lóbrego y profundo
que entre Lázaro y ella cavó el mundo.

Y cómo entonces el dolor primero
que arrancó la ilusion á la inocente,
un rayo fué de luz, que en su reguero
transparentó de Lázaro la frente:
cómo al íntimo rastro pasagero
leyó en aquel espíritu demente
el insondable infierno que el destino
llevó en su maldicion al peregrino!

Oh! tarde ya! — la voz del castellano
marchitar ha podido la esperanza,
pero del melancólico paisano
el corazon á envilecer no avanza:
tarde! — que si el orgullo del tirano
en él un gaucho, nada mas alcanza,
los ojos del amor, los ojos de ella,
alma le hallaron misteriosa y bella.

Y escondiendo en la suya estremecida
aquel primer amor desventurado,
íntimo compañero de la vida
que habita el corazon desesperado,
levantó en la memoria enternecida
ese mundo sin sol del desgraciado
donde si el alma en él ya nada espera,
ay! al menos por fin no desespera!

III

Ha destellado el sol su nuevo dia
tras de la noche de la fiesta loca,
y el rayo de su luz mas suave envia
porque su disco en el ocaso toca:
cesó el vaiven de insólita alegría
en el palacio del soberbio Roca,
y ya de la faena de costumbre
descansa la rendida servidumbre.

El lastimero toque de oraciones
ya cesa en la capilla tramontana
y del golpe postrer las vibraciones
estiende lentamente la campana:
todos alzan á Dios sus corazones
rogando por el dia de mañana
y su descanso cada cual y asilo
busca en el seno del hogar tranquilo.

Tan solo una muger paseando queda
el parque del castillo silencioso
cuando en el corazon de la arboleda
ya el ave misma se buscó reposo:
ella vá descendiendo en la alameda
ccn paso distraido y cadencioso,
hasta un banco de céspedes camina
y en él como cansada se reclina.

Muger de leve y mística belleza,
estraña adoracion secreta infunde,
que un rayo de misterio y de tristeza
como aureola á su alrededor difunde:

tipo de aerea y virginal pureza
que entre el ángel y el niño se confunde
y de su suave atmósfera irradia
aroma y resplandor y melodía.

En la luz de su límpida mirada
se desborda su espíritu inocente,
y el color del jazmin en la alborada
difunde á la megilla transparente:
ondas la fresca boca ennacarada
al respirar levanta sonriente
que en la blonda raiz de su cabello
despejan, al morir, su rostro bello.

Tan pura, tan sencilla, tan ligera,
de su blanco ropage entre la nube,
parece el rayo de la luz primera
que por la franja de los cielos sube;
paloma que se anida en la pradera,
risueño y melancólico querube
que busca con los ojos desde el suelo
rumbo feliz para tender su vuelo.

La tímida y despierta mariposa
que liba el cáliz de la flor mas bella,
no se mueve del pétalo en que posa
cuando á regar la flor se acerca ella:
y el ave que en la selva silenciosa
canta sobre la rama de la huella,
tampoco calla el comenzado trino
si es ella quien asoma en el camino.

Oh! qué invisible talisman abriga
que tan sincéro amor tras sí levanta!
no hay labio que su nombre no bendiga
de bien prendado y de belleza tanta:
llámanla el rico y el señor amiga,
santa los pobres y los siervos santa,

porque igual á su angélica hermosura
es la piedad del alma y la ternura.

Huye la ostentacion y los festines,
que en medio del estruendo se atortola,
y halla mejor que el mundo sus jardines
cuando alza ó cae el sol tras su aureola:
allí de la alameda en los confines
vagando entonces pensativa y sola
como una flor tambien, entre las flores
vive la melancólica Dolores.

Y cuando llega allí de la capilla
el toque triste de oracion diaria,
tambien dobla en el musgo la rodilla
y alza á su dios su íntima plegaria;
y antes que apague el sol su luz que brilla
tras la vecina loma solitaria,
deja el jardin y en el palacio hermoso
vuelve á la sociedad del poderoso.

Hoy ya en la tarde refrescó sus flores,
ya dijo su oracion arrodillada,
y aunque la sociedad de los señores
espera en el vestíbulo su entrada,
ella, la hermosa y cándida Dolores,
en su banco de césped reclinada,
del palacio y los huéspedes no cuida
en misteriosa reflexion caída.

Nunca aquella espresion de desconsuelo
cual hoy á contraer su frente vino,
ni esa intuicion de inevitable duelo
ha alzado así su seno peregrino;
nunca sus ojos con tan vivo anhelo
fijó en el horizonte del camino
como el que ansía y teme cuando espera
cumplir la realidad de su quimera.

Rara esperanza es! — la senda aquella
conduce solamente á campo abierto,
y aunque á otra huella vá, tambien la huella
arranca desde el fondo del desierto;
un solo ser nomas cruza por ella
cuando declina el sol su rayo incierto
y el astro vespertino de topacio
cuelga sobre las cruces del palacio.

Si *El* es el esperado, la esperanza
cumpla el inquieto afan del desvario
porque la vista á distinguirle alcanza
que asoma lentamente en el vacio;
es él, es él, que como siempre avanza
callado, melancólico y sombrio,
la barba sobre el seno recogida
y abandonada del corcel la brida.

El es — que de su lóbrega mirada
he visto el rayo que adelanta al trueno,
alma terrible en el dolor probada
y ungida en el bautismo del veneno;
él es — porque á su aspecto, impresionada
el alma se comprime dentro el seno
sintiendo á su pesar que él deja en ella
rastros mas indelébles que en su huella.

El es! — que solo él á hollar se atreve
los campos del palacio á su albedrio
sin temer la amenaza de la plebe
ni del amo el furor, nunca tardio;
y allí donde la brisa no se mueve
sin voluntad del castellano impío,
él sin bajarse ni humillar la frente
pisa como en su hogar, tranquilamente.

Estraña realidad! — desde que asoma
no levantó la espuela ni la rienda,

y ya que entienda misterioso idioma
ó que infalibles prácticas entienda
y aunque dos calles hay, el potro toma
del banco de los céspedes la senda
y relincha al llegar, como advertido
de un punto de reposo conocido.

Si, porque tarde á tarde en su camino
se desmonta allí mismo el caballero
y sobre el tronco del ombú vecino
correr deja el crepúsculo postrero;
luego, cual descansado peregrino
torna á seguir en calma su sendero
y hasta llegar al punto mas distante
volviendo muchas veces el semblante.

Hoy no hay reposo allí, que el potro siente
que á animarle la espuela se prepara
cuando allí como ayer pausadamente
bajo la sombra del ombú se pára;
y antes que toque de la espuela el diente
veloz en su abandono se repara
y dejando la yerba que mordia
busca de nuevo la tortuosa via.

Y mira y pasa él?—Ah, no!—que siente
que envano al corazon mandar intenta;
le llama esa mirada que doliente
al través de una lágrima rebienta:
atrás!--él vuelve la sombría frente
y el pié de golpe sobre el musgo asienta,
que á desatar un lazo de esperanza
la desesperacion tan solo alcanza.

Y arrancando del alma estremecida
la entrecortada voz del sentimiento,
al alma en fin de la muger querida
el abismo enseñó del pensamiento;

cuadro desesperante de la vida
que en el oido compendió su acento
cual náufrago infeliz que llora y cuenta
la pasada ansiedad de la tormenta.

IV

— « Juré, Dolores, callando
morir solo con la pena
que me vá como gangrena
toda el alma devorando:
hoy llorando — sí, llorando —
crucé á verte en la oracion
para cumplir la intencion
mas fija del pensamiento,
pero al fin el sufrimiento
estalla en el corazon.

» Ya ves; me tengo en tu huella;
toda el alma te debía;
tómala, no es culpa mía
si hay solo veneno en ella:
tan oscura fué mi estrella
que para privar tu aprecio
paga, como el mundo, á precio
de lágrimas tu favor,
pero no tengo valor
para sufrir tu desprecio.

» Sé que callando y muriendo
pude aliviarte un pesar
que á veces suelen llevar
las horas que van huyendo;
y al menos, hoy que estoy viendo

que ya todo lo he perdido,
así no hubieras sufrido,
no hubieras llorado así,
y quedaban para mí
el desprecio y el olvido!...

» Pero era entonces preciso
que yo no te hubiese amado,
ya que un ser tan desgraciado
el mundo volverme quiso:
la gloria del paraiso
es infierno envilecida,
y el amor que hace en la vida
de un hombre un ser sobrehumano,
no alcanza á hacerle un villano
ante la muger querida.

» Esto está escrito en mi frente,
mira, no sé quien lo ha escrito,
pero aquí dice—maldito—
aunque soy solo inocente:
lo lée todo ser viviente
y huye con horror de mí:
yo tambien, y conocí
en mi reflexion primera,
que fuí poco para fiera
ó mucho para hombre fuí.

» Mi corazon arrojado
de toda honorable senda,
á la orfandad mas horrenda
se encuentra al fin condenado:
yo mismo me he despreciado,
tan despreciado me hallé
y á mi corazon bajé
con el ódio mas impio
para llenar el vacío
que en toda mi alma encontré.

» En fin, hasta la esperanza
de salvacion me quitaron,
que el camino me cerraron
del bien, que hasta el cielo avanza:
el alma á esplicar no alcanza
tan implacable crueldad
y solo la realidad
del desprecio y los rencores
me han enseñado, Dolores,
que es una horrible verdad.

» Tiene el hombre todo un mundo,
tiene la fiera el desierto,
tiene el ave el cielo abierto,
tiene el pez el mar profundo;
y Lázaro el vagamundo
como una fiera acosada
no halla solo en su jornada
un seno amigo, un hogar
donde poder reposar
la frente desesperada.

» Gaucho el mundo me ha nombrado
y me arranca de su seno
como planta de veneno
que mata al que la ha pisado;
canalla en fin me ha llamado
con toda su indignacion,
y en toda la creacion
con mi angustia y con mi vida
no tengo ya mas cabida
que mi propio corazon.

» Solo de comun me aferra
entré los séres humanos,
el hambre de los gusanos
que han de comerme en la tierra;
nada que encanta ó aterra

penetra á la soledad
de la sombría orfandad
donde mi dolor profundo
ha levantado su mundo
fuera de la humanidad.

» Con un grito de venganza
mil gauchos levantaría
y al Señor hundir podría
entre el fuego y la matanza;
pero en mi labio se avanza
y se cambia en maldicion;
que en la horrenda confusion
de oprimidos y opresores,
veo hombres no mas, Dolores,
que me han roto el corazon!

» Porqué tu alma se llegó á la mia
si cuanto toco lo enveneno yo!
nada mas que tu amor me sonreia,
ya todo lo he perdido con tu amor!

» Sí, lo he perdido—Lázaro el salvage
no puede amarte sin vergüenza tuya,
y es mucha la barrera del linage
para que un pobre gaucho la destruya.

» Y aunque tu amor tan valeroso fuera
que te arrojaras á seguir mi pié,
¿dónde ha de reposar, que no siguiera
de los señores el furor tras él!

» Guarda entonces tu alma de dolores
que llega acaso á comprender apenas;
solo puede domar sus sinsabores
quien como yo se arrastra entre cadenas.

» Guarda ese amor que brinda tu mirada
á ocultas, como goce de ladron;
para absorber mi alma concentrada
el amor de un esclavo es poco amor.

» No—yo tengo en el fondo de mi alma
un mundo de ventura recogido,
mundo aparte del mundo, en honda calma,
que es un compendio del Eden perdido.

» Mundo de inmensa dicha que no cabe
en la tumba sin luz de una prision,
cielo cuyo camino solo sabe
quien nace con un alma como yo.

» Mundo que no es la esfera vagarosa
donde se arroba el niño enamorado,
es el último tramo en que reposa
el corazon de un hombre que ha llorado.

» De un hombre maldecido que á la tierra
ni un lazo tiene que le junte ya,
y tierra y cielo sobre el mundo encierra
en las cuatro paredes del hogar.

» Ay! pero aquel hogar caído en ruina
encuentra hoy del hombre á la pisada,
cuando á su puerta el infeliz camina
guiando á la muger idolatrada!

» Era el último albergue de esperanza
donde llevaba á descansar su pié
y allí tambien le sigue la venganza;
Dios lo ha querido así: cómo ha de ser!

» No pude hacer mi dicha ni la agena,
tan implacable fué mi maldicion,
y para último colmo de mi pena
soy el demonio en fin de tu dolor.

» Adios! pero perdona al gaucho rudo
que no pudo á tus ojos ser un vil,
y porque mas que un hombre ser no pudo
para romper su espíritu y morir.

» Adios!—con la fortuna y los amores
te sonrie en la tierra la esperanza;
tú puedes ser feliz, tú sí, Dolores,
la maldicion del mundo no te alcanza.

» Adios!—yo sé la historia de la vida,
yo sé medir la fuerza del pesar;
para cerrar los labios de tu herida
bálsamo el tiempo y el olvido dan.

» Solo—yo seguiré, que sola puede
el alma con su inmensa pesadumbre;
ni cede al llanto ni á la furia cede;
el hombre hasta el dolor hace costumbre.

» Todo es lo mismo!—siento que al perderte
me ha vencido el dolor al idiotismo—
sí, la vida, Dolores, y la muerte,
la dicha y el pesar—¡todo es lo mismo!

» Basta!—ya sabes lo que en mi alma había,
Dolores, deja que te diga adios;
¿porqué tu alma se llegó á la mia
si cuanto toco lo enveneno yo! »

V

Ella escuchaba la infeliz, llorando,
escuchaba hasta el fin—pobre Dolores!
y sufriendo y callando
iba al seno inclinando
la atormentada frente sin colores.

Cargada de pesar y estremecida
con el sollozo que en su pecho ahogaba,
al fondo de la vida
el alma recogida
en el dolor inmenso se abismaba.

No podia su espíritu inocente
con el ageno y propio sufrimiento,
y con la palma ardiente
oprimia la frente
como para tener el pensamiento.

En insensato vértigo aturdido
giraba el corazon con tanta pena,
y sentia al oído
el rasgado estallido
con que la arteria reventada suena.

Y á él los ojos inmóviles alzaba
como ignorando allí que le veía;
mirándole callaba
y lloraba, lloraba
caída en su fatal melancolía.

Solo cuando ya Lázaro rompiendo
con el último adios pisó la huella,
de su dolor volviendo
tristemente siguiendo
hasta cruzar su marcha se alzó ella.

Pero aquella ansiedad que en la partida
trae la desolacion del sufrimiento,
ahogó la voz sentida
y en el alma afligida
turbó la inspiracion del pensamiento.

Y allí sin voz, sin fuerza ni albedrio,
con el renuevo del dolor postrada,

tendió el brazo tardío
buscando en el vacio
donde ayudar su trémula pisada.

Giró dos pasos y en sus pies perdida
se postró sobre el césped de su asiento,
esa eterna partida
mirando así, caida
en el mas espantoso abatimiento.

Y él ha dicho su adios, su adios postrero
y marcha abandonado á su destino:
marcha?—no, que al sendero
salta el Roca altanero
con su turba de esclavos al camino.

Y con la voz que entre los labios traba
el creciente furor que el alma llena,
habló al gaucho que odiaba,
al que allí le esperaba
con plata firme y voluntad serena.

« Has dicho adios! — tu corazon, villano,
dá al mundo en ese adios tu despedida;
oh! no le has dicho envano,
ya estas bajo mi mano
y en el último instante de tu vida.

« Era mi hija — miserable! — piensa
cuánto debe mi alma aborrecerte;
oh! mi cólera inmensa
tan vergonzosa ofensa
puede lavar apenas con tu muerte! »

VI

Y Lázaro sonriendo
en su reposo salvage,
iba del audaz ultrage
en calma el furor siguiendo.

Y cuando el noble cruel
cortó el insulto en el labio
hallando el último agravio
de mandar armas sobre él,

Lázaro en toda su alma
su odio estallar sintió,
pero otra vez sonrió
volviendo á su estraña calma.

Y en Roca fijos sus ojos
de tenebrosa pupila,
respondió con voz tranquila
sin temor y sin enojos:

— « Me ves ?—tu ultrage no alcanza
á despertar mi furor;
espero á un dia mejor
para cumplir mi venganza.

« Que aunque solo es justa en mí
la razon de este odio impio,
no sé qué fatal hastío
siento hoy en matarte á tí.

« Sí, mas justa es en mi vida,
tú alcanzas esa razon,
y basta! que al corazon
no quiero tocar mi herida.

« Mandas matarme! — porqué,
sinó es por aborrecerte?
porque hizo en tu hija la suerte
la muger á quien yo amé?

« Roca,—de Dios hasta tí
en mi solo hallé mi amo,
y libre aborrezco y amo
lo que amé ó aborrecí.

» Esclavo yo!—de que grey?
si alguien lo de esclavo toca
es á ti mismo, á tí, Roca,
que eres esclavo del Rey.

» Yo soy solo un hombre,—sí—
un hombre igual á cualquiera
pero á un hombre que no fuera,
Roca, semejante á tí.

» Hombre como los que ignora
tu raza de orgullo necio,
porque ninguno hace aprecio
de joya que no atesora.

» No me alcanza tu razon;
soy el hombre americano
sin mas Dios ni soberano
que su propio corazon!

» Guarda entonces tus furores
que ya sabes lo que sé;
amo á esa muger que amé
aunque es tu hija Dolores.

» Guarda — no turbes la huella
que está abierta á mi camino;
repara que es el destino
quien me vá guiando por ella.

» Que aunque solo es justa en mí
la razon de este ódio impío
y no sé que estraño hastío
siento hoy en matarte á tí,

» y aunque hasta un dia mejor
te guarda su ódio el salvage
adormeciendo el ultrage
la fé de estrago mayor,

» soy un hombre á otro hombre igual,
mi mano es pronta y segura,
¿no vés?—y acá en la cintura
vá colgado mi puñal! »

VII

A él!—gritó el Señor—al bandolero!
y atropellaron todos contra él;
pero el primero que llegó, el primero
fué que cayó de Lázaro á los piés.

Y rápido y sereno y atrevido
al medio mismo del tropel saltó,
entre la mano su puñal asido
y describiendo campo á su alredor.

Y el poncho vuelca sobre el brazo fuerte
y quita y vuelve y se revuelve y dá,
y en cada golpe de puñal, la muerte
lleva del que ha tocado su puñal.

Ya entre gritos y votos y gemidos
cuatro se azotan contra el suelo allí,
sin que los mas serenos y atrevidos
le logren nunca con su arrojo herir.

Y él con vista y manejo y avisado
aunque mueve entre un círculo sus piés,
hace volcar el círculo de un lado
como para saltar en su corcel

Y cerca ya, con tan tremendo brío
vuelve á esgrimir de nuevo en su furor,
que el diámetro fatal del aro impío
doble distancia de terreno abrío.

Pero el último golpe que triunfante
descarga por la ansiada libertad,
trae el conflicto del postrer instante
que vuelve al enemigo mas audaz.

Y en él todos á una comprendiendo
que es muerte fija batallar así,
ya de súbito el círculo oprimiendo
juntos todos sobre él cargan por fin.

Y aunque en su propia sangre enrogecido
otro entre los cadáveres cayó,
él ya está sin puñal, débil y herido
y amarrado á un cordel como un ladron.

Roca le vió vencido y jadeando
y cuando inerte le miró caer,
á su postrada hija abandonando
atropelló hasta Lázaro tambien.

Tambien—y ante él con su furor se encara
oh! y á aquel hombre que postrado está
le cruza con su látigo la cara
que cubre honda palidez mortal

VIII

Ah! ni el frenético acento
de mascada maldicion
que traiciona el sufrimiento
cuando el último tormento
ha caído al corazon;

ni aquella seca mirada
que salta de la pupila
con el furor arrancada
sobre el aro destacada
del párpado color lila;

ni aquel sudor de la frente
ni la palidez mortal
de ese rostro maldiciente
que cruzó tan hondamente
aquel látigo brutal;

ni de aquel seno crispado
la trémula ondulacion
que ahoga al desesperado
porque helada se ha agolpado
la sangre en el corazon;

ni el sombrío abatimiento
con que cáe el que es vencido
con doble aborrecimiento
por ser al golpe violento
del que vence aborrecido;

nada en fin de cuanto puede
mostrar que en el alma agena
la vida á la muerte cede

con un martirio que exede
la medida de la pena;

nada á los ojos de Roca
su ódio á llenar bastó,
que en cada angustia que toca
su alma implacable invoca
la afrenta que recibió;

nada, porque nada alcanza
ninguno de ellos, que acierte
á rematar su venganza:
los dos solo en la esperanza
viven de la agena muerte.

IX

« Al virey, al virey! — tal fué el mandato
con aterrante prontitud cumplido,
y á la ribera Lázaro traido
á bordo le arrojaron de un bajel;
allí con otros, viles y ladrones
que el noble Roca á la justicia envía,
mandó al gaucho infeliz que aborrecia,
pasto para la espada de la ley.

Al virey, al virey! — Criollo y villano,
crímen para morir de sobra era,
por eso la justicia les espera
con viles horcas levantadas ya:
dos dias mas, su vida es su camino,
que al tocar en la tierra conquistada,
cuervos para sus ojos en bandada
nublando el cielo de su patria están.

Al virey, al virey!—que mientras tanto
sobre las ondas el navio avanza,
Roca, seguro ya de su venganza,
manda al olvido del pasado allí:
manda, y al ángel inocente vuelve,
ah! con sus besos de perdon la llena,
y en el palacio renovar ordena
el magnífico estruendo del festin.

CANTO TERCERO

I

Cómo se aleja rápido
el español crucero
que lleva hasta el patíbulo
al gaucho prisionero! . . .
avanza! avanza! avanza!
sin rumbo de esperanza,
sin puerto de piedad.

Con el sereno ímpetu
llena la limpia vela,
es semejante al pájaro
que magestuoso vuela
á flote de la espuma
donde la blanca pluma
humedeciendo vá.

En él navega Lázaro
el Paraná salvage
bajo la eterna bóveda
de fúnebre ramage
con que unen las riberas
las mústias cabelleras
del sauce secular.

Oh! quien cruzó esas márgenes
sin lastre de cadena,
perdonará esa lágrima
que la pupila llena,
allí donde murmura
la mas tranquila y pura
aura de libertad.

Allí donde su espíritu
sintió elevarse al cielo
tras de la mente espléndida
que sobre el pátrio suelo
para mostrarse quiso
de nuevo el paraiso
de la creacion alzar:

y alli cayó esa lágrima,
porque al juntar las manos
las encontró entre cárceles
de hierros inhumanos,
y se miró en la tierra
que para él no encierra
ni una esperanza ya!

Entonces en el vértigo
de su dolor profundo
bajó la frente lóbrega
dando un adios al mundo;
adios que á su esperanza,
adios que á su venganza
gimió su libertad.

Y tras la borda húmeda
del español crucero,
postró su cuerpo exánime
el gaucho prisionero,
mas que al de sus cadenas
al peso de sus penas
vencida el alma ya!

II

El dormia — soñaba
que era una tarde bella
y los campos sin término corria
sobre el potro frenético que amaba:
de súbito una huella
que sin fin se tendia
se abrió, cercada de árboles y flores,
y era el mismo camino
donde al bajar el astro vespertino
hallaba tarde á tarde á su Dolores.
Ah! su potro demente
la furia estraña á su pesar doblando,
iba, como fantasma pavoroso,
bajo sus pies la huella devorando:
él sentia en su frente
la ráfaga del viento proceloso
dividirse rugiendo,
y allí donde en la senda
el banco de los céspedes tocaba,
en su ansiedad sintiendo
que su *bagual* la rapidez doblaba,
bajó su mano á rescatar la rienda:

y oh! ¿qué poder sublime
juntó á su corazon aquella prenda,
esa prenda que adora,
si al corazon la oprime
y la siente y la vé tan solo ahora!

Ella, Dolores, cielo!
contra su propio seno se abrazaba
y él con salvage anhelo
oprimida en sus brazos la miraba:
— « Sálvame, vida mía,
sálvame » — le decia; —
y él, lleno el corazon de afan profundo,
— « sí, no llores, no llores,
» nadie de aquí, Dolores,
» alcanza á arrebatarte sobre el mundo! »
Y sin piedad entonces ni cautela,
mientras mas á su seno la apretaba,
hundiendo en el hijar toda la espuela
por la senda fantástica volaba!

. . . .

El soñaba y dormia,
pero el dolor interrumpió su sueño
al sentir que una mano con empeño
sus pesadas cadenas removía;
y con un rayo de furor mirando
al que osaba colmar su desventura,
echó la mano atrás y á la cintura
su daga ausente con afan buscando;
y al encontrarse inerme y prisionero,
con salvage y magnífica tristeza
alzó los ojos, contempló un lucero
y abatió sobre el pecho su cabeza.
Pero de pronto levantó la frente
ya tranquila y serena
y habló así como un gaucho y un valiente
al que vino á tocar á su cadena:

« —Mire amigo, que el Señor
no está devalde en el cielo;
voy á pedirle un consuelo:
despéneme, por favor! »

« —Cállese, por caridad! . . . »
respondió el otro en seguida:
« vengo á ofrecerle la vida
» y á darle la libertad.

» Somos diez de corazon
que vá cuarteando la muerte:
morir por morir, la suerte
se nos brinda en la ocasion.

» Si usted es hombre de agalla
como su fama lo menta,
pegue el grito, y á la cuenta
nos vá á ver esta canalla.

» No hay ni para comenzar
con toda esta gallegada:
como á tropa de carneada
la vamos á acuchillar!

» Despues, á sitio certero
llevaremos el navío;
yo sé las vueltas del rio
porque soy del Baradero.

» Allá no mas llego á ver
tras de aquel monte un islote
donde á son de camalote
nos podemos guarecer.

» Diga si es de corazon
para mandar esta buena:
ya le alivié la cadena;
tome, guarde ese facon »

. . . .

Lázaro alzó la mirada
y registró á aquel paisano
hasta el mas oculto arcano
de su conciencia velada.

Y viendo sobre su frente
aquella serena calma
que se refleja del alma
cuando el corazon no miente,

« — el que quede ha de contar,
(dijo,) si soy hombre, amigo:
pero oiga lo que le digo:
ni uno solo ha de escapar.

» No se trata de esperanza
de libertad ni de vida:
no tengo en mi alma cabida
sinó para la venganza.

» No la venganza vulgar
que un resentimiento encierra:
la venganza de la tierra!
de la patria y del hogar!

» Siento acá en mi corazon
yo no sé qué rabia santa;
creo que me lo levanta
un grito de la Nacion!....

III

Espectáculo horrible
es siempre de un combate el cuadro impío,
ah! pero es mas sangriento y mas terrible
sobre las escotillas de un navío.

Allí es golpe de muerte
todo golpe que postra ó embaraza,
igual es el herido y el inerte
y al muerto y al herido
los arrójan al mar—para hacer plaza:
allí no hay el refugio de la huida,
ni sirven estrategias de combate;
es cada cual el gefe y el soldado,
mata ó muere callado
y sabiendo se bate
que alcanza la victoria el que mas mate.
Allí se vé relampaguear el brillo
del hacha y del cuchillo;
la mecha, nada mas, arma es de fuego,
y ay! si su luz ardiente
en el último instante se difunde,
porque es envano del cobarde el ruego,
cuando en la Santa Bárbara la hunde
la desesperacion de algun valiente.
Oh! y así batallaban
esos que ayer ceñia una cadena,
y hoy entre un mar de sangre la arrastraban
pero de sangre agena.

Guardas y marineros
en círculo imprudente
á la ansiedad del naipe abandonados,
solo vieron llegar los prisioneros
cuando entraban alli, como un torrente,
por el terrible Lázaro guiados.
La desesperacion de la sorpresa
comenzó la derrota,
al verse todos de la muerte presa;
y con golpe funesto
que la aterrada súplica no embota,
hizo el puñal el resto.
Los demas que esparcidos
acá y allá sobre cubierta estaban

y en reposo velaban,
con sus armas se alzaron
al fragor del combate sorprendidos;
y aunque ya menos—si llamarse menos
puede un número igual—de furia llenos
cual ola contra ola se estrellaron:
y era tarde—; su gloria
fué solo perecer y en mas impia
y mas horrenda lucha, al que vencia
dilatar el laurel de la victoria,
Tarde—; los otros su puñal alzaban
como incansables máquinas de muerte;
vencer ó sucumbir igual les era
solo con tal que fuera
despues de ver inerte
muerto caér al último que odiaban;
era mucha su sed, de sangre mucha
y á matar por matar se atropellaban:
Oh! cuando así se lucha
no es el triunfo tardio;
en la mano reposa
bien pronto el arma ociosa,
dueño de la victoria el mas impio!—

IV

El combate concluyó
con el último estrangero,
y ni un solo marinero
á la matanza escapó.

Los cuerpos despedazados,
rojos de sangre caliente,
fueron entre la corriente
por las aguas dispersados.

Entonces Lázaro allí
alzó su frente serena
y con voz de calma llena
habló á sus hombres así:

« —La estrella de nuestra suerte
no ha cambiado de rigor
por mas que nuestro valor
hoy nos salva de la muerte.

» ¿Adónde podremos ir
bajo la luz de este sol
sin que el tirano español
no nos llegue á perseguir!

» En este dia maldito
su autoridad soberana
nos priva de ley humana
y nos consagra al delito.

» Pues sigamos la partida
donde su crueldad nos lanza
y hagamos por la venganza
lo que hicimos por la vida.

» La suerte está ya tirada;
adelante, y hasta el fin!
caigamos en el festin
como tigres en majada.

» Y como primer laurel
de este combate primero,
les brindo el palacio entero
con todo lo que hay en él.

» Con todo—salvo el primor
que es prenda de mi caudal—;
Roca para mi puñal,
Dolores para mi amor.

Guerra á muerte y sin piedad!
en ella está nuestra suerte.
Solo buscando la muerte
se encuentra la libertad!

V

Con un clamor impío
la venganza de Lázaro aplaudieron,
dando rumbo al navío,
y en la mas honda reflexion cayeron.—
Oh! cada cual entonces apartaba
allá en su fantasía,
la prenda mas lujosa,
la muger mas hermosa,
y en su insensato afan no se olvidaba
de aquel Señor que mas aborrecia.

El hombre es una fiera
como el tigre salvage;
mata la vez primera
por rechazar el golpe ó el ultrage;
ah! pero al fin despues cuando ha aspirado
el vapor de la sangre que le embriaga,
es el tigre cebado
que mata por placer — sin que al sangriento
flojo labio sediento
el manantial mas hondo satisfaga!

VI

Llena con el fragor de la alegria
está de Roca la morada bella,
porque el festin que ha renovado en ella
acaba solo con la luz del dia.

Pero ya en la ribera silenciosa
la ensangrentada nave se azotó
y Lázaro y su turba pavorosa
corren como una plaga en derredor.

Eternamente como ayer mañana,
al lado del placer y del contento
la desesperacion y el sufrimiento:
este es el cuadro de la vida humana.

Sí, que llenos de sangre y de venganza
pisaban ellos sobre el suelo allí,
donde el vaiven de la incesante danza
redoblaba el estruendo del festin.

Donde la inquieta luz de la bugia
y el pacífico rayo de la luna
no herian, al caer, frente ninguna
que no resplandeciese de alegria,

Ninguna?—no, que la infeliz Dolores
tenia desmayado el corazon,
que al golpe de tan hondos sinsabores
trastornarse su espíritu sintió.

Y huyendo al corredor mas silencioso
respiraba la atmósfera serena,
sin que hasta el alma de martirios llena
descendiese la noche su reposo.

Una fiebre mortal, devoradora,
la palpitaba en torno de la sien,
fuego de intensa llama abrasadora
que consumia el pensamiento en él.

Y así, ya casi la razon perdida,
sobre un asiento se arrojó llorando,
lágrimas de dolor que iban brotando
por las puntadas ay! de agena herida.

Por él — que entonces cual rabiosa hiena
derramando el espanto en el festin,
lleno de propia sangre y sangre agena
atropellaba con su turba allí.

Ella, transida de terror y angustia,
vió alzarse su puñal sobre el primero
que mas audaz llegando al bandolero
rota dejó á sus pies la frente mustia.

Oh! y esa frente tan altiva y fiera
que ha partido de Lázaro el puñal,
la frente misma de su padre era
allí postrado para siempre ya!

Ella le vió caér — el sufrimiento
llenó con este golpe la medida
y ella cayó tambien desvanecida
arrancando el mas íntimo lamento.

Bastaba en fin — despertará mañana
lejos ya del alcance del dolor,
ay! porque aquella angustia mas que humana
la habia confundido la razon!

Y él, que otra vez en su furor sangriento
levantaba su brazo enfurecido,
al horrible clamor de aquel lamento
soltó el puñal, como del rayo herido.

Porque aquel eco de tan honda pena
se enterró entre su alma al respirar,
y con su inmenso amor el alma llena
serenó la sombria tempestad.

Y al rumbo de la voz rompe su planta,
como una exhalacion en su caida,
llega á aquella muger desfallecida
y en sus robustos brazos la levanta.

Y allí solo con ella y olvidando
los que al saqueo y la matanza guió,
la senda de la playa vá pisando
del espantoso incendio al resplandor.

Oh! de esa hoguera que en volcan convierte
aquel castillo que á las llamas dieron
cuando ya harta en su impiedad sintieron
la sed de la codicia y de la muerte.

VII

Y dan rumbo á la isla salvadora
con el primer crepúsculo del dia;
pero en la nave ahora
no vá aquella quietud aterradora
ni aquel silencio horrible que traía.

El cantar y el reir de los bandidos,
de las cautivas el doliente llanto
á la vez confundidos,
retumban en las playas repetidos
como un coro infernal de inicuo canto.

Y él, el sombrio Lázaro, no siente
lo que él tan solo á contener alcanza;
oh! su alma hondamente
gusta, reconcentrada en el presente,
el fruto del amor y la venganza.

Y allí sobre la popa reclinado,
contra su corazon oprime y cierra
aquel ser adorado
en quien su alma lóbrega ha cifrado
la última esperanza de la tierra.

Sus ojos sobre el pálido semblante
con intensa ansiedad la vida espian,
y otra vez un instante
contemplan el incendio devorante,
y otra vez sobre el rostro se desvian.

Oh! para siempre — pero al fin vengado,
se aleja, pero al fin correspondido,
de aquel suelo arrasado
donde con toda el alma habia amado,
con todo el corazon aborrecido!

CANTO CUARTO

I

Plácida y sin dolor corre la vida
en el hogar de la amistad pasada,
aún para esa banda foragida
en su salvage isla refugiada.

Plácida y sin dolor!—el alma mora
un mundo aparte de la tierra allí
y arrojando su máscara traidora
se abre á la noble intimidad sin fin.

Oh! nunca en ella la mirada agena
toca que no derrame simpatia
en su sombrio crímen y en su pena
ó en su pura virtud y su alegria.

Y aquellos hombres cuyo impío seno
no abriga compasion de los demás,
le sienten para sí piadoso y lleno
con la sincéra fé de la amistad.

Ellos se aman—la igualdad de suerte
de peligro y fortuna y esperanza,
ató en su corazon lazo tan fuerte
que su puñal á dividir no alcanza.

Se aman—y en la lucha se sonrien
diciéndose palabras de valor,
en el reparto de las presas rien
y amigos fieles en el ócio son.

Ellos se saben sin cuartel buscados,
mas del aviso allí ninguno cuida,
que aunque están todos á morir llamados,
es pensar en morir roér la vida.

Sorpréndales la muerte en el contento
—ellos apuran la alegria en él—
y luego de morir vendrá el momento,
que es el momento de matar tambien.

Oh! mas por eso en su prision salvage
el cobarde temor no les sugeta,
y hacen la vida allí del vandalage,
como las olas de la mar inquieta.

Que ora sobre la isla guarecidos,
ora bogando al rumbo mas feliz,
ó reparten la presa los bandidos
ó persiguen el rastro del botin.

Y así, partiendo entre el amor su vida,
la amistad y el peligro y el reposo,
truecan aquella cárcel escondida
en su risueño paraíso hermoso.

Allí no dan asilo entre su mente
al tiempo que vendrá ni al que pasó:
lleno con la alegria del presente
rebosa su aturdido corazon!

II

Hoy en la tarde serena
la turba impía descansa
sobre el cesped florecido
de la alfombra de esmeralda.

Ayer su frente encendia
el furor de la batalla
y hoy la brisa pasagera
le lleva fresco en sus alas.

Ellos, en círculo todos
á la sombra de las ramas,
con misterioso deleite
tienen arrullada el alma,

Escuchando al payador
que tristes décimas canta
con melancólico acento
y al compas de la guitarra.

Décima que trae recuerdo
de aquella perdida pampa
donde el frenético potro
tambien ellos gobernaban;

porque es un cuento de amores
en que un gaucho de su patria
iba á las sierras huyendo
con la muger adorada.

Oh! muy triste es esa historia
que así el corazon ablanda
de aquellos que hacen la vida
del saqueo y la matanza,

pero no hay alma insensible
al recuerdo de la patria,
cuando el pié tan solo cubre
el polvo de tierra estraña!

Y él, en fin, Lázaro, dónde
de allí tan lejos se aparta
que no llegan á su oido
las voces de la guitarra?

La décima entristecida
ya no deleita su alma,
esta pasion en el gaucho
mas fuerte que la venganza?

No!—su espíritu oscurece
la sombra de la desgracia,
de un pesar que sobre el mundo
ya nada á engañar alcanza!

Y él no parte los placeres
en que se aturde su banda,
y ellos que saben su pena
ni le brindan ni le estrañan.

Solo divide con ellos
el dia de la batalla,
cuando es difícil la presa
que la victoria retarda.

Vénle entonces complacidos
que en raro encono se ensaña
atropellar el primero
sobre la nave que asaltan,

y enfurecido cruzando
la carabina á la espalda
alzar con gritos de muerte
aquella terrible daga,

aquel puñal que al vencido
jamás un golpe descarga,
pero que postra al mas bravo
con solo un golpe á sus plantas.

¿Porqué luego de la presa
su mejor porcion no aparta
y el brindis de la victoria
él no gusta que la alcanza?

Qué horrible furor le absorbe,
que sin codicia en el alma
á lo mas duro se arroja
de la implacable matanza?

Oh! de su pena terrible
á sus secuaces no habla,
y ojalá que aquel infierno
con silencio se ocultára,

pero á los ojos de todos
es patente la desgracia
que entre el ódio y el amor
tiene partida su alma!

Siempre, en el ócio, se pierde
en la selva mas poblada,
cual hoy que sus compañeros
con sus placeres se embriagan,

y allí las horas, los dias
que nadie á turbar se avanza,
vive, hundido entre los bosques
como una fiera acosada.

Allí está!—mudo y sombrio
sobre la raiz descansa
del ombú que nubla el cielo
bajo el manto de sus ramas;

apoya en su carabina
la mano que hunde en las barbas
y oculta tiene en los rizos
la frente desesperada.

Oh!—no duerme—de sus ojos
el rayo intenso descansa
sobre otros ojos que anublan
los cristales de una lágrima!

III

Ella, como la sombra de su amante,
vá siempre la infeliz tras su pisada,
buscando eternamente su semblante
con aquella fatídica mirada!

Mirada de recóndita amargura
que alumbra una sonrisa de contento,
como sarcasmo atroz de la locura
que turbó en aquella alma el pensamiento.

Ay! ella ignora que de amor vencido
sigue sin tregua á Lázaro su pié,
no sabe que es su Lázaro querido
y le pregunta sin cesar por él.

No conoce la voz que está escuchando
ni atina á las palabras de su amor,
y pregunta otra vez, y huye llorando
porque le dice á él que él le mató.

Y otra vez vuelve y á su pié se sienta
con la sonrisa sobre el labio ahora,
la historia triste de su amor le cuenta,
soñando aún que en su palacio mora.

Y acaso á él como á su padre llama,
y le aparta los rizos del semblante;
y acaso le repite que le ama
por ser con su querido semejante.

Y de nuevo por Lázaro pregunta
cayendo en la mas íntima ansiedad,
y alza los ojos y las manos junta
y rompe, de rodillas, á llorar.

O teniendo de súbito su llanto,
corre y arranca la silvestre flor,
y torna á él con infantil encanto
y la anuda en los rizos que apartó.

Ella así, vagorosa y delirante,
entre la espuma de su tul vestida,
parece al caminar, estrella errante
que no apagó su lumbre en su caída.

Eterno girasol de su mirada,
no se aparta de Lázaro un momento;
siempre con él siguiendo su pisada
vá como su inmortal remordimiento.

Ah! todo así — pero aterrada cuida
que ni á sus ropas él la toque allí,
porque entonces se aleja estremecida
sin quitarle sus ojos la infeliz.

Ojos que le reflejan hondamente
de su espíritu el pánico terror;
pero él solo una vez besó su frente,
que aquel estrago de sus labios vió.

Mas desde entonces ay! sus ojos bellos
están con la vigilia empedernidos,
porque no duermen ni se inquietan ellos
en las violadas órbitas hundidos.

Insomnio eterno que á postrar su vida
ayuda con la fiebre á la locura,
por la plaga de sobra consumida
de aquella irremediable desventura.

No duerme ya, pero las noches vela
sentada de su Lázaro á los pies,
cuando mas fuerte en fin que su cautela
el suelo bienhechor le vence á él.

No se sonrie entonces y no llora
ni le acaricia, ni habla de su amor;
solo con la mirada le devora
de aquellos ojos que el pesar hundió.

Así, como la rosa del camino
donde el fuego del sol mata sus flores,
al azote cruél de su destino
vá marchitando la infeliz Dolores.

Ay! vanos son razones y consuelos
cuando es vano el amor que el amor calma:
nada puede arrancar los dos flagelos
que comen de su cuerpo y de su alma.

Lázaro la contempla dia á dia,
ay! para siempre ya morir la vé,
disputando su fuerza la agonía
que no puede arrancar sus ojos de él.

La vé morir, y desmayado él mismo
con el último golpe del pesar,
siente que encaminada al idiotismo
su alma á pasos de gigante vá.

Ella no siente al fin vigor bastante
para seguir de Lázaro la huella
oh! pero sin cesar llama á su amante
porque es ahora él la sombra de ella.

Y busca conmovido y diligente
la mas lozana selva florecida,
donde la brisa de mejor ambiente
pueda alentar á la infeliz la vida.

Y todo envano en fin; que bajo el cielo
consuelo no hay que calme su pesar,
ay! aunque ese tesoro de consuelo
entre sus almas palpitando está.

Bajo la selva fiel que les abriga
corre el tiempo mortal para los dos,
carcomiendo sus almas que fatiga
la desesperacion de igual dolor.

VI.

Una tarde en fin, sentia
que ya la muerte la ahogaba,
cual la noche que apagaba
la luz última del dia.

Él, inmóvil y abismado
en su salvage dolor,
á aquel ángel de su amor
velaba, insomne á su lado.

Le vió ella y sonrïendo
con tristísima dulzura,
á él la mano insegura
tendió, su mano pidiendo.

La llevó en su ardiente palma
hasta el seno comprimida,
y le habló con voz traída
de lo mas hondo del alma.

— « No sé qué fuerza íntima
de incombatible empeño,
viene á cerrar mis párpados
con misterioso sueño;
y el alma se me parte,
que no podré mirarte
cuando dormida esté!
» Siento una flébil música
que el corazon me encanta,
como la voz de Lázaro
cuando sus trovas canta:
en su onda estremecida
mi alma suspendida
quiere volar tambien!

» Ay! si me tienes lástima
no duermas, vida mia,
porque este sueño insólito
no acabará en el dia;
no sé qué voz me advierte
que acaso no despierte
por una eternidad!
» No duermas! — quieres? — vélame

sentado aquí, mi amigo,
como en la noche lóbrega
velaba yo contigo:
me ves?—estoy llorando
en el horror pensando
de tanta soledad!

» Enjúgame esta lágrima
porque mi vista ofusca;
no sé — su rayo trémulo
envano ya te busca
perdido entre la densa
fúnebre sombra inmensa
que cáe á mi alredor!
» No estás? . . . ah! si!—buscábate
y aquí tu mano estrecho!
oprime!—que mi espíritu
se arranca de mi pecho:
no siento en mí ya el alma:
qué oscuridad! qué calma!
Lázaro! . . . ay! . . . adios!! »—

Nada mas!—estremecida,
la mano en el seno hundió
y un suspiro la arrancó
su último soplo de vida.

Aquel lamento profundo
llevó su espíritu al cielo;
alma que en tan hondo duelo
habia abismado el mundo!

El miraba allí!—miraba
aquel semblante ya inerte
donde el dolor de la muerte
tan honda ansiedad dejaba.

Miraba petrificado
en la pena que le embota,
miraba como un idiota
allí inmóvil á su lado;

sin arrancar en su duelo
de aquella mano tan fria
la mano que le oprimía
como un grillete de hielo.

Oh! qué espera entonce ya
en esa mansion de muerte,
si allí para siempre inerte
su sola esperanza está?

Qué espera?—nada—y qué espera
tampoco fuera de allí?
—nada tambien!—porqué así
no ha de estar de esa manera?

Para él, ya iguales son
la muerte como la vida,
despues que la última herida
le ha rasgado el corazon.

Cualquier pedazo de tierra
le es igual á su pisada;
si allí no hay nada—ya nada
toda la restante encierra.

Y si no hay razon á fé
que lo que ha sido deshaga,
tampoco hay fuerza que haga
arrancar de allí su pié.

Un sol y otro sol pasaron
desde la noche fatal,
y allí inmóvil y allí igual
siempre á Lázaro encontraron.

Pero al fin su banda fiel
con la ausencia sorprendida,
pisó la selva tupida
resuelta á llegar á él.

Oh! le amaban! — su pesar
conmovió sus corazones,
y con amigas razones
le lograron apartar.

Y haciendo brazo piadoso
del brazo que dá la muerte,
á aquel bello cuerpo inerte
dieron en tierra reposo.

V

Ay! para siempre la infeliz Dolores
duerme bajo la tierra funeraria:
allí marca su tumba entre las flores
la cruz que se levanta solitaria.

Flores que nadie de la rama inerme
corta jamás con mano inadvertida,
porque los restos ay! de la que duerme
son lo que alienta su inocente vida.

Y en bóveda caídos, la ribera
con su ramage lánguido decoran
sauces de destrenzada cabellera
que en el sepulcro reclinados lloran.

Oh! muchas veces á la sombra de ellos
Lázaro se refugia tristemente,
cuando con sus mas débiles destellos
vá declinando el sol al occidente.

Allí, sentado allí sin movimiento,
fija sobre el sepulcro la mirada,
como abismado al hondo pensamiento
de su lóbrega frente atormentada.

No habla, no se mueve, no se azora,
él mira, nada mas—mira sombrio;
la salvage ansiedad que le devora
parece que anonada su albedrio.

Luego, cuando el crepúsculo ya espira,
se aleja de la fúnebre espesura
y por las huellas solitarias gira
como un fantasma de la noche oscura.

Oh! siempre así—que en su dolor alienta—
y al fin si al menos su ansiedad no calma,
su desesperacion ya no se aumenta....
porque no cabe mas dentro del alma!

VI

Entanto allí la banda foragida
por mar y tierra asola
con su terrible estrago la comarca;
no hay una nave sola
que no pague tributo á la partida;
el paso del canal es su guarida
y desde el Plata al Paraguay abarca.

Ellos viven dichosos
en su insensata libertad salvage,
ricos y poderosos
sin ley ni pesadumbre;

la vida del saqueo
pueden abandonar y el vandalage,
no es fuerza, no es deseo,
pero roban y matan—por costumbre.

Ah! pero la alegria ó la riqueza
que compra el miserable
con sangre agena y con ageno llanto,
suele no ser durable,
y antes á veces de gustar su encanto
en llanto y sangre á convertirse empieza:
ellos gozan, y entanto
escatima el verdugo su cabeza.

El virey orgulloso
sabe de su guarida y sus horrores
cuando sopla el espanto en sus oídos;
ya los buques mejores
y el gefe mas famoso
están á su palabra prevenidos;
la formidable flota
desprende ya sus anclas de la arena
y en la noche serena
á la guarida en fin sus cascos bota.

El juró por Santiago
volar aquel peñon de bandoleros,
y á sus bravos guerreros
habla de horrendo y de implacable estrago.
Nada quede con vida!
—él mismo así lo manda—
oh! sobre todo, la primer herida
al formidable gefe de la banda.

VII

Una vela! otra mas! — Los bandoleros
las ven y el grito de su alerta lanzan;
ya desprenden los botes mas remeros
y en ellos juntos de tropel se avanzan.

Bogan sin reposar — « es presa, es presa! » —
con agitada voz claman en coro;
» rumbo y al abordage: á priesa, á priesa!
» son naves del Virey cargadas de oro! »

Y les ofusca tanto la codicia,
que ni un presentimiento les advierte;
pero carga de oro su avaricia
las naves que el virey cargó de muerte!

Muy cerca están — qué súbita tormenta
mancha con nubes el cristal sereno?
es esa luz el rayo que revienta?
ese fragor es el fragor del trueno?

Ah! son cañones del virey! — bramando,
fuego y metralla al abordar vomitan
y las audaces lanchas enfilando
barren sin compasion y precipitan.

Una sola libró, la mas pesada,
que aunque veloz y poderosa era,
para llevar los últimos dejada
esperó mayor tiempo en la ribera.

Ah! cómo en toda su verdad pesaron
aquel revés terrible de fortuna
y rotos y perdidos se encontraron
sin esperanza de vencer, ninguna!

Y aunque allí cada uno era un valiente
y de tentar morir hacía alarde,
allí rumbo volvió, volvió la frente
como hace en las batallas el cobarde.

Volvieron ay!—pero al volver, jurando
dar muralla de pecho á su gurida,
y en los tupidos bosques batallando
con estrago mayor vender la vida.

Y bajo el humo del cañon que impera,
burlando la metralla de la flota
tocan por fin, saltando á su ribera
en esa confusion de la derrota!

VIII

Y Lázaro?—cosa estraña!
solo en la isla quedando
no quiso tomar el mando
en aquella última hazaña.

Al marchar, les habló así:
—» id, lo que es yo, yo me quedo!
» quien piense que abrigo miedo
» venga á decírmelo á mí.

» Que si alguno á trance tal
» osa arrojar su demencia,
» le hará mudar de creencia
» la punta de mi puñal.

» Sobra con vuestro corage
» para el triunfo—ved, que quiero
» que mande aquel que primero
« pise un puente al abordage.

» Si mala seña se advierte,
» que vuele un aviso aquí:
» muy cerca están, yo iré allí
» para hacer cambiar la suerte! »

Y queda en su desconsuelo
como siempre, al caér el dia
bajo la rama sombría
del sauce que toca al suelo;

la bàrba en el arcabuz
sobre la mano apoyada,
y aquella honda mirada
en la solitaria cruz.

Allí para él el mundo
sintió del alma borrado,
en el dolor abismado
de su martirio profundo.

Ni el rugido del cañon
llegó á despertar su oido,
tan hondamente absorbido
estaba en su corazon.

Oh! no piensa en ellos mas!
al que lanzado á un abismo
no le importa de sí mismo,
qué le importan los demás!

IX

Ay! como vivos despojos
del estrago de la flota,
los que huyeron en derrota
miró de pronto á sus ojos.

El primero se avanzó
con paso postrado y lento,
y en su conmovido acento
estas palabras habló:

—« Lázaro, tú lo has mandado,
» traémos parte, ya ves;
» ah! pero somos los tres
» los únicos que han salvado!

» Que importa la descripcion!
» los demás han perecido;
» lanchas y todo ha barrido
» la metralla del cañon!

» Las naves que tan apriesa
» entrar al canal miramos
» y que en mal hora soñamos
» la mas magnífica presa,

» son una flota atrevida
» de invencible intrepidez
» que avanza en fin de esta vez
» á volar nuestra guarida.

» Hemos huido al enemigo,
» porque luchando mejor
» y entre un estrago mayor
» queremos morir contigo.

» Basta!—la tarde es oscura,
» la lucha al valor dá creces
» y vale un hombre diez veces
» batallando en la espesura »

Y en verdad tiempo ya era,
que entorno á la isla salvage
las lanchas del abordage
tocaban á la ribera.

Tiempo ya, que reventaban
algunos tiros certeros
que al grupo de bandoleros
por las voces asestaban.

Y una bala de arcabuz
por medio de ellos silbando
atravesó, derribando
sobre el sepulcro la cruz.

X

Cuando la angustia que el alma llena
ni alivio busca ni encuentra ya,
sin que el exeso de tanta pena
halle un imbécil al despertar;

oh! cómo vuelve cansado y frio
para su ódio para su amor,
la mano lánguida con que el hastio
oprime entonces el corazon!

En desmayada quietud sombría
la carne postra y en languidez,
y acaso el alma la fuerza ansía
que en los instintos pese tambien.

Venga la vida, venga la muerte,
que igual fortuna promete allí,
con tal que aquella quietud inerte
tras de su ráfaga no agite al fin.

Es que la tierra llama á la tierra
cuando este barro del corazon
carcome el lazo con que le aferra
fuera del centro su ódio ó su amor.

Así ya Lázaro, que le aniquila
siente una estraña fuerza tenaz,
y en esa inmóvil quietud tranquila
tan fija muerte soñó esperar.

Oh! pero y ellos?—jamás, no puede
sinó entre bravos morir tambien!
y aunque á su peso su alma cede
se alza y les guía con firme pié.

Mas no es ya entonces aquel salvage
Lázaro intrépido, vivo y feroz,
que en los horrores del abordage
llevaba el triunfo donde pisó.

Es del hastío la sombra ahóra;
como una máquina siguiendo vá,
porque en la angustia que le devora
le es á la vida la muerte igual!

XI

Ay! la lumbre del dia
antes sobre la isla tremolaba,
su cielo embellecia
y en ella despertaba
el inquieto rumor de la alegria.

Hoy, su horizonte dora
con el primer color que el alba vierte,
ah! pero solo ahora
la quietud de la muerte
bajo los sauces agoviados mora.

La noche y la batalla
disipa el sol, y en el mortal sosiego
no silba la metralla
ni rompe el aire el fuego:
cuando el soldado cáe, el arma calla.

Y ellos, todos cayeron
vencidos por el número de esclavos
que cual niebla crecieron;
pero libres y bravos
muertos y no rendidos sucumbieron.

Ruda fué la pelea;
la isla de cadáveres poblada
con roja sangre humea
y á balazos rasgada
la costra de los árboles blanquea.

XII

Mas El, dónde ha caido
que nadie entorno su cadáver halla?
Es estraño!—no ha huido,
pues su voz se ha sentido
hasta el último instante en la batalla.

Pero ya cuando en ella
las armas con el triunfo enmudecian,
del fondo de una huella
tras de la selva aquella
las balas mas mortíferas partian.

Talvez el bandolero
era, que en retirada descargando
disparo tan certero,

por oculto sendero
iba refugio ó salvacion buscando.

De ribera á ribera
rastrearon palmo á palmo la guarida;
oh! todo inútil era
sin que Lázaro fuera
presentado al virey, muerto ó con vida.

Y envano su pisada
escatimó á su rumbo el mas ladino;
ni en la yerba marcada
ni con sangre regada
pudo ser descubierta en el camino.

Envano?—no, de cierto,
no ignoran que buscarle inútil sea
entre su hogar desierto:
no; ni herido ni muerto;
Lázaro no ha caido en la pelea.

Allá en lo mas distante,
donde se alza una cruz en la colina,
como seña bastante
caliente y humëante
hallaron su terrible carabina.

Y esa cruz que arrancada
fué por el plomo que silbó primero,
allí de nuevo alzada
dejó en la tumba helada
como última caricia el bandolero.

Era él—un soldado
de guarda en el mas próximo navío,
vió un hombre que arrojado
iba salvando á nado
sobre las ondas el canal el rio.

Al través del ramage
le vió saltar despues en campo abierto
con pasmoso corage
sobre un potro salvage
que se perdió, bramando, en el desierto.

XIII

Las espantosas plagas de la tierra
el hombre todas á burlar alcanza;
un paso mas sobre la tierra avanza
y un paso lejos de la muerte vá:
ay! pero aquel pesar de los pesares
que se esconde en el alma estremecida!
quién puede sacudirle de la vida,
si en cada soplo de la vida está!

Nadie logra arrancarse de su alma
sinó con el poder de la demencia;
la memoria, el sentido y la conciencia,
Lázaro, todo eso es tu dolor!
Dónde irás, infeliz, que no te siga
el salvage pesar que te enloquece?
la sombra de los piés se desvanece
ay! pero ella, la del alma, no!

ÍNDICE

EL LIBRO DE LOS CANTOS

POEMA







